



Los
ATRIBUTOS
DE DIOS

ARTHUR W. PINK (1886-1952)

LOS ATRIBUTOS DE DIOS

Índice

Prefacio	4
Capítulo 1 La soledad de Dios.....	5
Capítulo 2 Los decretos de Dios.....	10
Capítulo 3 La omnisciencia de Dios.....	15
Capítulo 4 La presciencia de Dios.....	20
Capítulo 5 La supremacía de Dios.....	26
Capítulo 6 La soberanía de Dios	30
Capítulo 7 La inmutabilidad de Dios.....	35
Capítulo 8 La santidad de Dios	40
Capítulo 9 La omnipotencia de Dios	46
Capítulo 10 La fidelidad de Dios.....	53
Capítulo 11 La bondad de Dios	59
Capítulo 12 La paciencia de Dios.....	63
Capítulo 13 La gracia de Dios	68
Capítulo 14 La misericordia de Dios.....	74
Capítulo 15 La tierna misericordia de Dios.....	79
Capítulo 16 El amor de Dios	83
Capítulo 17 El amor de Dios hacia nosotros	88
Capítulo 18 La ira de Dios.....	93
Capítulo 19 La contemplación de Dios	99

Arthur W. Pink (1886-1952) escribió y publicó estos capítulos como una serie de artículos en su revista mensual, *Estudios en las Escrituras* (Studies in the Scriptures), desde 1922 a 1953. Por la gracia de Dios, Chapel Library ha vuelto a publicar estos *Estudios* en inglés, comenzando con los del año 1932, disponibles para descargar en todo el mundo y por pedidos en América del Norte.

© Copyright 2020, Ernesto Rodríguez Cruz, traducción en español. Impreso en los Estados Unidos por Chapel Library con permiso. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que 1) no se cobre más allá de una suma nominal por el costo de la duplicación; 2) este aviso de copyright y todo el texto de esta página estén incluidos.

Chapel Library es un ministerio de fe que depende completamente de la fidelidad de Dios. Por lo tanto, no solicitamos donaciones, pero agradecidos, recibimos el apoyo de aquellos que desean dar libremente. Chapel Library no necesariamente avala o está de acuerdo con todas las posiciones doctrinales de los autores que publica.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960.

En todo el mundo, descargue material sin cargo desde nuestro sitio web o comuníquese con el distribuidor internacional que se indica allí para su país.

En **Norteamérica**, para obtener copias adicionales de este folleto u otros materiales centrados en Cristo de siglos anteriores, comuníquese con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
(850) 438-6666 • fax (850) 438-0227
chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

Información del traductor

GLORIA DE JESUCRISTO

Ernesto Rodríguez Cruz
evangelio.a.toda.criatura@gmail.com • www.GloriaDeJesucristo.com

Acerca del Autor

Arthur W. Pink nació en Nottingham, Inglaterra en 1886, y nació de nuevo del Espíritu de Dios en 1908. Estudió en el Instituto Bíblico Moody en Chicago, EE. UU., durante sólo seis semanas antes de comenzar su trabajo pastoral en Colorado. Desde allí, pastoreó iglesias en California, Kentucky y Carolina del Sur, antes de mudarse a Sydney, Australia por un breve período, donde predicó y enseñó. En 1934, regresó a su tierra natal, Inglaterra, y en 1940 estableció su residencia permanente en la Isla de Lewis, Escocia, permaneciendo allí hasta su muerte, doce años después en 1952.

Prefacio

“Vuelve ahora en amistad con él, y tendrás paz; y por ello te vendrá bien” (Job 22:21). “Así dijo Jehová: No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme” (Jer. 9:23-24). Un conocimiento espiritual y salvador de Dios es la mayor necesidad de toda criatura humana.

El fundamento de todo verdadero conocimiento de Dios debe ser una clara comprensión mental de sus Perfecciones como se revelan en la Sagrada Escritura. No se puede confiar, ni servir, ni adorar a un Dios desconocido. En este libro, se ha hecho un esfuerzo para exponer algunas de las principales perfecciones del carácter divino. Si el lector se va a beneficiar realmente de la lectura de las páginas que siguen, debe suplicar a Dios de manera decidida y sincera que lo bendiga, que *aplique* su Verdad a la conciencia y al corazón para que su vida se transforme de ese modo.

Necesitamos algo más que un conocimiento teórico de Dios. Sólo Dios es verdaderamente *conocido* en el alma cuando nos entregamos a Él, nos sometemos a su autoridad y regulamos todos los detalles de nuestras vidas por sus santos preceptos y mandamientos. “Y conoceremos, y proseguiremos en conocer a Jehová [en el camino de la obediencia]” (Os. 6:3). “El que quiera *hacer la voluntad* de Dios, conocerá” (Jn. 7:17). “El pueblo que *conoce* a su Dios, se esforzará” (Dn. 11:32).

—A.W. Pink, 1930

Capítulo 1

La soledad¹ de Dios

El título de este artículo no es, quizás, lo suficientemente explícito para indicar su tema. Esto se debe, en parte, al hecho de que hoy, muy pocos están acostumbrados a meditar en las perfecciones personales de Dios. Comparativamente, pocos de los que ocasionalmente leen la Biblia, son conscientes de la magnificencia, asombrosamente inspiradora y estimulante a la adoración, del carácter divino. Que Dios es grande en sabiduría, maravilloso en poder y, aun así, lleno de misericordia, es algo de conocimiento casi común; pero, considerar cualquier cosa que se aproxime a una concepción adecuada de su ser, su naturaleza y sus atributos, tal como se revelan en la Sagrada Escritura, es algo que muy, muy pocas personas han logrado en estos tiempos de depravación. Dios está solo en su excelencia. “¿Quién como tú, oh Jehová, entre los dioses? ¿Quién como tú, magnífico en santidad, terrible en maravillosas hazañas, hacedor de prodigios?” (Éx. 15:11).

Antes de todas las cosas

“En el principio creó Dios” (Gn. 1:1). Hubo un tiempo, si se pudiera llamar “tiempo”, cuando Dios, en la unidad de su naturaleza (aunque subsistiendo igualmente en tres personas divinas), vivía solo: “En el principio Dios”. No había cielo, donde su gloria es, particularmente, manifiesta ahora. No había tierra para atraer su atención. No había ángeles para cantar sus alabanzas; ni ningún universo para ser sostenido por la palabra de su poder. No había nada, ni nadie, excepto Dios; y *eso*, no por un día, ni por un año, ni por un siglo, sino “desde la eternidad”. Durante la eternidad pasada, Dios estaba solo: Completo, autosuficiente, satisfecho de Sí mismo y sin necesidad de nada. Si un universo, ángeles o seres humanos hubieran sido necesarios para Él de alguna manera, también habrían sido

¹ **Nota del editor** – El atributo de la *soledad* de Dios, también es conocido como la *singularidad* o la *unicidad* (Cualidad de único).

llamados a existir desde toda la eternidad. El haberlos creado cuando lo hizo, no le agregó nada a Dios, esencialmente. Él no cambia (Mal. 3:6), por lo tanto, su gloria esencial no puede ser aumentada ni disminuida.

Su voluntad soberana

Dios no estaba bajo restricciones, ni obligaciones, ni necesidad de crear. Que Él escogiera hacerlo así, fue un acto puramente soberano de su parte, que no fue causado por nada fuera de Sí mismo; determinado únicamente por su propia y mera voluntad porque Él “hace todas las cosas según el designio de su voluntad” (Ef. 1:11). Que Él haya creado, fue simplemente para hacer *manifiesta* su gloria. ¿Imaginan algunos de nuestros lectores que hemos ido más allá de lo que las Escrituras autorizan? Entonces nuestra apelación será a la Ley y al Testimonio: “Levantaos, bendecid a Jehová vuestro Dios desde la eternidad hasta la eternidad; y bendígase el nombre tuyo, glorioso y alto *sobre toda bendición y alabanza*” (Neh. 9:5). A Dios no se le añade nada, ni siquiera con nuestra adoración. No necesitaba esa gloria externa de su gracia que surge de sus redimidos porque Él es lo suficientemente glorioso en Sí mismo sin ella. ¿Qué fue lo que lo movió a predestinar a sus elegidos para alabanza de la gloria de su gracia? Fue, como nos dice Efesios 1:5, “según el puro afecto de su voluntad”.

Sabemos muy bien que el terreno elevado que pisamos aquí es nuevo y extraño para casi todos nuestros lectores; por esta razón es bueno moverse lentamente. Que nuestra apelación sea nuevamente a las Escrituras. Al final de Romanos 11, donde el Apóstol pone fin a su largo argumento sobre la salvación por la pura y soberana gracia, pregunta: “Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado?” (vv. 34-35). El énfasis de esto es que es imposible poner al Todopoderoso bajo obligaciones para con la criatura; Dios no gana nada de nosotros. “Si fueres justo, ¿qué le darás a él? ¿O qué recibirá de tu mano? Al hombre como tú dañará tu impiedad, y al hijo de hombre aprovechará tu justicia” (Job 35:7-8), pero ciertamente, no puede afectar a Dios, quien es bendito enteramente *en Sí mismo*. “Cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos” (Lc. 17:10) —nuestra obediencia no ha beneficiado a Dios en nada—.

No, vamos mas lejos, nuestro Señor Jesucristo no agregó nada a Dios en su esencia y gloria, ni por lo que hizo ni por lo que sufrió.

Verdadero; bendita y gloriosamente verdadero, es que Él *nos manifestó* la gloria de Dios, pero no añadió nada a Dios. Él mismo lo declara expresamente y sus palabras no tienen discusión: “Mi bien a ti no aprovecha” (Sal. 16:2, RVA 1909). Todo este salmo es un salmo de Cristo. La bondad o justicia de Cristo alcanzó a sus santos en la tierra (v. 3), pero Dios estaba muy por encima y más allá de todo. Sólo Dios es “el Bendito” (Mr. 14:61, griego).

Es perfectamente cierto que Dios es honrado y deshonrado por los hombres; no en su ser esencial, sino en su carácter oficial. Es igualmente cierto que Dios ha sido “glorificado” por la creación, por la providencia y por la redención. Nosotros no discutimos esto, ni nos atrevemos a hacerlo ni siquiera por un instante. Pero todo esto tiene que ver con su gloria manifiesta y su reconocimiento por parte de nosotros. Sin embargo, Dios hubiera estado tan complacido que podría haber seguido solo por toda la eternidad, *sin dar a conocer* su gloria a las criaturas. Si debía hacerlo o no, fue determinado únicamente por su propia voluntad. Fue perfectamente bendecido en Sí mismo antes de que la primera criatura fuera llamada a ser. ¿Y qué son todas las criaturas hechas por sus manos comparadas con Él, incluso ahora? Dejemos que la Escritura nuevamente responda:

“He aquí que las naciones le son como la gota de agua que cae del cubo, y como menudo polvo en las balanzas le son estimadas; he aquí que hace desaparecer las islas como polvo. Ni el Libano bastará para el fuego, ni todos sus animales para el sacrificio. Como nada son todas las naciones delante de él; y en su comparación serán estimadas en menos que nada, y que lo que no es. ¿A qué, pues, haréis semejante a Dios, o qué imagen le compondréis?” (Is. 40:15-18).

Ese es el Dios de la Escritura; por desgracia, sigue siendo “el dios no conocido” (Hch. 17:23) para las multitudes despreocupadas.

“Él está sentado sobre el círculo de la tierra, cuyos moradores son como langostas; él extiende los cielos como una cortina, los despliega como una tienda para morar. Él convierte en nada a los poderosos, y a los que gobiernan la tierra hace como cosa vana” (Is. 40:22-23).

¡Cuán enormemente diferente es el Dios de las Escrituras del “dios” del púlpito promedio!

El testimonio del Nuevo Testamento tampoco es diferente al del Antiguo: ¡cómo podría serlo, pues sabemos que ambos tienen el mismo Autor! Allí también *leemos*: “La cual a su tiempo mostrará el bienaventurado y *solo* Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de

los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén” (1 Ti. 6:15-16). Tal Persona debe ser reverenciada, venerada y adorada. Él es *solo* en su majestad, *único* en su excelencia, incomparable en sus perfecciones. Él lo sostiene todo, pero es independiente de todo. Él da a todos, pero de ninguno se enriquece.

Por medio de la revelación

Tal Dios no puede ser descubierto mediante investigación. Sólo puede ser conocido cuando es *revelado* al corazón por el Espíritu Santo, a través de la Palabra. Es cierto que la creación demuestra que hay un Creador tan claramente que los hombres “no tienen excusa”; sin embargo, todavía tenemos que decir junto con Job: “He aquí, estas cosas son sólo los bordes de sus caminos; ¡Y cuán leve es el susurro que hemos oído de él! Pero el trueno de su poder, ¿quién lo puede comprender?” (Job 26:14). Creemos que el llamado argumento del diseño² de los “apologistas” bien intencionados, ha hecho mucho más daño que bien porque ha intentado bajar al gran Dios, a un nivel de comprensión finita y, por lo tanto, ha perdido de vista su excelencia singular.

Se ha elaborado una analogía entre un salvaje que encuentra un reloj sobre las arenas y, al examinarlo detenidamente, infiere que lo hizo un relojero. Hasta aquí todo bien. Pero intente ir más allá: Suponga que el salvaje se sienta en la arena y se esfuerza por formarse una concepción de este relojero, sus afectos y maneras personales; su disposición, sus habilidades y su carácter moral –todo lo que se necesita para formar una personalidad– ¿podría alguna vez pensar o razonar acerca de quién es este hombre real, –*el* hombre que hizo el reloj– para poder decir: “Lo conozco?”. Parece trivial hacer tales preguntas, pero ¿está el Dios eterno e infinito

² **Argumento del diseño** – Idea de que la naturaleza es producto de un diseño muy especial, en la cual todo funciona perfectamente, tanto en cada uno de los seres creados como en sus relaciones entre todos ellos. Esto lleva a la ineludible conclusión de que existe un “*diseñador inteligente*”. Pablo, en Ro.1:20 (“Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo”) esbozó este argumento. Más tarde, Tomás de Aquino (s. XIII), se refirió al *argumento de diseño* como una de sus cinco vías para probar la realidad de Dios creador. Posteriormente, el teólogo William Paley, usó la analogía del relojero en su *Teología natural* (1802), con el ejemplo de quien encuentra un reloj en el lecho pedregoso de un río y sabe que éste no tiene el mismo origen de las demás piedras, sino que es producto del *diseño inteligente* de un relojero aplicable a los seres vivos, en los cuales hay claras evidencias de un diseño inteligente.

mucho más al alcance de la razón humana? ¡De hecho, no! El Dios de la Escritura sólo puede ser conocido por aquellos a quienes ÉL *se da a conocer*.

Tampoco Dios es conocido por el intelecto. Dios es Espíritu (Jn. 4:24) y, por lo tanto, sólo puede ser conocido espiritualmente. Pero el hombre caído no es espiritual; él es carnal. Está muerto para todo lo que es espiritual. A menos que nazca de nuevo, sea traído sobrenaturalmente de muerte a vida, trasladado milagrosamente de la oscuridad a la luz, no puede siquiera ver las cosas de Dios (Jn. 3:3) y, mucho menos, aferrarse a ellas (1 Co. 2:14). El Espíritu Santo tiene que brillar en nuestros corazones (y no en nuestros intelectos) para darnos “el conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Co. 4:6). E incluso, ese conocimiento espiritual es fragmentado. El alma regenerada tiene que *crecer* en la gracia y en el conocimiento del Señor Jesús (2 P. 3:18). La oración principal y el propósito de los cristianos debe ser que andemos “como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios” (Col. 1:10).

Capítulo 2

Los decretos de Dios

El decreto de Dios es su propósito o determinación con respecto a las cosas futuras. Hemos usado el número singular como lo hacen las Escrituras (Ro. 8:28; Ef. 3:11) porque sólo hubo un acto de su mente infinita sobre las cosas futuras. Pero *hablamos* como si hubiera habido muchos porque nuestras mentes sólo son capaces de pensar en ciclos sucesivos, a medida que surgen pensamientos y ocasiones, o en referencia a los diversos *objetos* de su decreto, los cuales siendo muchos, nos parecen requerir un propósito diferente cada uno. Pero una comprensión infinita no ocurre por ciclos, de una etapa a otra, pues: “Dice el Señor, que hace conocer todo esto [sus obras] desde tiempos antiguos” (Hch. 15:18).

Los decretos de Dios

Las Escrituras mencionan los decretos de Dios en muchos pasajes y bajo una variedad de términos. La palabra “decreto” se encuentra en Salmos 2:7. En Efesios 3:11, leemos de su “propósito eterno”. En Hechos 2:23, de su “determinado consejo y anticipado conocimiento”. En Efesios 1:9, del “misterio de su voluntad”. En Romanos 8:29, que Él “también los predestinó”. En Efesios 1:9, de “su beneplácito”. Los decretos de Dios se llaman su “consejo” para indicar que son perfectamente sabios. Se les llama la “voluntad” de Dios para mostrar que Él no estaba bajo ningún control, sino que actuó de acuerdo con su propia voluntad. Cuando la voluntad de un hombre es la regla de su conducta, usualmente es caprichosa e irrazonable; pero la *sabiduría* siempre está asociada con la “voluntad” en los procedimientos divinos y, en consecuencia, se dice que los decretos de Dios son “el designio de su voluntad” (Ef. 1:11).

Los decretos de Dios se relacionan con todas las cosas futuras sin excepción: Cualquier cosa que se haga en determinado momento ya estaba preordenada antes de que comenzara el tiempo. El propósito de Dios se refería a todo, ya sea grande o pequeño, ya sea bueno o malo, aunque con referencia a este último, debemos tener

cuidado de afirmar que, si bien Dios es el que ordena y controla el pecado, Él *no* es el autor del pecado en el mismo sentido en que sí es el autor del bien. El pecado no podría proceder de un Dios santo por creación positiva y directa, sino sólo por permiso decretivo y acción negativa. El decreto de Dios es tan completo como su gobierno, que se extiende a todas las criaturas y todos los eventos. Su decreto se trata sobre nuestra vida y muerte; sobre nuestro estado en el tiempo y nuestro estado en la eternidad. Como Dios hace *todas* las cosas según el consejo de su propia voluntad, aprendemos de sus obras cuál es (y fue) su consejo, así como juzgamos el plano de un arquitecto al inspeccionar el edificio que se erigió bajo sus instrucciones.

Dios no decretó meramente hacer al hombre, colocarlo sobre la tierra y luego dejarlo bajo su propia guía sin ningún control; en cambio, determinó todas las circunstancias para esta gran cantidad de individuos y también todos los detalles que comprenderán la historia de la raza humana desde su comienzo hasta su finalización. No sólo decretó que las leyes generales deberían ser establecidas para el gobierno del mundo, sino que estableció la *aplicación* de esas leyes a todos los casos particulares. Nuestros días están contados como también los cabellos de nuestras cabezas. Podemos aprender cuál es el *alcance* de los decretos divinos a partir de las dispensaciones de la Providencia, en las cuales se ejecutan. El cuidado de la Providencia alcanza hasta las criaturas más insignificantes y los eventos más pequeños: La muerte de un gorrión y la caída de un cabello.

Propiedades de los decretos divinos

Consideremos ahora, algunas de las *propiedades* de los decretos divinos. En primer lugar, son *eternos*. Suponer que alguno de estos decretos se hizo en el tiempo, es suponer que ha ocurrido una nueva ocasión, que ha surgido algún evento imprevisto o una combinación de circunstancias que ha inducido al Altísimo a tomar una nueva resolución. Esto generaría el argumento de que el conocimiento de la Deidad es limitado y que Él se está volviendo más sabio con el paso del tiempo, lo cual sería una blasfemia horrible. Ningún hombre que crea que la comprensión divina es infinita, incluyendo el pasado, el presente y el futuro, aceptará jamás, la doctrina errónea de los decretos temporales. Dios no ignora los eventos futuros que serán ejecutados por las voluntades humanas; Él los ha predicho en innumerables casos y la profecía no es más

que la *manifestación* de su eterno previo conocimiento (presciencia). Las Escrituras afirman que los creyentes fueron escogidos en Cristo antes de la fundación del mundo (Ef. 1:4), sí, que la gracia les fue “dada” a ellos desde entonces (2 Ti. 1:9).

En segundo lugar, los decretos de Dios son *sabios*. Su sabiduría se muestra en la selección de los mejores fines posibles y los medios más adecuados para cumplir sus decretos. Que este carácter pertenece a los decretos de Dios, es evidente por medio de lo que sabemos de estos. Se nos revelan a nosotros *por medio de su ejecución* y cada prueba de sabiduría en las obras de Dios es una prueba de la sabiduría de su *plan*, de acuerdo con su realización. Como declaró el salmista: “¡Cuán innumerables son tus obras, oh Jehová! Hiciste todas ellas con sabiduría” (Sal. 104:24). De hecho, es sólo una muy pequeña parte de ellas lo que cae bajo nuestra observación, sin embargo, debemos proceder aquí como lo hacemos en otros casos y juzgar el todo por la parte; es decir, lo desconocido por medio de lo conocido. Aquel que percibe el admirable ingenio en el funcionamiento de las partes de una máquina después de haber tenido la oportunidad de examinarla, naturalmente, es conducido a creer que las demás partes de esta máquina son igualmente admirables. De la misma manera, debemos satisfacer nuestras mentes en cuanto a las obras de Dios cuando las dudas se nos imponen y rechazar cualquier objeción que pueda ser sugerida por algo que no podemos conciliar con *nuestras* nociones de lo que es bueno y sabio. Cuando alcanzamos los límites de lo finito y miramos hacia el misterioso reino del infinito, exclamemos: “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios!” (Ro. 11:33).

En tercer lugar, son *libres*. “¿Quién enseñó al Espíritu de Jehová, o le aconsejó enseñándole? ¿A quién pidió consejo para ser avisado? ¿Quién le enseñó el camino del juicio, o le enseñó ciencia, o le mostró la senda de la prudencia?” (Is. 40:13-14). Dios estaba solo cuando hizo sus decretos y sus determinaciones no fueron influenciadas por ninguna causa externa. Él era libre de decretar o no decretar, y decretar una cosa y no otra. Esta libertad la debemos atribuir a Aquel que es Supremo, Independiente y Soberano en todos sus actos.

En cuarto lugar, son *absolutos e incondicionales*. La ejecución de los mismos no se suspende bajo ninguna condición que pueda o no cumplirse. En cada caso donde Dios ha decretado un fin, también ha decretado todos los medios para dicho fin. El que decretó la

salvación de sus elegidos, también decretó obrar fe en ellos (2 Ts. 2:13). “Mi consejo permanecerá, y haré *todo* lo que quiero” (Is. 46:10); pero eso no podría ocurrir si su Consejo dependiera de una condición que no se pudiera cumplir. Pero Dios “hace todas las cosas según el designio de su voluntad” (Ef. 1:11).

La responsabilidad del hombre

Junto con la inmutabilidad e invencibilidad de los decretos de Dios, la Escritura enseña, claramente, que el hombre es una criatura responsable y que debe dar cuenta por sus acciones. Y si nuestros pensamientos se basan en la Palabra de Dios, sostener un pensamiento no conducirá a la negación del otro. Admitimos que existe una verdadera dificultad para definir dónde termina lo uno y dónde comienza lo otro. Éste es siempre el caso donde hay una conjunción de lo divino y lo humano. La verdadera oración está indicada [dictada] por el Espíritu, pero también es el clamor de un corazón humano. Las Escrituras son la Palabra inspirada de Dios, sin embargo, fueron escritas por hombres que eran algo más que máquinas en la mano del Espíritu. Cristo es, a la vez, Dios y hombre. Él es omnisciente, pero “crecía en sabiduría” (Lc. 2:52). Él era Todopoderoso, pero fue “crucificado en debilidad” (2 Co. 13:4). Era el Príncipe de la vida, pero murió. Estos son grandes misterios, sin embargo, la fe los recibe incuestionablemente.

A menudo se ha señalado, en el pasado, que cada objeción hecha contra los decretos eternos de Dios se aplica con la misma fuerza contra su eterno previo conocimiento [presciencia].

“Tanto si Dios ha decretado todas las cosas que suceden como las que no suceden, todos los que admiten la existencia de un Dios, admiten también que Él sabe todas las cosas de antemano. Ahora, es evidente en sí mismo que si Él sabe todas las cosas de antemano; Él las aprueba o no las aprueba; es decir, Él quiere que sucedan o no quiere que sucedan. Pero querer que sucedan es decretarlas”³.

Finalmente, intente conmigo, asumir y luego contemplar lo contrario. *Negar* los decretos divinos sería predicar un mundo y todos sus asuntos regulados por el azar *sin diseño* o por un destino ciego. Entonces, ¿qué paz, qué seguridad, qué consuelo habría para nuestros pobres corazones y mentes? ¿A qué refugio podríamos

³ **Jonathan Edwards** (1703-1758) – Predicador norteamericano congregacionista, usado por el Señor en el Gran Despertar; nacido en East Windsor, Condado de Connecticut.

acudir en la hora de necesidad y prueba? Ninguno en absoluto. No habría nada mejor que la negra oscuridad y el despreciable horror del ateísmo.

Oh, lector mío, ¡cuán agradecidos deberíamos estar de que todo *esté* determinado por la infinita sabiduría y bondad! Cuanta alabanza y gratitud le debemos a Dios *por* sus decretos divinos. Es por estos que “sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Ro. 8:28). Bien podemos exclamar: “Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén” (Ro. 11:36).

Capítulo 3

La omnisciencia de Dios

La omnisciencia⁴ de Dios

Dios es omnisciente. Él conoce todo: Todo lo posible, todo lo real; todos los eventos y todas las criaturas, del pasado, del presente y del futuro. Él está, perfectamente, familiarizado con cada detalle en la vida de cada ser en el cielo, en la tierra y en el infierno. “Él... conoce lo que está en tinieblas” (Dn. 2:22). Nada escapa a su atención, nada se le puede ocultar, nada se le olvida. Bien podemos decir con el salmista: “Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí; Alto es, no lo puedo comprender” (Sal. 139:6). Su conocimiento es perfecto. Nunca se equivoca, nunca cambia, nunca pasa por alto nada. “Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (He. 4:13). ¡Sí, tal es el Dios “a quien tenemos que dar cuenta”!

“Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme; has entendido desde lejos mis pensamientos. Has escudriñado mi andar y mi reposo, y *todos* mis caminos te son conocidos. Pues aún no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Jehová, tú la sabes toda” (Sal. 139:2-4). ¡Qué maravilloso Ser es el Dios de las Escrituras! Cada uno de sus gloriosos atributos debe hacerlo honorable en nuestra estima. El temor que inspira su omnisciencia debe inclinarnos en adoración ante Él. ¡Pero cuán poco meditamos sobre esta perfección divina! ¿Es porque el solo pensarlo nos llena de inquietud?

¡Qué solemne es este hecho: Que nada puede ser ocultado a Dios! “Y las cosas que suben a vuestro espíritu, yo las he entendido” (Ez. 11:5). Aunque Él sea invisible para nosotros, nosotros no lo somos para Él. Ni la oscuridad de la noche, ni las cortinas más cerradas, ni la mazmorra más profunda, pueden ocultar a los pecadores de los ojos de la Omnisciencia. Los árboles del jardín no pudie-

⁴ **Nota del editor** – El atributo de la *omnisciencia* de Dios, también es conocido como el *pleno conocimiento* o la *ciencia* de Dios.

ron ocultar a nuestros primeros padres. Ningún ojo humano vio a Caín asesinar a su hermano, pero su Creador fue testigo de su crimen. Sara podría reírse burlescamente en la reclusión de su tienda, pero Jehová la oyó. Acán robó un lingote de oro y lo escondió cuidadosamente en la tierra, pero Dios lo sacó a la luz. David se esforzó mucho por ocultar su maldad, pero el Dios que todo lo ve, envió a uno de sus siervos a decirle: “Tú eres ese hombre”. Y al escritor y lector también se les dice: “Sabed que *vuestro* pecado os alcanzará” (Nm. 32:23).

Los hombres despojarían a la Deidad de su omnisciencia, si pudieran, ¡qué prueba de que “los designios de la carne son enemistad contra Dios” (Ro. 8:7)! Los malvados odian esta perfección divina naturalmente, tanto como están, naturalmente, obligados a reconocerla. Desean que no haya un Testigo de sus pecados, ni un Escudriñador de sus corazones, ni un Juez de sus obras. Buscan desterrar a un Dios tal, de sus pensamientos: “Y no consideran en su corazón que tengo en memoria toda su maldad” (Os. 7:2). ¡Cuán solemne es el Salmo 90:8! Buen motivo tiene para temblar ante Cristo todo aquel que le rechaza: “Pusiste nuestras maldades delante de ti, nuestros yerros a la luz de tu rostro” (Sal. 90:8).

Pero para el creyente, el hecho de la omnisciencia de Dios es una verdad cargada de mucho consuelo. En tiempos de perplejidad, dice junto con Job: “Mas Él *conoce* mi camino” (Job 23:10). Puede ser profundamente misterioso para mí, bastante incomprensible para mis amigos, ¡pero “Él conoce”! En tiempos de cansancio y debilidad, los creyentes se aseguran a sí mismos: “Porque él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo” (Sal. 103:14). En tiempos de duda y sospecha, recurren a este mismo atributo, diciendo: “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno” (Sal. 139:23-24). En tiempos de triste fracaso, cuando nuestras acciones han desmentido nuestros corazones, cuando nuestros actos han repudiado nuestra devoción y nos surge la pregunta escrutadora: “¿Me amas?”. Decimos, como Pedro: “Señor, tú lo *sabes todo*; tú *sabes* que te amo” (Jn. 21:17).

Aquí encontramos ánimo para la oración. No hay motivo para temer que las peticiones de los justos no sean escuchadas, o que sus suspiros y lágrimas escapen a la atención de Dios, dado que Él conoce los pensamientos y las intenciones del corazón. No hay peligro de que ni un solo santo sea pasado por alto en medio de la multitud

de santos suplicantes que presentan, diariamente y a cada hora, sus diversas peticiones, puesto que una *Mente infinita* es tan capaz de prestar la misma atención a millones como si solamente un individuo estuviese buscando su atención. Así también, la falta de un lenguaje apropiado, la incapacidad de expresar el anhelo más profundo del alma, no pondrá en peligro nuestras oraciones porque "... antes que clamen, responderé yo; mientras aún hablan, yo habré oído" (Is. 65:24).

Pasado y futuro

"Grande es el Señor nuestro, y de mucho poder; y su entendimiento es infinito" (Sal. 147:5). Dios, no sólo sabe todo lo que ha sucedido en el pasado en cada parte de sus vastos dominios y no sólo está completamente familiarizado con todo lo que ahora está ocurriendo en todo el universo, sino que también es perfectamente consciente de cada evento, desde el más mínimo hasta el mayor que haya ya sucedido o que sucederá en los siglos venideros. El conocimiento de Dios del futuro es tan completo como su conocimiento del pasado y del presente, y eso porque el futuro depende, completamente, de Dios mismo. Si fuera posible que algo ocurriera aparte de la agencia⁵ directa o el permiso de Dios, entonces, ese algo sería independiente de Él y Él dejaría de ser Supremo de inmediato.

Ahora, el conocimiento divino del futuro no es una mera abstracción, sino algo que está inseparablemente conectado y acompañado por el propósito de Dios. Dios mismo ha diseñado todo lo que será y lo que ha diseñado *tiene* que ser llevado a cabo. Como afirma su Palabra más segura: "Él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?" (Dn. 4:35). Y de nuevo: "Muchos pensamientos hay en el corazón del hombre; más el consejo de Jehová *permanecerá*" (Pr. 19:21). Como la sabiduría y el poder de Dios son infinitos, el cumplimiento de cualquier cosa que Él se haya propuesto está, absolutamente, garantizado. Es tan imposible que los consejos divinos fracasen en su ejecución como que el Dios tres veces santo, mienta.

Nada relacionado con el futuro es, de ningún modo, incierto en lo que respecta al cumplimiento de los consejos de Dios. Ninguno de sus decretos queda subordinado ni a criaturas ni a causas secun-

⁵ **Agencia** - Es la capacidad que posee un agente (una persona u otra identidad) para actuar.

darias. No hay un evento futuro que sea sólo una mera posibilidad, es decir, algo que pueda suceder o no, pues: “Dice el Señor, que hace conocer todo esto desde tiempos antiguos” (Hch. 15:18). Todo lo que Dios ha decretado es, inexorablemente, cierto porque en Él “no hay mudanza, ni sombra de variación” (Stg. 1:17). Por lo tanto, se nos dice al comienzo de ese libro, el cual nos revela gran parte del futuro, acerca de “las cosas que *deben* suceder pronto” (Ap. 1:1).

El perfecto conocimiento de Dios se ejemplifica e ilustra en cada profecía registrada en su Palabra. En el Antiguo Testamento se encuentran decenas de predicciones sobre la historia de Israel que se cumplieron hasta el más mínimo detalle, siglos después de que se hicieran. En estas predicciones también hay muchas más que anuncian el ministerio terrenal de Cristo y estas también se cumplieron, literal y perfectamente. Tales profecías sólo podrían haber sido dadas por Aquel que conocía el fin desde el principio y cuyo conocimiento se basaba en la certeza incondicional del cumplimiento de todo lo predicho. Del mismo modo, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, contienen muchos otros anuncios aún futuros y estos también, *deben* ser cumplidos y se dice que “era necesario” (Lc. 24:44) porque fueron predichos por Aquel que los decretó.

Sin embargo, debe señalarse que ni el conocimiento de Dios ni su conocimiento del futuro, considerados simplemente en sí mismos, son causales. Nada ha sucedido o sucederá, simplemente porque Dios lo sabía. La *causa* de todas las cosas es la *voluntad* de Dios. El hombre que realmente cree en las Escrituras, sabe de antemano que las estaciones continuarán ocurriendo sin fallar y esto será hasta el final de los días de la tierra (Gn. 8:22). Sin embargo, su conocimiento no es la causa de que esto ocurra. De la misma manera, el conocimiento de Dios no surge de las cosas porque son o serán, sino porque Él ha *ordenado* que sean. Dios conoció y predijo la crucifixión de su Hijo, muchos cientos de años antes de que se encarnara y esto porque, en el propósito divino, fue un Cordero inmolado desde la fundación del mundo: Por lo tanto, leemos: “Entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios” (Hch. 2:23).

Una o dos palabras a modo de aplicación. El conocimiento infinito de Dios debería llenarnos de *asombro*. ¡Cuán exaltado sobre el hombre más sabio es el Señor! Ninguno de nosotros sabe lo que puede traer cada día, pero todo el futuro está abierto a su mirada

omnisciente. El conocimiento infinito de Dios debería llenarnos de santo *temor*. Nada de lo que hacemos, decimos o, incluso, pensamos, escapa al conocimiento de Aquel a quien tenemos que dar cuentas, pues: “Los ojos de Jehová están en todo lugar, mirando a los malos y a los buenos” (Pr. 15:3). ¡Qué freno sería para nosotros si meditáramos en ello con más frecuencia! En lugar de actuar imprudentemente, deberíamos decir junto con Agar: “Tú eres Dios que ve” (Gn. 16:13). El temor causado por el conocimiento infinito de Dios debería llenar al cristiano de *adoración*. Toda mi vida ha estado abierta a su vista desde el principio. Él previó cada una de mis caídas, mis pecados, todas mis reincidencias; más, sin embargo, fijó su corazón sobre mí. ¡Oh, cómo la realización de esto debería inclinarme en asombro y adoración ante Él!

Capítulo 4

La presciencia⁶ de Dios

¡Qué controversias se han engendrado por este tema en el pasado! Pero, ¿qué verdad de la Sagrada Escritura hay que no haya sido ocasión de batallas teológicas y eclesiásticas? La deidad de Cristo, su nacimiento virginal, su muerte expiatoria, su segundo advenimiento; la justificación, la santificación, la seguridad del creyente; la Iglesia, su organización, sus oficiales, la disciplina; el bautismo, la cena del Señor y muchas otras verdades preciosas que se puedan mencionar. Sin embargo, las controversias que se han librado sobre ellos no cerraron la boca de los fieles servidores de Dios; ¿por qué, entonces, deberíamos evitar la irritante pregunta acerca del previo conocimiento de Dios, porque, por cierto, hay algunos que nos acusarán de fomentar la disensión? Dejemos que otros disputen si lo desean, nuestro deber es dar testimonio de acuerdo con la luz que nos fue concedida.

Error disipado

Hay dos cosas relacionadas con la presciencia de Dios, acerca de las cuales muchos ignoran: El *significado* del término y su *alcance escritural*. Debido a que esta ignorancia está tan extendida, es fácil para los predicadores y maestros encajar en las perversiones acerca de este tema, incluso, por encima del pueblo de Dios. Sólo hay una salvaguarda contra el error y es estar establecidos en la fe y para eso, debe haber un estudio diligente y en oración; y recibir con mansedumbre la Palabra de Dios implantada. Sólo entonces, nos fortalecemos contra los ataques de quienes nos atacan. Hay quienes hoy, están haciendo *mal uso de esta verdad para desacreditar y negar la soberanía absoluta de Dios en la salvación de los pecadores*. Así como los altos críticos están repudiando la inspiración divina de las Escrituras y, los evolucionistas, la obra de Dios en la crea-

⁶ **Nota del editor** – El atributo de la *presciencia* de Dios, también es conocido como el *pre-conocimiento*; *previo* o *anticipado conocimiento* de Dios.

ción; así también algunos pseudo maestros de la Biblia están pervirtiendo su presciencia para rechazar su elección incondicional para vida eterna.

Cuando se expone el solemne y bendito tema de la preordenación divina, cuando se expone la elección eterna de Dios de ciertas personas que se conformarán a la imagen de su Hijo, el enemigo envía a algún hombre para argumentar que la elección se basa en la presciencia de Dios y este “previo conocimiento” se interpreta como que Dios previó que algunos serían más dóciles que otros, que responderían más fácilmente a los esfuerzos del Espíritu y que, debido a que Dios sabía que creerían, Él, en consecuencia, *los* predestinó para salvación. Pero tal afirmación es radicalmente errónea, pues repudia la verdad de la depravación total porque argumenta que hay algo bueno en algunos hombres. Quita la independencia de Dios porque hace que sus decretos *descansen sobre* lo que descubre en la criatura. Cambia completamente las cosas porque, al decir que Dios previó que ciertos pecadores creerían en Cristo y que, debido a esto, Él los predestinó para salvación, es todo lo contrario de la verdad. Las Escrituras afirman que Dios, en su absoluta Soberanía, seleccionó a algunos para que fueran receptores de sus favores distintivos (Hch. 13:48) y, por lo tanto, determinó otorgarles el don de la fe. La falsa teología hace que la presciencia de Dios acerca de nuestra fe sea la *causa* de su elección para salvarnos; mientras que, en realidad, la elección de Dios es la causa y nuestra fe en Cristo es el *efecto*.

La verdad proclamada

Antes de continuar con nuestra discusión sobre este tema tan incomprendido, detengámonos y definamos nuestros términos. ¿Qué quiere decir “previo conocimiento [presciencia]”? “Saber Conocer de antemano”, es la respuesta inmediata de muchos. Pero no debemos sacar conclusiones precipitadas, ni debemos recurrir al diccionario Webster como último tribunal de apelación, pues no se trata de la etimología del término empleado. Lo que se necesita es descubrir cómo *se usa* la palabra en las Escrituras. El uso que hace el Espíritu Santo de una expresión siempre define su significado y alcance. Es la falta de aplicación de esta sencilla regla, la responsable de tanta confusión y error. Muchas personas suponen que ya conocen el significado de cierta palabra usada en las Escrituras y, luego, son demasiado imprecisos para *probar* sus suposiciones por medio de una concordancia. Ampliemos este punto.

Tome la palabra “carne”. Su significado parece ser tan obvio que muchos lo considerarían una pérdida de tiempo buscar sus diversas conexiones en las Escrituras. Se asume apresuradamente que la palabra es sinónimo del cuerpo físico, por lo que no se realiza ninguna investigación. Pero, de hecho, “carne” en la Escritura, con frecuencia incluye mucho más de lo que es corpóreo; todo lo que el término abarca, sólo puede determinarse mediante una comparación diligente de cada aparición del mismo y mediante un estudio de *cada* contexto por separado. Tome la palabra “mundo”. El lector promedio de la Biblia imagina que esta palabra es el equivalente para la raza humana y, en consecuencia, muchos pasajes donde se encuentra el término se interpretan erróneamente. Tome la palabra “inmortalidad”. ¡Seguramente *ésta* no requiere estudio! Obviamente, hace referencia a la indestructibilidad del alma. Ah, mi lector, es una tontería y un error asumir algo con respecto a la Palabra de Dios. Si el lector se toma la molestia de examinar cuidadosamente cada pasaje donde se encuentran “mortal” e “inmortal”, verá que estas palabras nunca se aplican al alma, sino siempre al cuerpo.

Ahora, lo que se ha dicho sobre la “carne”, el “mundo”, la “inmortalidad”, se aplica con igual fuerza a los términos “conocer” y “preconocer”. En lugar de imaginar que estas palabras no significan más que una simple cognición, los diferentes pasajes en los que se presentan deben sopesarse cuidadosamente. Las palabras “previo conocimiento” [presciencia], no se encuentran en el Antiguo Testamento. Pero “conocer”, aparece allí con frecuencia. Cuando ese término se usa en conexión con Dios, a menudo significa *mirar con favor*, denotando, no una mera cognición, sino un *afecto* por el objeto mirado. “Te he *conocido* por tu nombre” (Éx. 33:17). “Rebeldes habéis sido a Jehová desde el día que yo os *conozco*” (Dt. 9:24). “Antes que te formase en el vientre te *conocí*” (Jer. 1:5). “Constituyeron príncipes, más yo no” los *conocí* (Os. 8:4). “A vosotros solamente *he conocido* de todas las familias de la tierra” (Am. 3:2). En estos pasajes, “conoció” significa *amado o designado*.

De la misma manera, la palabra “conocer” se usa con frecuencia en el Nuevo Testamento, en el mismo sentido que en el Antiguo Testamento. “Y entonces les declararé: *Nunca os conocí*” (Mt. 7:23). “Yo soy el buen pastor; y *conozco* mis ovejas, y las mías me *conocen*” (Jn. 10:14). “Pero si alguno ama a Dios, es *conocido* por él” (1 Co. 8:3). “*Conoce* el Señor a los que son suyos” (2 Ti. 2:19).

La presciencia definida

Ahora, el término presciencia, tal como se usa en el Nuevo Testamento, es menos ambiguo que en su forma simple “conocer”. Si cada pasaje en el que aparece, se estudia cuidadosamente, se descubrirá que es un punto discutible que haga referencia a la mera percepción de eventos que ocurrirán. El hecho es que la “presciencia” *nunca* se usa en las Escrituras con relación a eventos o acciones; en cambio, siempre hace referencia a *personas*. Se dice que Dios “previamente conoce”, a las personas, no las acciones de esas personas. Como prueba de esto, citaremos ahora cada pasaje donde se encuentra esta expresión.

La primera aparición está en Hechos 2:23. Allí leemos: “A este, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento [presciencia] de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole”. Si se presta especial atención a la redacción de este versículo, se verá que el Apóstol no estaba allí hablando del previo conocimiento de Dios acerca del *acto* de la crucifixión, sino de la *Persona* crucificada: “A este [Cristo], entregado por...”.

La segunda aparición está en Romanos 8:29-30. “Porque a *los* que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a *los* que predestinó, a éstos también llamó”. Fíjese bien en el pronombre que se usa aquí. No se trata de *aquello* que previamente conoció, sino a *quién* previamente conoció. No se trata de la rendición de las voluntades de estas personas, ni de la fe de sus corazones, sino de las *personas* mismas, de las cuales se habla.

“No ha desechado Dios a su pueblo, al cual desde antes conoció” (Ro. 11:2). Una vez más, la clara referencia es a las personas y sólo a las personas.

La última mención se encuentra en 1 Pedro 1:2: “Elegidos según la presciencia [previo conocimiento] de Dios Padre”. *¿Quiénes* son “elegidos según la presciencia [previo conocimiento] de Dios Padre”? El versículo anterior nos dice: La referencia es a los “expatriados esparcidos”, es decir, la diáspora, la dispersión, los judíos creyentes. Por lo tanto, aquí también la referencia es a las personas y no a sus actos previstos.

Ahora, en vista de estos pasajes (que son los únicos), *¿qué base escritural* hay para que alguien diga que Dios “conoció de antemano” los *actos* de ciertas personas, es decir, su “arrepentimiento y

fe”, y que debido a esos actos, los eligió para salvación? La respuesta es: Absolutamente, ninguna. Las Escrituras *nunca* hablan del arrepentimiento y la fe como previstas o preconocidas por Dios. Verdaderamente, Él sabía desde toda la eternidad que algunos se arrepentirían y creerían, sin embargo, esto no es a lo que las Escrituras se refieren como el *objeto* del previo conocimiento de Dios. La palabra se refiere, uniformemente, al previo conocimiento de Dios de *personas*; entonces retengamos “la forma de las sanas palabras” (2 Ti. 1:13).

Otra cosa a la que deseamos llamar especial atención es que los dos primeros pasajes citados anteriormente, muestran con claridad y enseñan implícitamente, que la presciencia de Dios *no es el causante de los hechos*, sino que hay algo más que se encuentra detrás, que lo precede, y que ese algo es su propio *decreto soberano*. Cristo fue “entregado por el [1] determinado consejo y [2] anticipado conocimiento [presciencia] de Dios” (Hch. 2:23). Su consejo o decreto fue la base de su previo conocimiento. Y, nuevamente, en Romanos 8:29. Ese versículo se abre con la palabra “porque”, que nos dice que miremos hacia atrás a lo que precede inmediatamente. Entonces, ¿qué dice el versículo anterior? Esto: “Todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Ro. 8:28). Por lo tanto, la presciencia de Dios *se basa en* su “propósito” o decreto (ver Sal. 2:7).

Dios previamente conoce *lo que será* porque Él ha decretado lo que *será*. Por lo tanto, es una inversión del orden de las Escrituras, es poner el carro delante del caballo para afirmar que Dios elige porque previamente conoce a las personas. La verdad es que lo conoce de antemano porque Él lo ha elegido. Esto elimina la base o la causa de la elección como algo que depende de la criatura y la ubica en la voluntad soberana de Dios. Dios se propuso en Sí mismo elegir a ciertas personas, no por algo bueno en ellas o proveniente de ellas, ya sea real o previsto, sino únicamente por su propia mera voluntad. En cuanto al *por qué* eligió a los que eligió, no lo sabemos, y sólo podemos decir: “Sí, Padre, porque así te agradó” (Mt. 11:26). La clara verdad en Romanos 8:29 es que Dios, antes de la fundación del mundo, eligió a ciertos pecadores y los designó para salvación (2 Ts. 2:13). Esto queda claro a partir de las palabras finales del versículo: “Los predestinó para que fuesen hechos conforme a la imagen de su Hijo”. Dios no predestinó a aquellos a quienes Él previó que *fueran* “conformes”, sino, por el contrario, a aquellos a quienes “preconoció” (es decir, amó y eligió), a estos predestinó

“para *ser hechos conformes*”. Su semejanza con Cristo no es la causa, sino el efecto de la presciencia y la predestinación de Dios.

Dios no eligió a ningún pecador porque previó que creería, por la sencilla pero suficiente razón de que *ningún* pecador cree hasta que Dios le da la fe; tal como nadie ve hasta que Dios le da la vista. La vista es un don de Dios, ver es la consecuencia de usar su don. Entonces, la fe es un don de Dios (Ef. 2:8-9), creer es la consecuencia de usar su don. Si fuera cierto que Dios había elegido a algunos para ser salvos *porque*, a su debido tiempo, ellos creerían, entonces eso haría que creer fuese un acto *meritorio* y, en ese caso, el pecador que fuere salvo *tendría* motivos para “jactarse”, lo cual la Escritura niega enfáticamente (Ef. 2:9).

En verdad, la Palabra de Dios es lo suficientemente clara al enseñar que creer *no* es un acto meritorio. Afirma que los cristianos son aquellos que *por la gracia* han creído (Hch. 18:27). Si, entonces, han creído “por gracia”, no hay absolutamente nada meritorio en “creer” y, si no hay nada meritorio en creer, esto no podría ser el motivo o la causa que movió a Dios a escogerlos. No; la elección de Dios no proviene de nada en *nosotros*, ni de nada de nosotros, sino únicamente de Su propia voluntad soberana. Una vez más, en Romanos 11:5, leemos acerca de “un remanente escogido por gracia” (Ro. 11:5). Ahí está, bastante claro; la elección en sí misma es *por gracia* y la gracia es un favor *inmerecido*, algo por lo cual no teníamos derecho alguno de exigirle a Dios.

Por lo tanto, parece que es muy importante para nosotros tener una visión clara y espiritual del previo conocimiento [presciencia] de Dios. Las concepciones erróneas al respecto, conducen, inevitablemente, a los pensamientos más deshonrosos para Él. La idea popular de la presciencia divina es totalmente inadecuada. Dios, no sólo conocía el final desde el principio, sino que también planeó, fijó y predestinó todo desde el principio. Y, como la causa determina el efecto, así el propósito de Dios es el fundamento de su presciencia. Si el lector es entonces, un verdadero cristiano, lo es porque Dios lo escogió en Cristo antes de la fundación del mundo (Ef. 1:4) y lo escogió, no porque vio previamente que *creería*, sino que le eligió, simplemente, porque le plació elegirlo; le eligió a pesar de su incredulidad natural. Siendo esto así, *toda* la gloria y alabanza le pertenece sólo a Él. No tienes fundamento para atribuirte *ningún* crédito. *Por gracia* has creído (Hch. 18:27) y eso porque tu elección fue de gracia (Ro. 11:5).

Capítulo 5

La supremacía de Dios

La mayoría no la conoce

En una de sus cartas a Erasmo, Lutero dijo: “Tus pensamientos sobre Dios son demasiado humanos”. Probablemente, ese renombrado erudito se ofendió por tal reprensión y, aún más porque procedía del hijo de un minero; sin embargo, fue completamente merecido. Nosotros también, aunque no tenemos ninguna parte entre los líderes religiosos de esta época degenerada, presentamos el mismo cargo contra la mayoría de los predicadores de nuestros días y contra aquellos que, en lugar de escudriñar las Escrituras por sí mismos, aceptan perezosamente la enseñanza de otros. Las concepciones más deshonorosas y degradantes del gobierno y el reinado del Todopoderoso se encuentran ahora en casi todas partes. Para millares de personas, incluso entre aquellos que profesan ser cristianos, el Dios de las Escrituras es bastante desconocido.

En la antigüedad, Dios se quejó ante un Israel apóstata: “Pensabas que de cierto sería yo como tú” (Sal. 50:21). Tal debe ser ahora su acusación contra una cristiandad apóstata. Los hombres imaginan que el Altísimo es movido por el sentimiento, más que por un principio. Suponen que su omnipotencia es una ficción insignificante y que Satanás frustra sus designios por todas partes. Piensan que si Dios ha formado algún plan o propósito, entonces debe ser como el de ellos, constantemente sujeto a cambios. Declaran abiertamente que cualquier poder que Él posea debe ser restringido para que no invada la ciudadela del “libre albedrío” del hombre y lo reduzca a una “máquina”. Degradan la expiación eficaz, la cual realmente ha redimido a todos aquellos para quienes fue hecha, a un mero “remedio”, que las almas enfermas de pecado pueden usar, si se sienten dispuestas a hacerlo; y falsifican la obra invencible del Espíritu Santo convirtiéndola en una “oferta” del Evangelio que los pecadores pueden aceptar o rechazar a su antojo.

El “dios” de este siglo XX, no se asemeja más al Soberano Supremo de las Sagradas Escrituras de lo que la tenue y vacilante lla-

ma de una vela se asemeja a la gloria del sol del mediodía. El “dios” del que ahora se habla en el púlpito promedio, mencionado en la Escuela Dominical ordinaria, mencionado en gran parte de la literatura religiosa de la época y predicado en la mayoría de las llamadas conferencias bíblicas, es un dios producto de la imaginación humana, una invención del sentimentalismo exagerado. Los paganos fuera de la pálida cristiandad forman “dioses” de madera y piedra, mientras que los millones de paganos dentro de la cristiandad fabrican un “dios” de su propia mente carnal. En realidad, no son más que ateos porque no hay otra alternativa posible entre un Dios absolutamente supremo y ningún Dios en absoluto. Un “dios” cuya voluntad es resistida, cuyos designios son frustrados, cuyo propósito es amenazado, no posee derecho alguno a la deidad y, lejos de ser objeto digno de adoración, no merece más que desprecio.

Rey de reyes y Señor de señores

La supremacía del Dios vivo y verdadero, bien podría argumentarse desde la distancia infinita que separa a las criaturas más poderosas del todopoderoso Creador. Él es el Alfarero y ellos no son más que el barro en sus manos para ser moldeados como vasos de honra o para ser quebrantados en pedazos, según como a Él le plazca (Sal. 2:9). Si todos los habitantes del cielo y todos los habitantes de la tierra se unieran para rebelarse contra Él, no le ocasionaría ninguna inquietud y tendría menos efecto sobre su Trono eterno e inextinguible que el rocío de las olas del Mediterráneo sobre las majestuosas rocas de Gibraltar. Así de pueril e impotente es la criatura para afectar al Altísimo. La Escritura misma nos dice que cuando los jefes gentiles se unan con el Israel apóstata para desafiar a Jehová y a su Cristo, “El que mora en los cielos se *reirá*” (Sal. 2:4).

La supremacía absoluta y universal de Dios se afirma clara y positivamente en muchas partes de las Escrituras. “Tuya es, oh Jehová, la magnificencia, y el poder, y la gloria, la victoria, y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas. Tuyo, oh Jehová, es el reino, y tú eres excelso sobre todos... y tú dominas [reinas] sobre todo...” (1 Cr. 29:11-12.); nótese que dice “tú dominas [reinas]” ahora, no que reinará en “el milenio”. “Jehová Dios de nuestros padres, ¿no eres tú Dios en los cielos, y tienes dominio sobre todos los reinos de las naciones? ¿No está en tu mano tal fuerza y poder, que no hay quien te resista?” (2 Cr. 20:6). Ante Él, los presidentes y papas, reyes y emperadores, son menos que saltamontes.

“Pero si él determina una cosa, ¿quién lo hará cambiar? Su alma deseó, e *hizo*” (Job 23:13). Ah, mi lector, el Dios de las Escrituras no es un monarca irreal, no es un mero soberano imaginario, sino Rey de reyes y Señor de señores. “Yo conozco que todo lo puedes, y que *no* hay pensamiento que se esconda de ti” (Job 42:2), es decir, “ningún pensamiento tuyo puede ser estorbado” o como alguien lo ha traducido, “ningún propósito tuyo puede ser frustrado”. Todo lo que Él ha diseñado, lo hace. Todo lo que ha decretado lo realiza. “Nuestro Dios está en los cielos; *todo* lo que quiso ha hecho” (Sal. 115:3) y ¿por qué lo ha hecho? Porque “no hay sabiduría, ni inteligencia, ni consejo, contra Jehová” (Pr. 21:30).

Todo lo que el Señor quiso

La supremacía de Dios sobre las obras de sus manos está vívidamente representada en las Escrituras. La materia inanimada, las criaturas irracionales, todas realizan las órdenes de su Creador. Porque Dios quiso, el Mar Rojo se dividió y sus aguas se levantaron como muros (Éx. 14); la tierra abrió su boca y los rebeldes culpables descendieron vivos al abismo (Nm. 16). Cuando Él lo ordenó, el sol se detuvo (Jos. 10) y, en otra ocasión, el sol *retrocedió* diez grados atrás en el reloj de Acáz (Is. 38:8). Para ilustrar su supremacía, hizo que los cuervos llevaran comida a Elías (1 R. 17) e hizo nadar el hierro sobre las aguas (2 R. 6:6), los leones fueron amansados cuando Daniel fue echado en el foso e impidió que el fuego quemara a los tres hebreos que fueron arrojados a sus llamas. Así, “todo lo que Jehová quiere, lo hace, en los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los abismos” (Sal. 135:6).

La supremacía de Dios también se demuestra en su perfecto gobierno sobre las *voluntades* de los hombres. Que el lector considere, cuidadosamente, Éxodo 34:24. Tres veces al año, todos los varones de Israel debían abandonar sus hogares y subir a Jerusalén. Vivían en medio de personas hostiles, que los odiaban por haberse apropiado de sus tierras. Entonces, ¿qué iba a impedir que los cananeos aprovecharan su oportunidad y, en ausencia de los hombres, mataran a las mujeres y los niños, y tomaran posesión de sus granjas? Si la mano del Todopoderoso no estuviese sobre las voluntades, incluso de los hombres malvados, ¿cómo podría Dios hacer esta promesa de antemano garantizándoles que nadie ni siquiera “codiciaría” sus tierras? Ah, “como los repartimientos de las aguas, así está el corazón del rey en la mano de Jehová; a todo lo que quiere lo inclina” (Pr. 21:1).

Pero, puede objetarse, ¿no leemos una y otra vez en las Escrituras cómo los hombres desafiaron a Dios, resistieron su voluntad, rompieron sus mandamientos, ignoraron sus advertencias e hicieron oídos sordos a todas sus exhortaciones? Ciertamente lo hacemos. ¿Y esto anula todo lo que hemos dicho anteriormente? Si lo hace, entonces la Biblia se contradice, claramente, a sí misma. Pero eso no puede ser. A lo que se refiere el objetor es, simplemente, a la maldad del hombre contra la Palabra *externa* de Dios, mientras que lo que hemos mencionado anteriormente, es lo que Dios se ha *propuesto en Sí mismo*. La regla de conducta que nos ha dado para que obedezcamos, ninguno de nosotros la cumple perfectamente; pero sus propios “consejos” eternos son cumplidos hasta el más mínimo detalle.

La supremacía absoluta y universal de Dios se afirma con igual claridad y positivamente en el Nuevo Testamento. Allí se nos dice que Dios “hace *todas* las cosas según el designio de su voluntad” (Ef. 1:11); la palabra griega para “hace” significa “trabajar eficazmente”. Por esta razón, leemos: “Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén” (Ro. 11:36). ¡Los hombres pueden jactarse de que son agentes libres, con voluntad propia, y tienen la libertad de hacer lo que les plazca, pero las Escrituras les dicen a aquellos que se jactan: “Iremos a tal ciudad, y estaremos allá un año, y traficaremos, y ganaremos... En lugar de lo cual deberíais decir: Si el Señor quiere” (Stg. 4:13,15)!

Aquí, entonces, hay un lugar seguro de descanso para el corazón. Nuestras vidas no son producto del destino ciego ni el resultado de un accidente caprichoso, sino que cada detalle de nuestras vidas fue ordenado desde la eternidad y ahora están ordenadas por el Dios que vive y reina. Nadie puede tocar un cabello de nuestras cabezas sin su permiso. “El corazón del hombre piensa su camino; *mas Jehová endereza sus pasos*” (Pr. 16:9). *¡Qué seguridad, qué fortaleza, qué consuelo debería darle esto al verdadero cristiano!* “*En tu mano están mis tiempos*” (Sal. 31:15). Entonces: “Guarda silencio ante Jehová, y espera en Él” (Sal. 37:7).

Capítulo 6

La soberanía de Dios

La soberanía de Dios definida

La soberanía de Dios puede definirse como el ejercicio de su Supremacía (Ver el capítulo anterior). Siendo infinitamente elevado por encima de la criatura más elevada, Él es el Altísimo, el Señor del cielo y de la tierra. No está sujeto a nadie, ni influenciado por nadie, absolutamente independiente; Dios hace como le place, sólo como le place y siempre como le place. Nadie puede frustrarlo, nadie puede obstaculizarlo. De modo que su propia Palabra declara, expresamente: “Mi consejo permanecerá, y *haré* todo lo que quiero” (Is. 46:10); “él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano” (Dn. 4:35). La soberanía divina significa que Dios es Dios, tanto de hecho como de nombre, que está en el trono del universo, dirigiendo todas las cosas, haciendo todas las cosas “según el designio de su voluntad” (Ef. 1:11).

Correctamente dijo, el difunto Charles Haddon Spurgeon⁷ en su sermón sobre Mateo 20:15:

“No hay atributo más reconfortante para sus hijos que el de la soberanía de Dios. Bajo las circunstancias más adversas, en las pruebas más severas, ellos creen que la soberanía ha ordenado sus aflicciones, que la soberanía las anula y que la soberanía los santificará a todos. No hay nada por lo que los hijos deberían luchar más fervientemente que por la doctrina de su Señorío sobre toda la creación —El reinado de Dios sobre todas las obras de sus propias manos— el Trono de Dios y su derecho a sentarse en ese trono.

Por otro lado, no existe una doctrina más odiada por los mundanos, ni una verdad tan pisoteada, como la gran, estupenda y verdadera doctrina de la soberanía del infinito Jehová. Los hombres permitirán que Dios esté en todas partes, excepto en su Trono. Le permitirán estar en su taller para crear mundos y hacer estrellas. Le permitirán dispensar

⁷ **Charles Haddon Spurgeon** (1834-1892) – Influyente predicador bautista inglés; nacido en Kelvedon, Essex, Inglaterra, Reino Unido.

sus limosnas y otorgar sus recompensas. Le permitirán sustentar la tierra y sostener sus pilares, o encender las lámparas del cielo, o gobernar las olas del océano siempre en movimiento; pero cuando Dios asciende a su Trono, sus criaturas rechinan los dientes.

Nosotros proclamamos un Dios entronizado y su derecho a hacer lo que le plazca con lo que es suyo, a disponer de sus criaturas como a Él bien le parezca y sin pedirles permiso; entonces somos criticados y condenados por aquellos hombres que hacen oídos sordos de nuestras palabras y esto ocurre porque el Dios que está sentado en su Trono, no es el Dios al que ellos aman. Pero es al Dios que está sentado en su Trono, al que amamos predicar. Éste es el Dios que está sentado en su Trono en quien confiamos”.

“Todo lo que Jehová quiere, lo hace, en los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los abismos” (Sal. 135:6). Sí, querido lector, tal es el Potentado imperial revelado en la Sagrada Escritura. Inigualable en majestad, ilimitado en poder, no afectado por nada fuera de Sí mismo. Pero estamos viviendo en un día en que, incluso los más “ortodoxos”, parecen tener miedo de admitir la verdadera Divinidad de Dios. Dicen que insistir en la soberanía de Dios, sería excluir la responsabilidad humana cuando, en realidad, es la responsabilidad humana la que se basa en la soberanía divina y es el producto de ella.

Responsabilidad humana y soberanía divina

“Nuestro Dios está en los cielos; todo lo que *quiso* ha hecho” (Sal. 115:3). Él eligió *soberanamente* colocar a cada una de sus criaturas sobre esa base específica que pareció bien a sus ojos. Él creó ángeles: A algunos los colocó en un estado condicional, a otros les dio una posición inmutable delante de Él (1 Ti. 5:21), haciendo de Cristo su cabeza (Col. 2:10). No se pase por alto que, los ángeles que pecaron (2 P. 2:4), fueron también creados por Dios, tal como los ángeles que no pecaron. Y aunque Dios previó de antemano que *caerían*, sin embargo, los colocó en un mutable, creado y condicional estado, y les permitió caer, sin embargo, Dios no fue el autor del pecado de ellos.

Así también, Dios *soberanamente*, colocó a Adán en el jardín del Edén en un estado *condicional*. Si le hubiera placido, podría haberlo colocado en un estado incondicional. Podría haberlo puesto en un estado tan firme como el ocupado por los ángeles no caídos. Podría haberlo puesto en un estado tan seguro e inmutable como el que tienen sus santos en Cristo. Pero, en lugar de eso, eligió poner-

lo en el Edén, en el estado de una criatura responsable para que se mantuviera o cayera, según cumpliera o no, la exigencia de su responsabilidad —la obediencia a su Hacedor—. Adán fue responsable ante Dios por la ley que su Creador le había dado. Aquí había responsabilidad, responsabilidad intacta, probada bajo las condiciones más favorables.

Ahora, Dios no colocó a Adán en un estado de criatura responsable condicional porque era correcto que así Él *debiera* hacerlo. No, sino que fue correcto porque Dios lo hizo. Dios ni siquiera les dio el ser a las criaturas porque fuese correcto que lo hiciera, es decir, porque tenía la obligación *de crear*; sino que fue correcto porque fue Dios quien lo hizo. Dios es soberano. Su voluntad es suprema. Lejos de que Dios esté bajo ninguna ley de “derecho”, Él es ley en Sí mismo, de modo que todo lo que *Él* hace *es* correcto. Y ay del rebelde que cuestione su Soberanía: “¡Ay del que pleitea con su Hacedor! ¡El tiesto con los tiestos de la tierra! ¿Dirá el barro al que lo labra: ¿Qué haces?; o tu obra: No sabes lo que haces?” (Is. 45:9).

Además, el Señor Dios colocó a Israel, *soberanamente*, en un estado *condicional*. Los capítulos 19, 20 y 24 de Éxodo ofrecen una prueba clara y completa de esto. Ellos fueron puestos bajo un pacto de obras. Dios les dio ciertas leyes e hizo que la bendición nacional para ellos dependiera de la observancia de sus estatutos. Pero Israel tenía dura su cerviz y un corazón incircunciso. Se rebelaron contra Jehová, abandonaron su Ley, se volvieron hacia dioses falsos y apostataron. En consecuencia, el juicio divino cayó sobre ellos, fueron entregados en manos de sus enemigos, dispersados por toda la tierra y permanecen bajo el ceño fruncido del disgusto de Dios hasta el día de hoy.

Fue Dios, en el ejercicio de su alta soberanía, el que puso a Satanás y sus ángeles, a Adán e Israel en sus respectivas posiciones de *responsabilidad*. Pero, en lugar de que su soberanía le quitara la responsabilidad a la criatura, fue por el ejercicio de su soberanía que los puso a todos ellos en ese estado condicional, bajo las responsabilidades que Él consideraba apropiadas; en virtud de cuya soberanía, Él es conocido como Dios sobre todas las cosas. Por lo tanto, existe una perfecta armonía entre la soberanía de Dios y la responsabilidad de la criatura. Muchos han dicho, tontamente, que es imposible mostrar dónde termina la soberanía divina y dónde comienza la responsabilidad de la criatura. *He aquí* donde comien-

za la responsabilidad de la criatura: En la ordenación soberana del Creador. En cuanto a su soberanía, ¿no hay y nunca habrá un “fin” para ella!

Pero ahora, daremos más evidencias de que la responsabilidad de la criatura *se basa* en la soberanía de Dios. ¡Cuántas cosas se registran en la Escritura que eran correctas, únicamente porque Dios las *ordenó*, y que *no* hubieran sido correctas si Él no las hubiera ordenado! ¿Qué derecho tenía Adán de “comer” de los árboles del Jardín? ¡El permiso de su Hacedor (Gn. 2:16), sin el cual habría sido un ladrón! ¿Qué derecho tenía Israel de “demandar” las joyas y vestiduras de los egipcios (Éx. 12:35)? Ninguno, sino que Jehová lo había autorizado (Éx. 3:22). ¿Qué derecho tenía Israel de matar tantos corderos para el sacrificio? Ninguno, excepto que Dios lo ordenó. ¿Qué derecho tenía Israel de matar a todos los cananeos? Ninguno, salvo que Jehová se lo había ordenado. ¿Qué derecho tiene el esposo a exigir la sumisión de su esposa? Ninguno, excepto que Dios así lo estableció. Y así podríamos continuar. La responsabilidad humana *se basa* en la soberanía divina.

Un ejemplo más acerca del ejercicio de la soberanía absoluta de Dios. Dios colocó a sus elegidos en un estado *diferente* al de Adán o Israel. Puso a sus elegidos en un estado *INcondicional*. En el pacto eterno, Jesucristo fue nombrado su Cabeza, tomando sus responsabilidades sobre Sí mismo y logró para ellos, una justicia perfecta, irrevocable y eterna. Cristo fue colocado en un estado condicional porque fue “hecho bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley”, solamente que existía esta diferencia infinita: Los otros fallaron; pero Él no, pues ni siquiera era posible que fallase. ¿Y *quién* puso a Cristo en ese estado condicional? El Dios Trino. Fue la voluntad soberana la que lo designó, el amor soberano el que lo envió, la autoridad soberana quien le asignó su obra.

Se impusieron ciertas condiciones al Mediador. Él debía ser hecho a semejanza de la carne del pecado; debía magnificar la Ley y hacerla honorable; Él debía llevar todos los pecados de todo el pueblo de Dios en su propio cuerpo sobre el madero; debía hacer expiación completa por ellos; debía soportar sobre Él la ira derramada de Dios; Él debía morir y ser enterrado. En el cumplimiento de esas condiciones, se le prometió una recompensa (Ver Is. 53:10-12). Debía ser el primogénito entre muchos hermanos; debía tener un pueblo que compartiera su gloria. Bendito sea su nombre para siempre porque Él cumplió esas condiciones y, debido a que lo hi-

zo, el Padre se comprometió, bajo juramento solemne, a preservar a través del tiempo y bendecir por toda la eternidad a cada uno de aquellos para quienes su Hijo encarnado hizo mediación. Debido a que Él tomó el lugar de ellos, ahora ellos comparten el lugar de Cristo. Su justicia es de ellos, su Posición ante Dios es de ellos, su Vida es de ellos. No hay una sola condición que tengan que cumplir, ni una sola responsabilidad con la que tengan que cargar, a fin de alcanzar la dicha eterna. “Porque con una sola ofrenda *hizo perfectos* para siempre a los santificados [puestos aparte]” (He. 10:14).

He aquí entonces, la soberanía de Dios desplegada abiertamente ante todos, evidenciada en las *diferentes* maneras en que Él ha tratado con sus criaturas. Parte de los ángeles, Adán e Israel, fueron puestos en un estado condicional y la continuidad en la bendición de ellos era dependiente de *su* obediencia y fidelidad a Dios. Pero, en agudo contraste con ellos, a la “manada pequeña” (Lc. 12:32), le ha sido dado un estado incondicional e inmutable en el pacto de Dios, en los consejos de Dios y en el Hijo de Dios; pues su bendición es únicamente dependiente de lo que *Cristo* hizo por ellos [la manada pequeña]. “El fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos” (2 Ti. 2:19). El fundamento sobre el cual se encuentran los elegidos de Dios es perfecto: no se le puede agregar nada, ni se le puede quitar nada (Ec. 3:14). He aquí, pues, el más alto y grandioso despliegue de la soberanía absoluta de Dios. Verdaderamente, Él, “de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece” (Ro. 9:18).

Capítulo 7

La inmutabilidad de Dios

Dios se distingue de sus criaturas

La inmutabilidad es una de las perfecciones divinas que no se considera suficientemente. Es una de las excelencias del Creador que lo distingue de todas sus criaturas. Dios es perpetuamente el mismo: No está sujeto a ningún cambio en su ser, ni en sus atributos ni en sus determinaciones. Por lo tanto, Dios es comparado con una “Roca” (Dt. 32:4, etc.) que permanece inamovible cuando todo el océano que la rodea está continuamente en un estado fluctuante, aun así, aunque todas las criaturas están sujetas a cambios, Dios es inmutable. Debido a que Dios no tiene principio ni fin, tampoco puede experimentar ningún cambio. Él es eternamente el “Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de variación” (Stg. 1:17).

Aspectos de la inmutabilidad de Dios

En primer lugar, Dios es inmutable en su *esencia*. Su naturaleza y ser son infinitos y, por lo tanto, no están sujetos a cambios. Nunca hubo un momento en que Él no existiera; nunca habrá un momento en que Él dejará de existir. Dios no ha evolucionado, crecido ni mejorado. Todo lo que Él es hoy, siempre lo ha sido y lo será. “Porque yo Jehová, no cambio” (Mal. 3:6), es su propia afirmación incondicional. Él no puede cambiar para mejorar porque ya es perfecto y, siendo perfecto, no puede cambiar para desmejorar. Dios no está afectado por nada fuera de Sí mismo en ninguna manera, la mejora o el deterioro es imposible. Él es perpetuamente el mismo. Solamente Él puede decir: “YO SOY EL QUE SOY” (Éx. 3:14). Él no está influenciado, en absoluto, por el paso del tiempo. No hay arrugas en la frente de la eternidad. Por lo tanto, su poder nunca puede disminuir ni su gloria jamás desvanecerse.

En segundo lugar, Dios es inmutable en sus *atributos*. Cualquiera que sean los atributos de Dios antes de que el universo fuera creado, son exactamente los mismos ahora, y lo seguirán siendo

para siempre. Es así, necesariamente, porque las perfecciones mismas de Dios son las cualidades esenciales de su ser. En cada una de sus perfecciones está escrito: *Semper idem* (siempre el mismo). Su poder es irreductible, su sabiduría está intacta y su santidad inmancillable. Los atributos de Dios no pueden cambiar, así como la Deidad no puede dejar de ser. Su veracidad es inmutable porque “para siempre... permanece [su] palabra en los cielos” (Sal. 119:89). Su amor es eterno: “Con amor eterno te he amado” (Jer. 31:3) y “como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin” (Jn. 13:1). Su misericordia no cesa porque es “para siempre” (Sal. 100:5).

En *tercer lugar*, Dios es inmutable en su *consejo*. Su voluntad nunca varía. Quizás algunos estén listos para objetar que deberíamos leer lo siguiente: “Y se *arrepintió* Jehová de haber hecho hombre...” (Gn. 6:6). Nuestra primera respuesta es: Entonces, ¿se contradicen las Escrituras? No, eso no puede ser. Números 23:19 es bastante claro: “Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta”. Así también en 1 Samuel 15:29: “Además, el que es la Gloria de Israel no mentará, ni se arrepentirá, porque no es hombre para que se arrepienta”. La explicación es muy sencilla. Cuando habla de Sí mismo, Dios, con frecuencia, adapta su lenguaje a nuestras capacidades limitadas. Se describe a Sí mismo como revestido de miembros corporales como ojos, oídos, manos, etc. Él habla de Sí mismo diciendo que “despertó” (Sal. 78:65) o “madrugando para hablar” (Jer. 7:13, RVR 1909); sin embargo, Dios no descansa ni duerme. Cuando Él instituye un *cambio en sus tratos* con los hombres, describe la dirección de su conducta como “arrepentirse”.

Sí, Dios es inmutable en su consejo. “Porque irrevocables [*sin arrepentimiento*] son los dones y el llamamiento de Dios” (Ro. 11:29). Debe ser así, porque “si él determina una cosa, ¿quién lo hará cambiar? Su alma deseó, e hizo” (Job 23:13).

*Nosotros vemos en todo, cambio y decadencia,
que pueda Aquel que no cambia, morar contigo.*

El propósito de Dios nunca se altera. Una de estas dos cosas hace que un hombre cambie de opinión y revierta sus planes: La falta de previsión para anticipar cada cosa o la falta de poder para ejecutarlos. Pero como Dios es, tanto omnisciente como omnipotente, nunca es necesario que revise sus decretos. No, “el consejo de Jehová permanecerá para siempre; los pensamientos de su corazón por

todas las generaciones” (Sal. 33:11). Por lo tanto, leemos de “la inmutabilidad de su consejo” (He. 6:17).

¿Se puede depender de los seres humanos?

Aquí podemos percibir la distancia infinita que separa a la criatura más elevada del Creador. Criatura y mutabilidad son términos correlativos. Si la criatura no fuera mutable por naturaleza, no sería una criatura; sería Dios. Por naturaleza, tendemos a la nada, dado que venimos de la nada. Nada impide nuestra aniquilación, sino la voluntad y el poder sustentador de Dios. Nadie puede sustentarse a sí mismo ni un solo momento. Dependemos completamente del Creador para cada aliento que respiramos. Con mucho gusto decimos junto con el salmista: Tú eres “quien preservó la vida a nuestra alma” (Sal. 66:9). El entendimiento de esto debería postrarnos bajo el sentido de que no somos nada en la presencia de Aquel en Quien “vivimos, y nos movemos, y somos” (Hch. 17:28).

Como criaturas caídas, no sólo somos mutables, sino que todo en nosotros se *opone* a Dios. Como tal, somos “estrellas errantes” (Jud. 13), fuera de nuestra órbita apropiada. “Pero los impíos son como el mar en tempestad, que *no puede estarse quieto*” (Is. 57:20). El hombre caído es inconstante. Las palabras de Jacob sobre Rubén se aplican con toda su fuerza a todos los descendientes de Adán: “Impetuoso como las aguas” (Gn. 49:4). Por lo tanto, la siguiente expresión de Isaías 2:22 que nos manda a *dejar de confiar en el hombre*, no sólo es una muestra de piedad, sino también de sabiduría. No se puede depender de ningún ser humano. “No confiéis en los príncipes, ni en hijo de hombre, porque no hay en él salvación” (Sal. 146:3). Si desobedezco a Dios, merezco ser engañado y decepcionado por mis semejantes. Las personas que te quieren hoy, pueden odiarte mañana. La multitud que gritó: “¡Hosanna al Hijo de David!”, rápidamente cambió de opinión diciendo “¡Fuera, fuera, crucifícale!”.

Dónde pararnos con seguridad

He aquí el *sólido consuelo*. No se puede confiar en la naturaleza humana; ¡pero sí se puede confiar en Dios! Por muy inestable que yo sea, por muy variables que sean mis amigos, aun así, Dios no cambia. Si Él cambiara como nosotros; si quisiera una cosa hoy y otra mañana; si fuera controlado por el capricho, ¿quién podría confiar en Él? Pero, alabado sea su glorioso Nombre, Él es siempre el mismo. Su propósito es fijo; su Voluntad es estable; su Palabra

es segura. Aquí, pues, está la *Roca* donde podemos pararnos con seguridad, mientras el poderoso torrente barre todo lo que nos rodea. La permanencia del carácter de Dios garantiza el cumplimiento de sus promesas: “Porque los montes se moverán, y los collados temblarán, pero no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz se quebrantará, dijo Jehová, el que tiene misericordia de ti” (Is. 54:10).

Aquí encontramos *ánimo para la oración*.

“¿Qué consuelo podríamos tener si orásemos a un dios que, como el camaleón, cambia de color continuamente? ¿Quién presentaría una petición a un príncipe terrenal que fuera tan mutable como para conceder una petición un día y negarla otro día?”⁸.

¿Debería alguien preguntar: Pero, de qué sirve orar a Aquel cuya voluntad ya está determinada? Respondemos: Porque así Él lo requiere. ¿Qué bendiciones ha prometido Dios sin que se la pidamos? “Si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye” (1 Jn. 5:14) y su Voluntad ha *obrado* para el bien de sus hijos. Pedir cualquier cosa contraria a su Voluntad no es oración, sino una rotunda rebelión.

Aquí hay motivos de *terror para los malvados*. Aquellos que lo desafían, que violan sus leyes, que no se preocupan por su gloria, sino que viven sus vidas como si Él no existiera; estos no deben suponer que cuando, al final, clamen a Él por misericordia, alterará su Voluntad, revocará su Palabra y eliminará sus terribles amenazas. No, Él ha declarado: “Pues también yo procederé con furor; no perdonaré mi ojo, ni tendré misericordia; y gritarán a mis oídos con gran voz, y no los oiré” (Ez. 8:18). Dios no se negará a Sí mismo para satisfacer las concupiscencias de ellos. Dios es santo, inmutablemente santo. Por lo tanto, Dios odia el pecado, lo odia eternamente. Por esto, la *eternidad* del castigo de todos aquellos que mueren en sus pecados.

“La inmutabilidad divina, como la nube que se interpuso entre los israelitas y el ejército egipcio, tiene un lado oscuro y uno claro. Esto asegura la ejecución de sus amenazas, así como el cumplimiento de sus promesas; y destruye la esperanza que los culpables abrigan con afecto de que Él será todo indulgencia con sus frágiles y descarriadas criaturas, y que serán tratados con mucha más liviandad de lo que las declaraciones de su propia Palabra nos lleva a esperar. Nos oponemos a

⁸ **Stephen Charnock** (1628-1680) – Pastor, teólogo y autor puritano presbiteriano inglés. Nacido en St. Katherine Cree, Londres, Inglaterra.

estas especulaciones engañosas y presuntuosas con la solemne verdad de que Dios es inmutable en veracidad y propósito, en fidelidad y justicia”⁹.

⁹ **John Dick** (1764-1833) – Ministro y teólogo escocés; nacido en Aberdeen, Escocia, Reino Unido.

Capítulo 8

La santidad de Dios

Sólo Dios es santo

“¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre? pues sólo tú eres santo” (Ap. 15:4). Sólo Él es independiente, infinita e inmutablemente santo. En las Escrituras, frecuentemente, se le llama “El Santo” y lo es porque la suma de toda la excelencia moral se encuentra en Él. Él es la Pureza absoluta y sin mancha, y sin sombra de pecado. “Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él” (1 Jn. 1:5). La santidad es la excelencia misma de la naturaleza divina: El gran Dios es “magnífico en santidad” (Éx. 15:11). Por lo cual, leemos: “Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio” (Hab. 1:13). Como el poder de Dios es lo opuesto a la debilidad natural de la criatura, puesto que su sabiduría está en completo contraste con el menor defecto de comprensión o necesidad, su santidad es la antítesis de toda mancha o corrupción moral. Desde la antigüedad, Dios designó cantores en Israel para que “alabasen en la hermosura de la santidad” (2 Cr. 20:21, RVA 1909). “El poder es la mano o el brazo de Dios, la omnisciencia su ojo, la misericordia sus entrañas, la eternidad su duración, pero la santidad es su belleza” (Stephen Charnock). Es esto lo que lo hace supremamente deleitoso para aquellos que han sido libertados del dominio del pecado.

Se pone un énfasis principal en esta perfección de Dios:

“Dios es más a menudo llamado Santo que Todopoderoso y se le describe más por esta parte de su dignidad que por cualquier otra. Este atributo es más usado como calificativo de su nombre que cualquier otro. Nunca se encuentra la expresión: “Su poderoso nombre” o “su sabio nombre”, sino su *grande* nombre y, sobre todo, su *santo* nombre. Éste es el mayor título de honor; en este último aparece la majestad y venerabilidad de su nombre” (Stephen Charnock).

Esta perfección, como ninguna otra, se celebra solemnemente ante el Trono del Cielo, donde los serafines claman: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria”

(Is. 6:3). Dios mismo destaca esta perfección: “Una vez he jurado por mi santidad” (Sal. 89:35). Dios jura por su “Santidad” porque esa es una expresión más *completa* de Sí mismo que cualquier otra cosa. Por lo tanto, se nos exhorta: “Cantad a Jehová, vosotros sus santos, y celebrad la memoria de su santidad” (Sal. 30:4). “A éste se le puede llamar un atributo trascendental, que, por así decirlo, es transversal a sus otros atributos y les da lustre. Es un atributo de atributos”¹⁰. Por lo tanto, leemos de “la *hermosura* de Jehová” (Sal. 27:4), la cual no es otra cosa que “la *hermosura de la santidad*” (Sal. 110:3).

“Esta excelencia es resaltada por encima de todas sus otras perfecciones y, por tanto, es la gloria de todos los demás atributos; tal como la santidad es la gloria de la Deidad, así también es la gloria de toda perfección en la Deidad; tal como su poder es la fuerza de sus atributos, así mismo, su santidad es la belleza de sus atributos; y de la manera en que todos estos atributos serían débiles sin su omnipotencia, así también les faltaría belleza si no estuviera la santidad para adornarlos. Si este atributo se mancillara, todo el resto perdería su honor; de la misma manera que en el mismo instante que el sol perdiera su luz, perdería también su calor, su fuerza, su virtud generadora y vivificante. Como la sinceridad es el brillo de toda gracia en un cristiano, la pureza es el esplendor de cada atributo en la Deidad. Su justicia es una justicia santa, su sabiduría es una sabiduría santa y su poder es “su santo brazo” (Sal. 98:1). Su verdad o promesa es una “santa palabra” (Sal. 105:42). Su nombre, el cual significa todos sus atributos en conjunto, es un “santo nombre” (Sal. 103:1)” (Stephen Charnock).

La manifestación de la santidad de Dios

La santidad de Dios se manifiesta *en sus obras*. “Justo es Jehová en todos sus caminos, y misericordioso [santo]¹¹ en todas sus obras” (Sal. 145:17). Nada más que lo excelente, puede proceder de Él. La santidad es la regla de todas sus acciones. Al principio, Él declaró que todo lo que había hecho era “bueno en gran manera” (Gn. 1:31), lo cual no podría haber hecho si hubiera habido algo imperfecto o impío en ellos. El hombre fue hecho “recto” (Ec. 7:29), a imagen y semejanza de su Creador. Los ángeles que cayeron fueron creados santos porque se nos dice que “no guardaron su dignidad” (Jud. 6). De Satanás está escrito: “Perfecto eras en todos

¹⁰ **John Howe** (1630-1705) – Autor y predicador puritano inglés, no conformista. Sirvió brevemente como capellán a Oliver Cromwell.

¹¹ **Nota del editor** – En la versión original tomada de la Biblia King James en inglés, aparece “*santo*”.

tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad” (Ez. 28:15).

La santidad de Dios se manifiesta *en su Ley*. Esa Ley prohíbe el pecado en *todas* sus formas: tanto en las más refinadas como en las más groseras, ya sea en los pensamientos de la mente o en la contaminación del cuerpo; ya sea el deseo secreto o en el acto manifiesto. Por lo tanto, leemos: “La ley a la verdad es santa, y el mandamiento es santo, y justo, y bueno” (Ro. 7:12). “El precepto de Jehová es puro, que alumbra los ojos. El temor de Jehová es limpio, que permanece para siempre; los juicios de Jehová son verdad, todos justos” (Sal. 19:8-9).

La santidad de Dios se manifiesta *en la cruz*. Maravillosamente y con la mayor solemnidad, decimos que la expiación muestra su infinita santidad y el aborrecimiento de Dios hacia pecado. ¡Cuán odioso debe ser el pecado para Dios para que Él lo castigue hasta el último extremo cuando fue imputado a su Hijo!

“Ni todos los viales¹² de juicio que se han vertido o que serán derramados sobre el mundo malvado, ni el horno en llamas de la conciencia de un pecador, ni la sentencia irreversible pronunciada contra los demonios rebeldes, ni los gemidos de las criaturas condenadas, demuestran con tanta claridad el odio de Dios hacia el pecado, como la ira de Dios que se desató sobre su Hijo. Nunca la santidad divina lució más hermosa y preciosa que cuando el semblante de nuestro Salvador se vio más desfigurado en medio de sus gemidos moribundos. Esto mismo lo reconoce en Salmos 22. Cuando Dios apartó su rostro sonriente de Él y clavó su cuchillo afilado en su corazón, lo cual le forzó a clamar con ese terrible: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”. Él adora esta perfección: “Tú eres santo” (v. 3)” (Stephen Charnock).

Como Dios es santo, Él *odia todo pecado*. Él ama todo lo que está en conformidad con sus leyes, y detesta todo lo que es contrario a ellas. Su Palabra declara claramente: “Jehová abomina al perverso” (Pr. 3:32). Y de nuevo: “Abominación son a Jehová los pensamientos del malo” (Pr. 15:26). Por tanto, se deduce que, necesariamente, Él debe castigar el pecado. Es tan cierto que no puede existir el pecado sin castigo como que Dios siente odio hacia él. Dios, a menudo, perdona a los pecadores, pero nunca perdona el pecado; y al pecador sólo se le perdona por el hecho de que Otro ha soportado su castigo: Porque “sin derramamiento de sangre no se hace remisión” (He. 9:22). Por lo tanto, se nos dice: “Jehová es vengador y

¹² **Viales** – Frascos o recipientes de vidrio, semejante a una botella, usado para guardar líquido o sustancias en polvo.

llo de indignación; se venga de sus adversarios, y guarda enojo para sus enemigos” (Nah. 1:2). Por un solo pecado, Dios desterró a nuestros primeros padres del Edén. Por un solo pecado, toda la posteridad de Canaán hijo de Cam, cayó bajo una maldición que permanece sobre ellos hasta el día de hoy (Gn. 9:25). Por un pecado, Moisés fue excluido de Canaán, el siervo de Eliseo herido de lepra, Ananías y Safira fueron cortados de la tierra de los vivientes.

La santidad de Dios desde una perspectiva mundana

Aquí encontramos pruebas de la inspiración divina de las Escrituras. Los no regenerados no creen, realmente, en la santidad de Dios. Su concepción acerca del carácter de Dios es totalmente unilateral. Abrigan con afecto, la esperanza de que su misericordia anule todo lo demás. “Pensabas que de cierto sería yo como tú” (Sal. 50:21), es la acusación de Dios contra ellos. Ellos imaginan un “dios” inventado en sus propios corazones malvados. Lo que demuestra que continúan viviendo en una carrera totalmente loca. Pero tal es la santidad atribuida a la naturaleza y al carácter divino en la Escritura que demuestra, claramente, su origen sobrehumano. El carácter atribuido a los “dioses” de los antiguos y de los idólatras modernos es lo contrario a esa pureza inmaculada que pertenece al Dios verdadero. ¡Ninguno de los descendientes caídos de Adán, nunca inventó un Dios inefablemente santo, que tiene el mayor aborrecimiento de todo pecado! El hecho es que nada pone más de manifiesto la terrible depravación del corazón del hombre y su enemistad contra el Dios viviente que haberse enfrentado a Aquel que es infinita e inmutablemente santo. Su propia idea del pecado está prácticamente limitada a lo que el mundo llama “crimen”. Cualquier cosa menos que eso, el hombre le llama “defectos”, “errores”, “enfermedades”, etc. E incluso, cuando no pueden esconder sus pecados, inventan excusas y atenuantes para estos.

El “dios” que la gran mayoría de los cristianos profesantes “ama”, luce como un anciano indulgente quien, en sí mismo, no está de acuerdo con el pecado, pero disimula de forma indulgente las “indiscreciones” de la juventud. Pero la Palabra dice: “Aborreces a *todos* los que hacen iniquidad” (Sal. 5:5). Y otra vez dice: “Dios está airado contra el impío todos los días” (Sal. 7:11). Pero los hombres se rehúsan a creer en *este* Dios y rechinan los dientes cuando el odio de Dios por el pecado presiona, fielmente, sobre la atención de ellos. No, el hombre pecador no podría haber ideado a un Dios santo de la misma manera que no podría jamás crear el

Lago de Fuego en el cual sería atormentado por los siglos de los siglos.

Debido a que Dios es santo, es *completamente imposible* ser aceptados ante Él sobre la base de las obras de la criatura. Sería más fácil que una criatura caída crease un mundo que lograr producir las buenas obras que cumpliesen con la aprobación de Dios y su infinita pureza. ¿Puede la oscuridad morar con la luz? ¿Puede el Dios que no tiene mancha disfrutar de los trapos de inmundicia? (Is. 64:6). Lo mejor que produce el hombre pecador está contaminado. Un árbol corrupto no puede dar buenos frutos. Dios se negaría a Sí mismo, deshonraría sus perfecciones, si considerara justo y santo lo que no lo es en sí mismo; y nada es santo si tiene la más mínima mancha contraria a la naturaleza de Dios.

La humanidad redimida

Pero bendito sea su Nombre, que lo que su Santidad exigió, su gracia lo ha provisto en Cristo Jesús nuestro Señor. Todo pobre pecador que ha acudido a Él en busca de refugio es aceptado “en el Amado” (Ef. 1:6). ¡Aleluya!

El hombre se acerca a Dios

Debido a que Dios es santo, debemos acercarnos a Él con la *mayor reverencia*. “Dios temible en la gran congregación de los santos, y formidable sobre todos cuantos están alrededor de él” (Sal. 89:7). Entonces, “exaltad a Jehová nuestro Dios, y postraos ante el estrado de sus pies; Él es santo” (Sal. 99:5). Sí, “*ante el estrado de sus pies*”, en la postura más baja de la humildad, postrados ante Él. Cuando Moisés se acercó a la zarza ardiente, Dios dijo: “Quita tu calzado de tus pies” (Éx. 3:5). Él debe ser servido “con temor” (Sal. 2:11). Su demanda de Israel fue: “En los que a mí se acercan me santificaré, y en presencia de todo el pueblo seré glorificado” (Lv. 10:3). Cuanto más asombrados estén nuestros corazones por su inefable Santidad, más aceptable serán nuestros acercamientos a Él.

Debido a que Dios es santo, debemos desear ser *conformados a Él*. Su mandamiento es: “Sed santos, porque yo soy santo” (1 P. 1:16). No se nos ordena ser omnipotentes u omniscientes como lo es Dios, pero sí debemos ser santos y serlo “en *toda* [nuestra] manera de vivir” (1 P. 1:15).

“Ésta es la mejor manera de honrar a Dios. No glorificamos tanto a Dios con elevada admiración, con expresiones elocuentes o servicios pomposos para Él, como cuando aspiramos conversar con Él con espí-

ritus sin mancha y vivir *para* Él viviendo *como* Él” (Stephen Char-nock).

Entonces, como sólo Dios es el Origen y la Fuente de la santi-dad, busquemos sinceramente la santidad de Él; que nuestra ora-ción diaria sea que Él mismo nos “santifique *por completo*; y todo [nuestro] ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo” (1 Ts. 5:23).

Capítulo 9

La omnipotencia¹³ de Dios

Estableciendo un concepto correcto del poder de Dios

No podemos tener una concepción correcta de Dios, a menos que pensemos en Él como todopoderoso u omnipotente, y también como totalmente sabio. El que no puede hacer lo que quiere y realizar todo como le place, no puede ser Dios. Como Dios, tiene la voluntad de decidir lo que considera bueno, así como también tiene poder para ejecutar su Voluntad.

“El poder de Dios es esa habilidad y fuerza por las cuales Él puede llevar a cabo todo lo que quiere, cualquier cosa que su sabiduría infinita pueda dirigir y cualquier cosa que la pureza infinita de su Voluntad pueda resolver... Así como la santidad es la belleza de todos los atributos de Dios, entonces el poder es lo que da vida y acción a todas las perfecciones de la naturaleza divina. Cuan vanos serían los consejos eternos, si el poder no interviniera para ejecutarlos. Sin poder, su misericordia no sería más que una débil lástima, sus promesas un sonido vacío y sus amenazas, un mero espantapájaros. El poder de Dios es como Él mismo: Infinito, eterno, incomprensible; no puede ser controlado, restringido ni frustrado por la criatura” (Stephen Charnock).

“Una vez habló Dios; dos veces he oído esto: Que de Dios es el poder” (Sal. 62:11). “Una vez habló Dios”: ¡Sí, y no se necesita más que esto! El cielo y la tierra pasarán, pero su Palabra permanece para siempre. “Una vez habló Dios”: ¡Sí, tal y cómo corresponde a su divina majestad! Nosotros, los pobres mortales, podemos hablar con frecuencia y, sin embargo, no ser escuchados. Él habla una sola vez y el trueno de su poder se escucha en mil colinas.

“Tronó en los cielos Jehová, y el Altísimo dio su voz; granizo y carbones de fuego. Envió sus saetas, y los dispersó; lanzó relámpagos, y los destruyó. Entonces aparecieron los abismos de las aguas, y quedaron al descubierto los cimientos del mundo, a tu reprensión, oh Jehová, por el sople del aliento de tu nariz” (Sal. 18:13-15).

¹³ **Nota del editor** – El atributo de la *omnipotencia* de Dios, también es conocido como el *pleno poder* de Dios o el Dios *todopoderoso*.

“Una vez habló Dios”: Contempla su autoridad inmutable. “Porque ¿quién en los cielos se igualará a Jehová? ¿Quién será semejante a Jehová entre los hijos de los potentados?” (Sal. 89:6). “Todos los habitantes de la tierra son considerados como *nada*; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?” (Dn. 4:35). Esto se mostró, abiertamente, cuando Dios se encarnó y habitó entre los hombres. Al leproso, le dijo: “Quiero; sé limpio. Y *al instante* su lepra desapareció” (Mt. 8:3). Al que había estado en el sepulcro cuatro días, dijo a gran voz: “¡Lázaro, ven fuera! Y el que había muerto salió”. El viento tormentoso y las olas furiosas se callaron ante una sola palabra de Él. Una legión de demonios no pudo resistir su mandato autoritativo.

El poder de Dios y el orgullo del hombre

“El poder le *pertenece* a Dios y sólo a Él. Ninguna criatura en todo el universo, tiene un átomo de poder, salvo el que Dios delega. Pero el poder de Dios no se adquiere, ni depende del reconocimiento por parte de autoridad alguna. Le pertenece a Dios inherentemente.

“El poder de Dios es como Él mismo, autoexistente, autosuficiente. El más poderoso de los hombres, no podría añadir ni una sombra de poder al Omnipotente. Se sienta en un trono sin columnas que lo sostengan y no se apoya en ningún brazo auxiliar. Sus cortesanos no mantienen su corte, no toma prestado su esplendor de sus criaturas. Él mismo es la gran fuente central y Originador de todo poder” (C.H. Spurgeon).

No sólo toda la creación da testimonio del gran poder de Dios, sino también de su completa independencia de todas las cosas creadas. Escuche su propio desafío: “¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra? Házmelo saber, si tienes inteligencia. ¿Quién ordenó sus medidas, si lo sabes? ¿O quién extendió sobre ella cordel? ¿Sobre qué están fundadas sus bases? ¿O quién puso su piedra angular?” (Job 38:4-6). ¡Cuán completamente humillado hasta el polvo aparece aquí el orgullo del hombre!

“El poder también se usa como un nombre de Dios, se habla del “Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder” (Mr. 14:62), es decir, a la diestra de Dios. Dios y su poder son tan inseparables que son mutuamente intercambiables. Como su esencia es inmensa, no puede ser confinada en un lugar; como es eterno, no puede medirse en el tiempo; así que como es todopoderoso, no puede ser limitado en lo que respecta a la acción” (Stephen Charnock).

“He aquí, estas cosas son sólo los bordes de sus caminos; ¡y cuán leve es el susurro que hemos oído de él! Pero el trueno de su poder, ¿quién lo puede comprender?” (Job 26:14). ¿Quién puede contar todos los monumentos de su poder? Incluso, lo que se muestra de su poder en la creación visible, está completamente más allá de nuestros poderes de comprensión y, mucho menos, podemos concebir la omnipotencia misma. Hay infinitamente más poder alojado en la naturaleza de Dios del que se expresa en todas sus obras.

El ocultamiento del poder de Dios

Contemplamos “partes de sus caminos” en la creación, la providencia, la redención, pero sólo una “pequeña parte” de su poder se ve en ellas. Sorprendentemente, esto se pone de manifiesto cuando leemos: “Allí estaba escondido su poder” (Hab. 3:4). Apenas es posible imaginar algo más grandilocuente que las imágenes descritas en este capítulo, sin embargo, nada de lo expresado en este capítulo supera la nobleza de esta declaración. El profeta (en visión) contempló al poderoso Dios dispersando las colinas y derribando las montañas, lo que uno pensaría que brindaba una sorprendente demostración de su poder. No, dice nuestro versículo que *allí* estaba “escondido”, más bien que la exhibición de su poder. ¿Qué significa esto? Esto: ¡Tan inconcebible, tan inmenso, tan incontrolable es el poder de la Deidad que las convulsiones temibles que ÉL obra en la naturaleza, en realidad, ocultan más de lo que revelan acerca de su poder infinito!

La inmensidad del poder de Dios

Cuán hermoso es unir los siguientes pasajes: “Él... anda sobre las olas del mar” (Job 9:8), que expresa el poder incontrolable de Dios. “Por el circuito del cielo se pasea” (Job 22:14), lo cual habla de la inmensidad de su presencia. Él “anda sobre las alas del viento” (Sal. 104:3), lo cual significa la asombrosa rapidez de sus operaciones. Esta última expresión es muy notable. ¡No dice que “vuela” o “corre”, sino que “anda” y que lo hace sobre las mismas “alas del viento” – sobre el más impetuoso de los elementos– arrojado con máxima furia, y que barre con todo a su paso con rapidez casi inconcebible, sin embargo, las alas del viento están *bajo* sus pies, bajo su control perfecto!

Consideremos ahora el poder de Dios *en la creación*. “Tuyos son los cielos, tuya también la tierra; el mundo y su plenitud, tú lo fundaste. El norte y el sur, tú los creaste” (Sal. 89:11-12). Antes de que

el hombre pueda trabajar, debe tener herramientas y materiales, pero Dios comenzó de la nada y, sólo por su palabra, de la nada hizo todas las cosas. El intelecto no puede comprenderlo. Dios “dijo, y fue hecho; Él mandó, y existió” (Sal. 33:9). La materia primigenia escuchó su voz. “Y dijo Dios: Sea... y fue...” hecho (Gn. 1). Bien podemos exclamar: “Tuyo es el brazo potente; Fuerte es tu mano, exaltada tu diestra” (Sal. 89:13).

“¿Quién, que mira hacia arriba al cielo de medianoche y, con un poco de sentido común, contempla sus continuas maravillas, quién puede dejar de preguntarse, de qué fueron formadas sus poderosos orbes¹⁴? Aunque es asombroso, fueron producidas sin materiales. Surgieron del vacío mismo. El majestuoso tejido de la naturaleza universal surgió de la *nada*. ¿Qué instrumentos fueron utilizados por el Arquitecto Supremo para modelar las piezas con una exquisitez tan precisa y darle un brillo tan hermoso a todo el conjunto? ¿Cómo se conectó todo en una estructura tan finamente planificada y con un acabado tan espléndido? Un simple fiat¹⁵ lo logró todo. Sea hecho, dijo Dios. No añadió más y enseguida, se levantó el maravilloso edificio, adornado con todas las bellezas, exhibiendo innumerables perfecciones y declarando en medio de los deslumbrados serafines, la alabanza de su gran Creador. “Por la *palabra* de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca” (Sal. 33:6)”¹⁶.

Considere el poder de Dios *en la preservación*. Ninguna criatura tiene poder para preservarse a sí misma. “¿Crece el junco sin lodo? ¿Crece el prado sin agua?” (Job 8:11). Tanto el hombre como los animales perecerían si no hubiera hierbas para comer; las hierbas se marchitarían y morirían si la tierra no fuera refrescada con lluvias fructíferas. Por lo tanto, Dios es llamado el Preservador del hombre y de los animales (Sal. 36:6); Él es “quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder” (He. 1:3). ¡Qué maravilla del poder divino es la vida prenatal de todo ser humano! El hecho de que un bebé siquiera esté vivo y durante tantos meses, en lugares tan estrechos y sucios, y además sin respirar; esto es inexplicable sin el poder de Dios. Verdaderamente, “Él es quien preservó la vida a nuestra alma” (Sal. 66:9).

¹⁴ **Orbe** – Término que procede del latín *orbis*. Su primera acepción reconocida por el diccionario de la Real Academia Española (RAE), se refiere a algo redondo o circular. Por extensión, el concepto de orbe se emplea para nombrar al mundo.

¹⁵ **Fiat** – Consentimiento o mandato para que una cosa tenga efecto.

¹⁶ **James Hervey** (1714-1758) – Las obras del difunto rev. James Hervey (*The Works of the late Reverend James Hervey*); publicado en 1789.

La preservación de la tierra de la violencia del mar es otro claro ejemplo del poder de Dios. ¿Cómo se mantiene ese elemento furioso dentro de esos límites, en los que Él los confinó al principio, y continúan su cauce, sin desbordarse sobre la tierra y sin destruir la parte más baja de la creación? La posición natural del agua es sobre la tierra porque es más liviana y, a su vez, estar inmediatamente debajo del aire porque es más pesada. ¿Quién restringe esta cualidad natural del agua? Ciertamente el hombre no lo hace y tampoco puede. Es el fiat de su Creador el único que la refrena: “Hasta aquí llegarás, y no pasarás adelante, y ahí parará el orgullo de tus olas” (Job 38:11). ¡Qué monumento permanente al poder de Dios es la preservación del mundo!

Considere el poder de Dios *en el gobierno*. Piense en cómo Dios restringe la malicia de Satanás. “El diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar” (1 P. 5:8). Está lleno de odio contra Dios y de enemistad diabólica contra los hombres, particularmente contra los santos. El que envidiaba a Adán en el paraíso, nos envidia ahora el placer de disfrutar de cualquiera de las bendiciones de Dios. Si dependiera de su voluntad, el diablo trataría a todos de la misma manera como trató a Job: Enviaría fuego del cielo sobre los frutos de la tierra, destruiría el ganado, provocaría que un viento derribara nuestras casas y cubriría nuestros cuerpos con llagas. Pero, aunque los hombres casi no se den cuenta, Dios lo refrena en gran medida, le impide llevar a cabo sus malvados designios y lo confina dentro de sus regulaciones.

Así también, Dios restringe la corrupción natural de los hombres. El hombre sufre suficientes brotes de pecado para mostrar qué terrible estrago ha provocado la apostasía del hombre hacia su Hacedor, pero ¿quién puede concebir los espantosos extremos a los que los hombres llegarían, si Dios quitara su mano restrictiva? “Su boca está llena de maldición y de amargura. Sus pies se apresuran para derramar sangre” (Ro. 3:14-15). Ésta es la naturaleza de *cada* descendiente de Adán. Entonces, ¡qué libertinaje desenfrenado y obstinada locura triunfarían en el mundo, si el poder de Dios no se interpusiera para cerrar sus compuertas! (Ver Sal. 93:3-4).

Considere el poder de Dios *en el juicio*. Cuando golpea, nadie puede resistirlo (Ver Ez. 22:14). ¡Cuán terriblemente fue evidenciado esto en el Diluvio! Dios abrió las ventanas de los cielos y rompió las grandes fuentes del abismo, y (a excepción de aquellos en el arca) toda la raza humana fue barrida, indefensa ante la tormenta

de su Ira. Una lluvia de fuego y azufre del cielo, y las ciudades de la llanura fueron exterminadas. Faraón y todos sus ejércitos estaban impotentes cuando Dios sopló sobre ellos en el Mar Rojo. Qué palabra tan terrible es la de Romanos 9:22: “¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción?”. Dios desplegará su grandioso poder sobre los réprobos, no sólo encarcelándolos en la Gehena¹⁷, sino preservando sobrenaturalmente sus cuerpos, así como también sus almas en medio de las eternas llamas del Lago de Fuego.

¡Bien que todos podríamos *temblar* ante tal Dios! Tratar con imprudencia a Aquel que puede aplastarnos más fácilmente que una polilla, es una estrategia suicida. Desafiar abiertamente a Aquel que está vestido de omnipotencia, que puede desgarrarnos en pedazos o arrojarnos al infierno en cualquier momento que le plazca, es el colmo de la locura. Para decirlo más claramente, es sólo parte de la sabiduría, prestar atención a sus mandamientos: “Honrad al Hijo, para que no se enoje, y perezcaís en el camino; pues se inflama de pronto su ira” (Sal. 2:12).

¡Bien podría el alma iluminada *adorar* a tal Dios! Las maravillosas e infinitas perfecciones de un Ser así, llaman a una ferviente adoración. Si los hombres de poder y renombre reclaman la admiración del mundo, cuánto más debería el poder del Todopoderoso, llenarnos de admiración y homenaje. “¿Quién como tú, oh Jehová, entre los dioses? ¿Quién como tú, magnífico en santidad, terrible en maravillosas hazañas, hacedor de prodigios?” (Éx. 15:11).

¡Bien pueden los santos *confiar* en tal Dios! Él es digno de confianza implícita. Nada es demasiado difícil para Él. Si Dios estuviera limitado en poder y hubiera un límite para su fuerza, bien podríamos desesperarnos. Pero al ver que está vestido de omnipotencia, ninguna oración es demasiado difícil de responder para Él, no hay necesidad demasiado grande que Él no pueda suplir, no hay pasión nuestra demasiado fuerte que Él no pueda dominar; ninguna tentación es demasiado poderosa para que Él nos libre de ella, ni ninguna miseria demasiado profunda para que Él no la alivie. “Jehová es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme?” (Sal. 27:1).

¹⁷ **Gehena** – Transliteración del nombre hebreo del *Valle del hijo de Hinom*, donde se depositaba la basura de Jerusalén, se quemaban los animales muertos y otros desechos, por lo cual salía de él humo día y noche. Esto hizo que con el tiempo, se usara en lenguaje figurado como equivalente al infierno.

“Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén” (Ef. 3:20-21).

Capítulo 10

La fidelidad de Dios

Fiel en todas las cosas, en todo momento

La infidelidad es uno de los pecados más sobresalientes de estos días malos. En el mundo de los negocios, con excepciones extremadamente raras, los hombres ya no honran la palabra empeñada. En el mundo social, la infidelidad conyugal abunda en todas partes, los lazos sagrados del matrimonio se rompen con tan poca consideración como cuando se descarta un vestido viejo. En el ámbito eclesiástico, miles de personas que se han comprometido solemnemente a predicar la verdad, no tienen ningún escrúpulo para atacar y negar la verdad. Tampoco nuestro lector ni el escritor pueden pretender inmunidad completa de este terrible pecado. ¡De cuántas maneras hemos sido infieles a Cristo, y a la luz y los privilegios que Dios nos ha confiado! Qué refrescante, cuán indescriptiblemente bendito es levantar nuestros ojos sobre esta escena de ruina y contemplar a Aquel que *es* fiel –fiel en todas las cosas, fiel en todo momento–.

“Conoce, pues, que Jehová tu Dios es Dios, Dios *fiel*” (Dt. 7:9). Esta cualidad es esencial para su Ser; sin ella no sería Dios. Para Dios, ser infiel, sería actuar en contra de su naturaleza, lo cual sería imposible: “Si fuéremos infieles, él permanece fiel; él no puede negarse a sí mismo” (2 Ti. 2:13). La fidelidad es una de las gloriosas perfecciones de su Ser. Es como si Dios estuviera revestido de ella: “Oh Jehová, Dios de los ejércitos, ¿quién como tú? Poderoso eres, Jehová, y tu fidelidad te *rodea*” (Sal 89:8). Así también, cuando Dios se encarnó, se dijo: “Y será la justicia cinto de sus lomos, y la fidelidad ceñidor de su cintura” (Is. 11:5).

Qué palabra aquella, la de Salmos 36:5: “Jehová, hasta los cielos llega tu misericordia, y tu fidelidad alcanza hasta las nubes”. Más allá de toda comprensión finita está la fidelidad inmutable de Dios. Todo acerca de Dios es grandioso, vasto, incomparable. Él nunca olvida, nunca falla, nunca vacila, nunca falta a su Palabra. El Señor ha cumplido, perfectamente, cada una de sus promesas y profecías;

así que cada compromiso, ya sea de pacto o de amenaza, Él lo cumplirá porque “Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta. Él dijo, ¿y no hará? Habló, ¿y no lo ejecutará?” (Nm. 23:19). Es por eso que el creyente exclama: “Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias. Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad” (Lm. 3:22-23).

En las Escrituras hay abundantes ilustraciones de la fidelidad de Dios. Hace más de cuatro mil años, Él dijo: “Mientras la tierra permanezca, no cesarán la sementera y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, y el día y la noche” (Gn. 8:22). Cada año que pasa proporciona un nuevo testimonio del cumplimiento de esta promesa por parte de Dios. En Génesis 15, encontramos que Jehová declaró a Abraham: “Tu descendencia morará en tierra ajena, y será esclava allí... Y en la cuarta generación volverán acá” (Gn. 15:13-16). Los siglos siguieron su agotador curso. Y los descendientes de Abraham gimieron en Egipto entre los hornos de ladrillos. ¿Había olvidado Dios su promesa? ¡De hecho, no! Lea Éxodo 12:41: “Y pasados los cuatrocientos treinta años, en el mismo día todas las huestes de Jehová salieron de la tierra de Egipto”. Por medio de Isaías, el Señor declaró: “He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel” (Is. 7:14). De nuevo pasaron siglos, pero “cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer” (Gá. 4:4).

Dios es veraz. La promesa de su Palabra es segura. En todas sus relaciones con su pueblo, Dios es fiel. Se puede confiar en Él con seguridad. Nadie nunca confió, realmente en Él, en vano. Encontramos esta preciosa verdad expresada en casi todas partes en las Escrituras, porque su pueblo necesita saber que la fidelidad es una parte esencial del carácter divino. Ésta es la base de nuestra confianza en Él. Pero una cosa es aceptar la fidelidad de Dios como una verdad divina y otra muy distinta es *actuar de acuerdo con ella*. Dios “nos ha dado preciosas y grandísimas promesas”, pero ¿realmente estamos contando con el cumplimiento de ellas? ¿Estamos, realmente, *esperando* que Él haga por nosotros todo lo que ha dicho? ¿Estamos descansando con seguridad implícita en estas palabras: “*fiel* es el que prometió” (He. 10:23)?

Cuando ocurren dificultades

Hay épocas en la vida de todas las personas cuando no es fácil, ni siquiera para los cristianos, creer que Dios es fiel. Nuestra fe es

intensamente probada, nuestros ojos se oscurecen con lágrimas y ya no podemos rastrear las manifestaciones de su amor. Nuestros oídos están distraídos con los ruidos del mundo, acosados por los susurros ateos de Satanás y ya no podemos escuchar los dulces acentos de su voz apacible y delicada. Nuestros planespreciados se han frustrado, los amigos en quienes confiamos nos han fallado, un hermano o hermana profeso en Cristo nos ha traicionado. Estamos tambaleándonos. Intentamos ser fieles a Dios y, ahora, una nube oscura lo oculta de nosotros. Por razones carnales, nos resulta difícil o, más bien, imposible, armonizar su providencial ceño fruncido con sus bondadosas promesas. Ah, alma vacilante, compañero de peregrinaje severamente probado, busca la gracia para escuchar Isaías 50:10: “¿Quién hay entre vosotros que teme a Jehová, y oye la voz de su siervo? El que anda en tinieblas y carece de luz, confíe en el nombre de Jehová, y *apóyese* en su Dios”.

Cuando tengas la tentación de dudar de la fidelidad de Dios, clama: “Vete de aquí, Satanás”. Aunque ahora usted no puede armonizar los misteriosos tratos de Dios con las declaraciones de su amor, espere en Él para obtener más luz. En su tiempo apropiado, te será aclarado. “Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después” (Jn. 13:7). El curso de la historia demostrará que Dios no ha abandonado ni engañado a su hijo. “Por tanto, Jehová esperará para tener piedad de vosotros, y, por tanto, será exaltado teniendo de vosotros misericordia; porque Jehová es Dios justo; bienaventurados todos los que confían en él” (Is. 30:18).

*“No juzgues al Señor por el débil sentido,
sino confía en Él por su gracia,
detrás de un providencial ceño fruncido,
oculta una cara sonriente.*

*Vosotros santos temerosos, tomad coraje renovado,
las nubes que tanto temes,
son ricas en misericordia y se romperán
en bendición sobre tu cabeza”¹⁸.*

“Tus testimonios, que has recomendado, son rectos y muy fieles” (Sal. 119:138). Dios, no sólo nos ha dicho lo mejor, sino que no ha ocultado lo peor. Él ha descrito, fielmente, la ruina que la Caída ha traído. Él ha diagnosticado, fielmente, el terrible estado que ha producido el pecado. Él ha dado a conocer, fielmente, su odio em-

¹⁸ **William Cowper** (1731-1800) – Poeta inglés, autor de himnos. Himno *Dios se mueve de maneras misteriosas* (God Moves in a Mysterious Way).

pedernido contra el mal y que debe castigarlo. Nos ha advertido, fielmente, que Él es “fuego consumidor” (He. 12:29). Su Palabra, no sólo abunda en ilustraciones de su fidelidad en el cumplimiento de sus promesas, sino que también registra numerosos ejemplos de su fidelidad en el cumplimiento de sus amenazas. Cada etapa de la historia de Israel ejemplifica ese hecho solemne. Así fue con los individuos como Faraón, Coré, Acán y muchos otros semejantes a estos. Y así será con *usted*, mi lector. A menos que haya huido o huya a Cristo en busca de refugio, la llama eterna del Lago de Fuego será con certeza su porción. Dios es fiel.

Fidelidad demostrada

Dios es fiel en *preservar* a su pueblo. “Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo” (1 Co. 1:9). En el versículo anterior, se prometió que Dios confirmaría hasta el final a su propio pueblo. La confianza del Apóstol en la seguridad absoluta de los creyentes, no se basó en la fuerza de sus resoluciones o capacidad de perseverar, sino en la veracidad de Aquel que no puede mentir. Dado que Dios ha prometido a su Hijo que le dará por herencia un pueblo, para librarlos del pecado y la condenación, y hacerlos participantes de la vida eterna en gloria, es seguro que Él no permitirá que ninguno de ellos perezca.

Dios es fiel en *disciplinar* a su pueblo. Él es tan fiel cuando retiene algo como cuando da algo. Él es fiel en enviar tristeza y también en dar alegría. La fidelidad de Dios es una verdad que debemos confesar, no sólo cuando nos sentimos cómodos, sino también cuando somos afligidos bajo la más aguda reprensión. Esta confesión tampoco debe ser, meramente, de nuestras bocas, sino también de nuestros corazones. Cuando Dios nos golpea con la vara del castigo, es su *fidelidad* la que la empuña. Reconocer esto significa que nos humillemos ante Él, sabiendo que merecemos su corrección y, en lugar de murmurar, le agradecemos por ello. Dios nunca aflige sin una razón. “Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros” (1 Co. 11:30), dice Pablo ilustrando este principio. Cuando su vara caiga sobre nosotros, digamos junto con Daniel: “Tuya es, Señor, la justicia, y nuestra la confusión de rostro” (Dn. 9:7).

“Conozco, oh Jehová, que tus juicios son justos, y que conforme a *tu fidelidad* me afligiste” (Sal. 119:75). Los problemas y las aflicciones, no sólo son consistentes con el amor de Dios prometido en el pacto eterno, sino que son parte de la administración del mismo.

Dios, no sólo es fiel a pesar de las aflicciones, sino también fiel al enviarlas. “Entonces castigaré con vara su rebelión, y con azotes sus iniquidades. Mas no quitaré de él mi misericordia, ni falsearé mi fidelidad” (Sal. 89:32-33). El castigo, no sólo es reconciliable con la tierna misericordia de Dios, sino que es el efecto y la expresión de la misma. Tranquilizaría mucho las mentes del pueblo de Dios, si recordaran que su pacto de amor lo obliga a imponerles una corrección oportuna. Las aflicciones son necesarias para nosotros: “En su angustia me buscarán” (Os. 5:15).

Dios es fiel en *glorificar* a su pueblo. “Fiel es el que os llama, el cual también lo hará” (1 Ts. 5:24). La referencia inmediata aquí es a los santos que son guardados irreprochables para la venida de nuestro Señor Jesucristo (1 Ts. 5:23). Dios no trata con nosotros basado en nuestros méritos (porque no tenemos ninguno), sino por amor a su propio grande Nombre. Dios es siempre igual en Sí mismo y también para cumplir su propio propósito de gracia: “A los que llamé... a éstos también glorificó” (Ro. 8:30). Dios da una demostración completa de la constancia de su bondad eterna hacia sus elegidos al llamarlos, efectivamente, de las tinieblas a su luz admirable, y esto debería asegurarles, completamente, la certeza de la continuidad de esta bondad. “El fundamento de Dios *está firme*” (2 Ti. 2:19). Pablo estaba descansando en la fidelidad de Dios cuando dijo: “Yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día” (2 Ti. 1:12).

La fe en la fidelidad de Dios

La aprehensión de esta bendita verdad nos *preservará de la preocupación*. Para cuidarnos de ver nuestra situación con malos presentimientos o anticiparse al mañana con triste ansiedad, es reflexionar mal sobre la fidelidad de Dios. El que ha cuidado a su hijo durante todos los años, no lo abandonará en la vejez. El que ha escuchado sus oraciones en el pasado, no se negará a suplir para sus necesidades en la emergencia actual. Descansa en Job 5:19: “En seis tribulaciones te *librará*, y en la séptima no te tocará el mal”.

La aprehensión de esta bendita verdad *refrenará nuestros sollozos*. El Señor sabe lo que es mejor para cada uno de nosotros y, un efecto de descansar en esta verdad, será el silenciamiento de nuestras petulantes quejas. Dios es grandemente honrado cuando, bajo prueba y castigo, tenemos buenos pensamientos de Él, vindicamos su sabiduría y justicia, y reconocemos su amor en sus mismas reprensiones.

La aprehensión de esta bendita verdad engendrará una *confianza cada vez mayor en Dios*. “De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien” (1 P. 4:19). Cuanto más nos entreguemos con confianza y pongamos todos nuestros asuntos en las manos de Dios, completamente convencidos de su amor y fidelidad, tanto más estaremos satisfechos con su Providencia y nos daremos cuenta de que “bien lo ha hecho *todo*” (Mr. 7:37).

Capítulo 11

La bondad de Dios

La bondad de Dios revelada

“La misericordia de Dios es continua” (Sal. 52:1). La bondad de Dios se refiere a la perfección de su naturaleza: “Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él” (1 Jn. 1:5). Hay una perfección tan absoluta en la naturaleza y en el ser de Dios que nada le falta o es defectuoso, y no se le puede agregar nada para mejorarla.

“Él es originalmente bueno, bueno en Sí mismo, como nadie más lo es; porque todas las criaturas son buenas solamente por participación y comunicación de la bondad de Dios. Él es esencialmente bueno; no sólo bueno, sino la bondad misma: La bondad de la criatura es una cualidad añadida, pero en Dios es su esencia. Él es infinitamente bueno; la bondad de la criatura no es más que una gota, pero en Dios es un océano infinito repleto del bien. Él es eterna e inmutablemente bueno porque Él no puede ser menos bueno de lo que es; como no se le puede agregar nada, así tampoco se le puede quitar nada”¹⁹.

Dios es *summum bonum*, esto es, el bien supremo.

El significado sajón original de nuestra palabra inglesa *God* (Dios) es “el Bueno” (Good). Dios, no sólo es el más grande de todos los seres, sino el mejor. Toda la bondad que hay en cualquier criatura, le ha sido impartida por el Creador, pero la bondad de Dios no es derivada de ningún otro porque es la esencia de su naturaleza eterna. Como Dios es infinito en poder desde toda la eternidad, antes de que hubiera alguna demostración del mismo o cualquier acto de omnipotencia presentado, así mismo, Él era eternamente bueno antes de que hubiera cualquier comunicación de su generosidad o cualquier criatura a quien pudiera ser impartida. Así, la primera manifestación de esta perfección divina fue darle el ser a todas las

¹⁹ **Thomas Manton** (1620-1677) – Predicador puritano no conformista. Predicó hasta que se lo prohibió la Ley de Uniformidad de 1662. De 1662 a 1670 predicó en su propia casa, pero, finalmente, fue arrestado y encarcelado durante seis meses. James Ussher lo llamó “uno de los mejores predicadores de Inglaterra”. Nacido en St. Lawrence Lydiard, condado de Somerset, Inglaterra.

cosas. “Bueno eres tú, y bienhechor” (Sal. 119:68). Dios tiene en sí, un tesoro infinito e inagotable de toda bendición, suficiente para llenar todas las cosas.

Todo lo que emana de Dios –sus decretos, su creación, sus leyes, sus providencias– no puede ser sino bueno. Como está escrito: “Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera” (Gn. 1:31). Así, la bondad de Dios se ve, primero, en la creación. Cuanto más se estudia la criatura, más se hace evidente la bondad de su Creador. Tomemos a la más alta de las criaturas terrenales creada por Dios –el hombre–. Tendríamos abundante razón para decir junto con el salmista: “Te alabaré; porque formidables, maravillosas son tus obras; estoy maravillado, y mi alma lo sabe muy bien” (Sal. 139:14). Todo sobre la estructura de nuestros cuerpos atestigua la bondad de su Hacedor. ¡Cuán adecuadas son las manos para realizar su trabajo asignado! ¡Qué bondad de parte del Señor designar el sueño para refrescar el cuerpo cansado! ¡Qué benevolente su provisión para dar a los ojos párpados y cejas para su protección! Y así podríamos continuar indefinidamente.

La bondad del Creador tampoco se limita al hombre; sino que se ejerce hacia todas sus criaturas. “Los ojos de todos esperan en ti, y tú les das su comida a su tiempo. Abres tu mano, y colmas de bendición a todo ser viviente” (Sal. 145:15-16). Se podrían escribir volúmenes enteros, sí, para amplificar este hecho. Ya se trate de las aves del cielo, las bestias del bosque o los peces en el mar, se han suministrado abundantes provisiones para satisfacer todas sus necesidades. Dios “da alimento a todo ser viviente, porque para siempre es su misericordia” (Sal. 136:25). Verdaderamente, “de la misericordia de Jehová está llena la tierra” (Sal. 33:5).

La bondad de Dios se ve en la variedad de placeres naturales que ha provisto para sus criaturas. Dios podría haber estado complacido de satisfacer nuestra hambre sin que la comida fuera agradable a nuestros paladares, ¡cómo aparece su benevolencia en los variados sabores que ha dado a las carnes, verduras y frutas! Dios, no sólo nos ha dado sentidos, sino también aquello que los complace; y esto también revela su bondad. La tierra podría haber sido tan fértil como lo es sin que su superficie fuera tan deliciosamente variada. Nuestra vida física podría haberse sostenido sin hermosas flores para deleitar nuestros ojos con sus colores o nuestras fosas nasales con sus dulces perfumes. Podríamos haber caminado por los campos sin que nuestros oídos fuesen saludados por la música de los

pájaros. ¿De dónde, entonces, esta belleza, este encanto tan libremente difundido sobre la faz de la naturaleza? En verdad, las tier- nas misericordias del Señor son “sobre todas sus obras” (Sal. 145:9).

La bondad de Dios se ve en que, cuando el hombre transgredió la Ley de su Creador, no comenzó de inmediato una dispensación de pura ira. Bien podría Dios haber privado a sus criaturas caídas de cada bendición, cada consuelo, cada placer. En cambio, introdujo un régimen de naturaleza mixta, de misericordia y de juicio. Esto es muy maravilloso si se considera debidamente, y cuanto más se examine dicho régimen, más parecerá que “la misericordia triunfa sobre el juicio” (Stg. 2:13). A pesar de todos los males que acompañan a nuestro estado caído, el equilibrio con el bien predomina en gran medida. Con excepciones relativamente raras, los hombres y las mujeres experimentan una cantidad mucho mayor de días de salud que de enfermedad y dolor. En el mundo, hay mucha más felicidad en las criaturas que miseria. Incluso para nuestras penas hay considerable alivio y Dios le ha dado a la mente humana una flexibilidad que se adapta a las circunstancias y las aprovecha al máximo.

Tampoco se puede poner en tela de juicio la benevolencia de Dios porque exista el sufrimiento y la tristeza en el mundo. Si el hombre peca contra la bondad de Dios, si “menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad” (Ro. 2:4-5) y si, además, por su dureza y su corazón no arrepentido, atesora para él mismo ira, para el día de la ira, ¿quién tiene la culpa sino él mismo? ¿Sería Dios “bueno” si no castigara a quienes usan mal sus bendiciones, abusan de su benevolencia y pisotean sus misericordias? Cuando libere a la tierra de aquellos que violaron sus leyes, desafiaron su autoridad, se burlaron de sus mensajeros, despreciaron a su Hijo y persiguieron a aquellos por quienes murió, no será un simple reflejo de la bondad de Dios, sino más bien el más brillante ejemplo de ella.

La bondad de Dios apareció más ilustremente cuando envió a su Hijo “nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos” (Gá. 4:4-5). Entonces fue que una multitud de las huestes celestiales elogió a su Hacedor y dijo: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” (Lc. 2:14). Sí, en el Evangelio, la gracia [que es la palabra griega que transmite

la idea de benevolencia o bondad], esta “gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres” (Tit. 2:11). Tampoco se puede poner en tela de juicio la benignidad de Dios porque no ha hecho que toda criatura pecadora sea objeto de su gracia redentora. No la otorgó a los ángeles caídos. Si Dios hubiera dejado a todos perecer, no habría sido un reflejo de su bondad. A cualquiera que cuestione esta declaración, le recordaremos la prerrogativa soberana de nuestro Señor: “¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿O tienes tú envidia, porque yo soy bueno?” (Mt. 20:15).

Alabado sea el Señor por su bondad

“Alaben la misericordia de Jehová, y sus maravillas para con los hijos de los hombres” (Sal. 107:8). La gratitud es la justa retribución requerida a aquellos que fueron beneficiados; sin embargo, a menudo le es negada a nuestro gran Benefactor, simplemente porque su bondad es tan constante y abundante. Se estima ligeramente porque se ejerce hacia nosotros en el curso común de los acontecimientos. No se siente porque la experimentamos a diario. “¿*Menosprecias* las riquezas de su benignidad?” (Ro. 2:4). Su bondad es “menospreciada” cuando no se muestra como un medio para llevar a los hombres al arrepentimiento, sino que, por el contrario, sirve para endurecerlos con respecto a la suposición de que Dios pasa por alto completamente su pecado.

La bondad de Dios es la vida de la confianza del creyente. Es esta excelencia en Dios, la que más atrae a nuestros corazones. Debido a que su bondad permanece para siempre, nunca debemos desanimarnos: “Jehová es bueno, fortaleza en el día de la angustia; y conoce a los que en él confían” (Nah. 1:7).

“Cuando los demás se portan mal con nosotros, esto solamente debería movernos de todo corazón a dar gracias al Señor porque Él es bueno; y cuando somos conscientes de que estamos lejos de ser buenos, sólo debemos bendecirle con más reverencia por ser tan bueno. Nunca debemos tolerar la incredulidad momentánea con respecto a la bondad del Señor; cualquier otra cosa puede cuestionarse, pero esto es absolutamente cierto, que Jehová es bueno; que sus dispensaciones pueden variar, pero su naturaleza es siempre la misma” (C.H. Spurgeon).

Capítulo 12

La paciencia de Dios

Se ha escrito mucho menos sobre esto que sobre las otras excelencias del carácter divino. No pocos de los que se han explayado extensamente sobre los atributos divinos, han pasado por alto la paciencia de Dios sin ningún comentario. No es fácil sugerir una razón para esto porque, seguramente, la longanimidad²⁰ de Dios es una de las perfecciones divinas, así como lo son su sabiduría, poder o santidad, y tanto como para ser admirada y venerada por nosotros. Es cierto que el término mismo no se encontrará en una concordancia con tanta frecuencia como los demás, pero la gloria de esta gracia misma brilla en casi todas las páginas de las Escrituras. Ciertamente es que perdemos mucho si no meditamos con frecuencia sobre la paciencia de Dios y oramos con fervor para que nuestros corazones y caminos se conformen más completamente a ella.

Lo más probable es que la razón principal por la que tantos escritores no han podido darnos nada sobre la paciencia de Dios, por separado, es a causa de la dificultad de distinguir este atributo de los atributos de la bondad y la misericordia divinas, particularmente la última. La longanimidad de Dios se menciona junto con su gracia y misericordia, una y otra vez, como se puede ver al consultar Éxodo 34:6, Números 14:18, Salmos 86:15, etc. Que la *paciencia* de Dios es, realmente, una muestra de su *misericordia* que, de hecho, es una forma en que se manifiesta con frecuencia, no se puede

²⁰ **Longanimidad** – Es la traducción literal de la palabra en inglés, *longsuffering*. Tanto en español como en inglés, indica o tiene una connotación de “*extendimiento*”, “*expansión o dilatación de una pasión o afecto*”, en este caso, de la paciencia, es decir, una paciencia alargada, extendida. En el hombre, la entereza y la fortaleza de ánimo para enfrentarse a las adversidades, provocaciones o pruebas a que es expuesto a lo *largo* de su vida. En cuanto a Dios, lo encontramos como uno de sus atributos y, en este caso, dicho término viene de la palabra hebrea “*tardo para la ira*” (o *tardanza*) usada en Nehemías 9:17. Tanto en la versión King James como en la RVR 1960, se usa, indistintamente, con la palabra “*paciencia*” (*patience*), pero no son sinónimos perfectos. De igual manera, es usada por el autor A.W. Pink en esta obra y en su libro *La soberanía de Dios*.

negar. Pero no podemos estar de acuerdo que esa paciencia y misericordia son una y la misma excelencia, y mucho menos decir que no deben separarse. Puede que no sea fácil discriminar entre ellas, sin embargo, la Escritura nos garantiza, completamente, que podemos afirmar algunas cosas sobre la una que no podemos afirmar sobre la otra.

La paciencia de Dios prevalece

Stephen Charnock, el puritano, define la paciencia de Dios, en parte, así:

“Es parte de la bondad y la misericordia divinas, pero difiere de ambas. Siendo Dios mismo la mayor bondad, tiene la mayor apacibilidad; la apacibilidad es siempre la compañía de la verdadera bondad y, cuanto mayor es la bondad, mayor es la apacibilidad. ¿Quién tan santo como Cristo y quién tan manso? La lentitud de Dios para la ira es una rama... de su misericordia: “Clemente y misericordioso es Jehová, lento para la ira, y grande en misericordia” (Sal. 145:8). Difere de la misericordia en la consideración formal del objeto: La misericordia concierne a la criatura como miserable, la paciencia concierne a la criatura como criminal; la misericordia le compadece en su miseria y la paciencia tiene que ver con el pecado que engendró la miseria y está engendrando a más”.

Personalmente, definiríamos la paciencia divina como ese poder de control que Dios ejerce sobre Sí mismo, es aquello que le lleva a soportar a los malvados y a abstenerse tanto tiempo en castigarlos. En Nahúm 1:3, leemos: “Jehová es tardo para la ira y grande en poder”, sobre lo cual el sr. Charnock dijo:

“Los hombres que son grandes en el mundo, se apresuran a apasionarse y no están tan listos para perdonar una ofensa o soportar a un ofensor como alguien de la peor calaña. Es la falta de poder sobre el ser mismo del hombre lo que lo lleva a hacer cosas impropias cuando es provocado. Un príncipe que puede frenar sus pasiones es un rey sobre sí mismo y sobre sus súbditos. Dios es tardo para la ira *porque* es grande en poder. Él no tiene menos poder sobre Sí mismo que sobre sus criaturas”.

Es en el punto anterior que creemos que la paciencia de Dios se distingue más claramente de su misericordia. Aunque la criatura se beneficia de ella, la paciencia de Dios, principalmente, concierne a Sí mismo, una restricción impuesta sobre sus actos por su voluntad; mientras que su misericordia termina por completo sobre la criatura. La paciencia de Dios es esa excelencia que le hace sufrir grandes heridas sin vengarse de inmediato. Él tiene el poder de la

paciencia, de la misma manera que el poder de la justicia. Así, la palabra hebrea para la longanimidad divina se traduce como “tardo para la ira” en Nehemías 9:17, Salmos 103:8, etc. No es que haya pasiones en la naturaleza divina, sino que la sabiduría y la voluntad de Dios se complacen en actuar con esa solemnidad y sobriedad propias de su excelsa majestad.

En apoyo de nuestra definición anterior, señalemos que fue a esta excelencia en el carácter divino a lo que Moisés apeló cuando Israel pecó tan gravemente en Cades-Barnea y allí provocó a Jehová tan dolorosamente. A su siervo, el Señor dijo: “Yo le heriré de mortandad, y lo destruiré”. Entonces fue que el mediador Moisés, como un tipo del Cristo venidero, suplicó: “Ahora, pues, yo te ruego que sea magnificado el *poder* del Señor, como lo hablaste, diciendo: Jehová, tardo para la ira” (Nm. 14:17-18). Por lo tanto, su “*longanimidad*” es su “*poder*” de dominio propio.

Nuevamente, en Romanos 9:22 leemos: “¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su *poder*, soportó con mucha *paciencia*²¹ los vasos de ira preparados para destrucción?”. Si Dios rompiera, inmediatamente, estos vasos reprobados en pedazos, su poder de dominio propio no aparecería tan eminentemente; pero al soportar tanto tiempo sus maldades y dilatar el castigo, se demuestra gloriosamente el poder de su paciencia. Es cierto que los malvados interpretan su longanimidad de manera muy diferente: —“Por cuanto no se ejecuta luego sentencia sobre la mala obra, el corazón de los hijos de los hombres está en ellos dispuesto para hacer el mal” (Ec. 8:11)— pero el ojo del santo adora aquello que otros abusan.

“El Dios de la paciencia” (Ro. 15:5) es uno de los títulos divinos. La Deidad se denomina a Sí mismo de esta manera, primero, porque Dios es tanto el Autor como el Objeto de la gracia de la paciencia en los santos. En segundo lugar, porque esto es lo que Él es en Sí mismo: La paciencia es una de sus perfecciones. En tercer lugar, como un modelo para nosotros: “Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia” (Col. 3:12). Y de nuevo: “Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados” (Ef. 5:1). Cuando sientas la tentación de disgustarte por la torpeza de otro o

²¹ **Paciencia** – La palabra usada en la versión King James, en inglés es “*longsuffering*”.

de vengarte de alguien que te ha hecho mal, trae a la memoria la infinita paciencia y longanimidad de Dios contigo mismo.

La paciencia de Dios: Antes y ahora

La paciencia de Dios se manifiesta en *sus tratos con los pecadores*. Cuán notablemente se mostró ésta hacia los antediluvianos. Cuando la humanidad estaba universalmente degenerada y toda carne había corrompido su camino, Dios no los destruyó hasta cuando los advirtió. “Esperaba la paciencia de Dios” (1 P. 3:20), probablemente, no menos de 120 años (Gn. 6:3), tiempo durante el cual Noé fue un “pregonero de justicia” (2 P. 2:5). Entonces, más tarde, cuando los gentiles, no sólo adoraban y servían a la criatura antes que al Creador, sino que también cometían las abominaciones más viles y contrarias, incluso, a los dictados de la naturaleza (Ro. 1:19-26) y así, colmaban la medida de su iniquidad, sin embargo, en lugar de desenvainar su espada para el exterminio de tales rebeldes, Dios “ha dejado a todas las gentes andar en sus propios caminos” y les dio “lluvias del cielo y tiempos fructíferos” (Hch. 14:16-17).

La paciencia de Dios fue ejercida y manifestada maravillosamente *hacia Israel*. En primer lugar, soportó sus costumbres durante cuarenta años en el desierto (Hch. 13:18). Más tarde, cuando entraron en Canaán, pero siguieron las malvadas costumbres de las naciones que los rodeaban y se volvieron hacia la idolatría, aunque Dios los castigó dolorosamente, no los destruyó por completo, sino que, en su angustia, les levantó libertadores. Cuando su iniquidad se elevó a tal altura que nadie más que un Dios de paciencia infinita podría haberlos soportado, los libró por muchos años antes de permitir que los llevaran a Babilonia. Finalmente, cuando su rebelión contra Él alcanzó su punto culminante al crucificar a su Hijo, esperó cuarenta años antes de enviar a los romanos contra ellos y eso, sólo después de que ellos mismos se juzgaron indignos de la vida eterna (Hch. 13:46).

Qué maravillosa es la paciencia de Dios *con el mundo de hoy*. Por todos lados, la gente está pecando a manos llenas. La Ley divina es pisoteada y Dios mismo es despreciado abiertamente. Es realmente asombroso que Él no mate al instante a aquellos que lo desafían con tanto descaro. ¿Por qué no corta repentinamente al arrogante infiel y al blasfemo descarado como hizo con Ananías y Safira? ¿Por qué no hace que la tierra abra su boca y devore a los perseguidores de su pueblo para que, como Datán y Abiram, desciendan

vivos al abismo? ¿Y qué hay de la cristiandad apóstata donde ahora se toleran y practican cada forma posible de pecado al amparo del santo nombre de Cristo? ¿Por qué la justa ira del cielo no pone fin a tales abominaciones? Sólo es posible una respuesta: Porque Dios soporta “con *mucha paciencia* los vasos de ira, preparados para destrucción”.

¿Y qué hay del escritor y el lector? Revisemos nuestras propias vidas. No ha pasado mucho desde que *nosotros* fuimos hacedores de maldad, cuando no nos importaba la gloria de Dios y vivíamos sólo para la propia gratificación. ¡Cuán pacientemente Él soportó nuestra vil conducta! Y ahora que la gracia nos ha arrebatado del fuego como a tizones encendidos, nos ha dado un lugar en la familia de Dios y nos hizo renacer para una herencia eterna en gloria, cuán miserablemente le retribuimos. ¡Cuán superficial es nuestra gratitud, cuán tardía es nuestra obediencia, cuán frecuentes son nuestras recaídas! Una razón por la cual Dios permite que la carne permanezca en el creyente es porque puede mostrar que Él es “paciente *para con nosotros*” (2 P. 3:9). Dado que este atributo divino se manifiesta sólo en este mundo, Dios aprovecha para desplegarlo hacia “los suyos”.

La escuela de la santa experiencia

Que nuestra meditación sobre esta excelencia divina ablande nuestros corazones, haga nuestras conciencias tiernas y que podamos aprender en la escuela de la santa experiencia, la “paciencia de los santos”, es decir, la sumisión a la voluntad divina y la perseverancia en hacer el bien. Busquemos, fervientemente, la gracia para imitar esta excelencia divina. “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mt. 5:48). En el contexto inmediato de este versículo, Cristo nos exhorta a amar a nuestros enemigos, bendecir a los que nos maldicen, hacer el bien a los que nos odian. Dios soporta mucho a los impíos, a pesar de la multitud de sus pecados, entonces ¿desearemos vengarnos nosotros por una sola ofensa?

Capítulo 13

La gracia de Dios

Una perfección del carácter divino

La gracia es una perfección del carácter divino que es ejercida sólo sobre los elegidos. Ni en el Antiguo Testamento ni en el Nuevo se menciona la gracia de Dios en relación con la humanidad en general y, menos aún, con los órdenes inferiores de sus criaturas. En esto se distingue de la “misericordia” porque la misericordia de Dios está “sobre todas sus obras” (Sal. 145:9). La gracia es la única fuente de la cual fluye la buena voluntad, el amor y la salvación de Dios hacia su pueblo elegido. Abraham Booth²² definió este atributo del carácter divino en su útil libro *El Reinado de la Gracia* así:

“Es el eterno y absoluto favor gratuito de Dios, manifestado en conceder bendiciones espirituales y eternas a los culpables e indignos”.

La gracia divina es el favor soberano y salvador de Dios ejercido en la concesión de bendiciones a aquellos que no tienen mérito en ellos y por dichas bendiciones no *se les* exige compensación. Aún más; es el favor de Dios que se muestra a aquellos que, no sólo no tienen nada positivo en ellos, sino que son completamente indignos y merecedores del infierno. La gracia es completamente inmerecida y no buscada por quien la recibe, y no es dada porque Dios se sienta atraído por nada en, desde o por el objeto a quien se la concede. La gracia no puede ser comprada, adquirida ni ganada por la criatura. Pues de lo contrario, dejaría de ser *gracia*. Cuando se dice que una cosa es por “gracia”, queremos decir que el receptor de la misma no tiene derecho a reclamarla, que de ninguna manera era una deuda. La gracia le es dada de pura caridad y, en principio, sin haberla pedido o deseado.

La exposición más completa de la asombrosa gracia de Dios se encuentra en las epístolas del Apóstol Pablo. En sus escritos, la

²² **Abraham Booth** (1734-1806) – Teólogo, misionero, escritor, erudito bíblico, predicador y pastor bautista inglés; considerado uno de los hombres más eruditos de su época; nacido en Blackwell, Derbyshire, Inglaterra.

“gracia” se opone directamente a las obras y al merecimiento, sí, se opone a *todas* las obras y merecimientos de cualquier clase o grado. Esto está muy claro en Romanos 11:6: “Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es obra” (Ro. 11:6). La gracia y las obras no se unirán más que un ácido con un alcalino. “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (Ef. 2:8-9). El favor absoluto de Dios no puede consistir de ninguna manera en el mérito humano, de la misma manera como no es posible que el aceite y el agua se fusionen en un solo líquido (Ver también Ro. 4:4-5).

Hay tres características principales de la gracia divina. Primero, es *eterna*. La gracia fue planeada antes de ser ejercida y tenía un propósito antes de ser impartida: “Quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos” (2 Ti. 1:9). En segundo lugar, es *gratuita* porque nadie la compró: “Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Ro. 3:24). En tercer lugar, es *soberana* porque Dios la ejerce y se la otorga a quien Él quiere para que “así también la gracia *reine*” (Ro. 5:21). Si la gracia “reina”, entonces está en el trono y el ocupante del trono es soberano. Por eso, el “*trono* de la gracia” (He. 4:16).

La selección soberana de Dios

Sólo a causa de que la gracia es un favor *inmerecido*, debe ejercerse de manera *soberana*. Por lo tanto, el Señor declara: “Tendré misericordia del que tendré misericordia,... (Éx. 33:19). Si Dios mostrara gracia a todos los descendientes de Adán, los hombres concluirían de inmediato que Él estaba, justamente obligado, a llevarlos al cielo como compensación por haber permitido que la raza humana cayera en pecado. Pero el gran Dios no tiene ninguna obligación con ninguna de sus criaturas y, menos aún, con aquellos que son rebeldes contra Él.

La vida eterna es un *regalo*, por lo tanto, no puede ganarse con buenas obras, ni reclamarse como un derecho. Al ver que la salvación es un “regalo”, ¿quién tiene derecho a decirle a Dios a quién debe otorgársela? No es que, alguna vez, el Dador *niegue* este regalo a cualquiera que lo busque de todo corazón y de acuerdo con las reglas que Él ha prescrito. ¡No! Él no rechaza a ninguno que venga

a Él con las manos vacías y en la forma que Él ha señalado. Pero si en un mundo de rebeldes impenitentes e incrédulos, Dios está decidido a ejercer su derecho soberano eligiendo un número limitado para ser salvo, ¿a quién perjudicará? ¿Acaso está Dios *obligado* a dar su don a quienes no lo valoran? ¿Acaso está Dios obligado a salvar a aquellos que están decididos a seguir *su propio* camino?

Pero no hay nada que enoje más al hombre natural, ni nada que saque a la superficie su enemistad innata y arraigada contra Dios, que cuando se le habla al hombre acerca de la eterna, libre y absoluta soberanía de la gracia divina. Que Dios haya formado su propósito desde la eternidad, sin consultar de ningún modo a la criatura, es demasiado humillante para el corazón no quebrantado. Que la gracia no pueda ser obtenida o ganada por ningún esfuerzo del hombre es demasiado frustrante para la justicia propia. Y esa gracia es dada a quienes le plazca, por lo que provoca acaloradas protestas de los rebeldes arrogantes. El barro se levanta contra el Alfarero y pregunta: “¿Por qué me has hecho así?”. Un insurrecto sin ley se atreve a cuestionar la justicia de la soberanía divina.

La gracia distintiva de Dios se ve en que Él salva a aquellas personas a las que Él ha señalado, soberanamente, como sus favoritas. Y cuando usamos la palabra “distintiva”, queremos decir que la gracia discrimina, hace diferencias, elige a algunas personas y pasa por alto a otras. Fue la gracia distintiva la que seleccionó a Abraham de entre sus vecinos idólatras y lo convirtió en el “amigo de Dios”. Fue la gracia distintiva la que salvó a “publicanos y a pecadores”, pero dijo de los fariseos religiosos: “Dejadlos” (Mt. 15:14). En ningún lugar, la gloria de la gracia libre y soberana de Dios brilla más visiblemente que en la indignidad y la improbabilidad de aquellos a quienes es dada. Esto fue ilustrado por James Hervey²³ (1751) de una hermosa manera:

“Donde ha abundado el pecado, dice la proclamación de la corte del cielo, la gracia abunda mucho más. *Manasés* era un bárbaro monstruoso porque hizo que sus propios hijos pasaran por el fuego y llenó a Jerusalén de sangre inocente. Manasés era un adepto a la iniquidad porque, no sólo multiplicó, y en un grado extravagante, sus propias impiedades sacrílegas, sino que envenenó los principios y pervirtió las costumbres de sus súbditos, haciéndolos peores que el más detestable

²³ **James Hervey** (1714-1758) – Clérigo y escritor inglés. Estuvo bajo la influencia de John Wesley y los metodistas de Oxford, especialmente, porque era miembro del Holy Club (Club santo). En última instancia, adoptó un credo completamente calvinista y resolvió permanecer en la Iglesia Anglicana.

de los ídólatras paganos (Ver 2 Cr. 33). Sin embargo, a través de esta superabundante gracia, él es humillado, él es reformado y convertido en un hijo del amor perdonador, un heredero de la gloria inmortal.

He aquí ese amargo y sanguinario perseguidor, *Saulo*; cuando, respirando amenazas y empeñado en la matanza, él angustió a los corderos y mató a los discípulos de Jesús. Los estragos que había cometido, las familias inofensivas que ya había arruinado, no fueron suficientes para calmar su espíritu vengativo. Eran sólo un gusto que, en lugar de satisfacer al sabueso, lo hizo seguir más de cerca la pista y jadear más ansiosamente por la destrucción. Todavía tiene sed de violencia y asesinato. Tan ansiosa e insaciable es su sed que incluso, *respira* “amenazas y muerte” (Hch. 9:1). Sus palabras son lanzas y flechas, y su lengua una espada afilada. Es tan natural para él amenazar a los cristianos como respirar el aire. No, ellos sangraron cada hora en los propósitos de su corazón rencoroso. Es sólo debido a la falta de poder que, cada sílaba que pronuncia, cada aliento que respira, no causa muertes y hace que algunos de los discípulos inocentes caigan. ¿Quién, según los principios del juicio humano, no *lo* habría declarado como vaso de ira, destinado a la condenación inevitable? Aún más, ¿quién no habría estado listo para concluir que, si hubiera cadenas más pesadas y una mazmorra más profunda en el mundo de la aflicción, seguramente deberían estar reservadas para un enemigo tan implacable de la verdadera piedad? Sin embargo, admire y adore los tesoros inagotables de la gracia —*este* Saulo es admitido en la piadosa comunión de los profetas, se cuenta con el noble ejército de mártires y se convierte en una figura distinguida entre la gloriosa compañía de los apóstoles—.

Los *corintios* eran abominables [vergonzosamente malvados]; incluso según un proverbio [hasta el punto de convertirse en una frase estándar en el idioma]. Algunos de ellos se revolcaron en vicios tan abominables y se habituaron a actos de injusticia tan escandalosos, que eran un reproche a la naturaleza humana. Sin embargo, incluso estos hijos de violencia y esclavos de sensualidad fueron lavados, santificados y justificados (1 Co. 6:9-11). “Lavados”, en la preciosa sangre de un Redentor moribundo; “santificados” por las poderosas operaciones del Espíritu bendito; “justificados” a través de las infinitamente tiernas misericordias de un Dios lleno de gracia. Aquellos que alguna vez fueron una carga para el resto de las personas, ahora son la alegría del cielo, el deleite de los ángeles”.

Ahora, la gracia de Dios se manifiesta *en, por y a través del Señor Jesucristo*. “La ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo” (Jn. 1:17). Esto no significa que Dios nunca ejerció gracia hacia nadie antes de que su Hijo se encarnara: Génesis 6:8, Éxodo 33:19, etc., claramente muestran lo contrario. Pero la gracia y la verdad fueron completamente

reveladas y perfectamente ejemplificadas cuando el Redentor vino a esta tierra y murió por su pueblo en la cruz. Es sólo a través de Cristo el Mediador que la gracia de Dios fluye hacia sus elegidos. “Abundaron mucho más para los muchos la gracia y el don de Dios por la gracia de un hombre, Jesucristo... mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia... así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro” (Ro. 5:15,17,21).

La gracia de Dios es *proclamada en el Evangelio* (Hch. 20:24), la cual es una “piedra de tropiezo” para el judío con justicia propia y, para el engreído y filósofo griego, es “necedad”. ¿Y por qué es esto así? Porque no hay nada en el evangelio que se adapte a la gratificación del orgullo del hombre. Anuncia que, a menos que seamos salvos por gracia, no podemos ser salvos en lo absoluto. Declara que, aparte de Cristo, el inefable don de la gracia de Dios, el estado de cada hombre es desesperado, irremediable y sin esperanza. El Evangelio se dirige a los hombres como criminales culpables, condenados y pereciendo. Declara que el moralista más casto está en la misma situación terrible que el libertino o disoluto más voluptuoso o sensual; y el profesante celoso con todas sus actuaciones religiosas, no está mejor que el incrédulo más profano.

El Evangelio contempla a cada descendiente de Adán como un pecador caído, contaminado, impotente y merecedor del infierno. La gracia que anuncia el Evangelio es su única esperanza. Todos comparecen ante Dios, condenados como transgresores de su santa Ley, como criminales culpables y condenados, que no sólo están esperando sentencia, sino la ejecución de la sentencia ya impuesta sobre ellos (Jn. 3:18; Ro. 3:19). Quejarse contra la parcialidad de la gracia es un acto suicida. Si el pecador insiste en recibir pura justicia, entonces el Lago de Fuego debe ser su porción eterna. Su única esperanza radica en inclinarse ante la sentencia que la justicia divina le ha impuesto, entendiendo la justicia absoluta de la misma, arrojándose a la misericordia de Dios y extendiendo las manos vacías para aprovechar la gracia de Dios que ahora se le ha dado a conocer en el Evangelio.

La tercera persona en la Deidad es el *Comunicador de la gracia*, por lo tanto, se le denomina “el Espíritu de gracia” (Zac. 12:10). Dios el Padre es la Fuente de toda gracia porque se propuso en Sí mismo, el pacto eterno de la redención. Dios el Hijo es el único

Canal de gracia. El Evangelio es el Pregonero de la gracia. El Espíritu es el Sembrador. Él es Quien aplica el Evangelio al alma con poder salvador: Avivando a los elegidos mientras están espiritualmente muertos, conquistando sus voluntades rebeldes, derritiendo sus duros corazones, abriendo sus ojos ciegos, limpiándolos de la lepra del pecado. Por lo tanto, podemos decir con el difunto G. S. Bishop²⁴:

“La gracia es una provisión para aquellos hombres que están tan caídos que no pueden levantar el hacha de la justicia, tan corruptos que no pueden cambiar su propia naturaleza, tan reacios a Dios que no pueden volverse a Él, tan ciegos que no pueden verlo, tan sordos que no pueden escucharlo y tan muertos que Él mismo debe abrir sus tumbas y levantarlos a la resurrección”.

²⁴ **George Sayles Bishop** (1836-1914) – Pastor emérito de la Primera Iglesia Reformada de Orange, New Jersey y presidente del Sínodo General en 1899. Autor de *Las doctrinas de la gracia*.

Capítulo 14

La misericordia de Dios

La misericordia de Dios se origina en su bondad

“Alabad a Jehová, porque él es bueno; porque para siempre es su misericordia” (Sal. 136:1). Por esta perfección del carácter divino, Dios es grandemente alabado. Y luego, aún tres veces más, el salmista llama aquí a los santos a dar gracias al Señor por este atributo admirable. Y, seguramente, esto es lo menos que se les puede pedir a quienes han sido beneficiarios de tal generosidad. Cuando contemplamos las características de esta excelencia divina, no podemos hacer otra cosa que bendecir a Dios por ello. Su misericordia es “grande” (1 R. 3:6; Sal. 86:5; 1 P. 1:3), es “entrañable” (Lc. 1:78), es “desde la eternidad y hasta la eternidad sobre los que le temen” (Sal. 103:17). Bien podemos decir junto con el salmista: “Alabaré de mañana tu misericordia” (Sal. 59:16).

“Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro, y proclamaré el nombre de Jehová delante de ti; y tendré misericordia del que tendré misericordia, y seré clemente para con el que seré clemente” (Éx. 33:19). ¿En qué difiere la “misericordia” de Dios de su “gracia”? La misericordia de Dios tiene su origen en la bondad divina. La primera cuestión de la bondad de Dios es su benignidad o generosidad, mediante la cual, Él da generosamente a sus criaturas como criaturas que son; así ha dado el ser y la vida a todas las cosas. La segunda cuestión de la bondad de Dios es su misericordia, la cual manifiesta la pronta inclinación de Dios a aliviar la miseria de las criaturas caídas. Así, la misericordia presupone el *pecado*.

Aunque puede que no sea fácil a primera vista, percibir una diferencia real entre la gracia y la misericordia de Dios, nos ayuda si reflexionamos cuidadosamente, sobre su trato con los ángeles no caídos. Él nunca ha ejercido misericordia hacia ellos, dado que nunca han tenido ninguna necesidad de ello, pues no han pecado ni están bajo los efectos de la maldición. Sin embargo, ellos sí reciben, ciertamente, la gracia libre y soberana de Dios. En primer lugar, porque Dios los *eligió* a ellos de entre toda la raza angelical (1 Ti.

5:21). En segundo lugar, porque al elegirlos, también los *preservó* de la apostasía que ocurrió cuando Satanás se rebeló y arrastró con él un tercio de las huestes celestiales (Ap. 12:4). En tercer lugar, al hacer de Cristo la *Cabeza* de ellos (Col. 2:10; 1 P. 3:22). Por este motivo, ellos están eternamente asegurados en la santa condición en la que fueron creados. En cuarto lugar, por la *posición* exaltada que les ha sido asignada, que es vivir en la presencia inmediata de Dios para servirle constantemente en su templo celestial (Dn. 7:10) y para recibir honorables encargos de parte de Él (He. 1:14). Ésta es *gracia* abundante hacia ellos; pero no es “misericordia”.

Al tratar de estudiar la misericordia de Dios, tal como se establece en la Escritura, se debe hacer una triple distinción, puesto que queremos “trazar bien la palabra de Verdad”. En primer lugar, hay una misericordia *general* de Dios que se extiende, no sólo a todos los hombres, creyentes y no creyentes por igual, sino también a toda la creación: “Sus misericordias [son] sobre todas sus obras” (Sal. 145:9); “él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas” (Hch. 17:25). Dios tiene piedad de la creación salvaje cuando ésta tiene necesidad y les proporciona una provisión adecuada. En segundo lugar, existe una misericordia *especial* de Dios que se ejerce hacia los hijos de los hombres, ayudándolos y socorriéndolos, a pesar de sus pecados. A ellos también, les suple todas las necesidades de la vida: Él “hace salir su sol sobre malos y buenos, y [...] hace llover sobre justos e injustos” (Mt. 5:45). En tercer lugar, existe una misericordia *soberana* que está reservada para los herederos de la salvación, la cual se les comunica en forma de pacto, a través del Mediador.

El otorgamiento de su misericordia

Siguiendo un poco más allá, vemos la diferencia entre la segunda y la tercera distinción, señaladas anteriormente. Es importante notar que las misericordias que Dios otorga a los impíos son, únicamente, de naturaleza *temporal*; es decir, se limitan, estrictamente, a esta vida presente. No habrá misericordia extendida hacia ellos más allá de la tumba: “Aquél no es pueblo de entendimiento; por tanto, su Hacedor no tendrá de él misericordia, ni se compadecerá de él el que lo formó” (Is. 27:11). Pero en este punto, una dificultad puede sugerirle a algunos de nuestros lectores, a saber: ¿No afirma la Escritura que “para siempre es su misericordia” (Sal. 136:1)? Hay que señalar dos cosas a ese respecto. Dios nunca puede dejar de ser misericordioso porque ésta es una cualidad de la esencia divina

(Sal. 116:5); pero el *ejercicio* de su misericordia está regulado por su voluntad soberana. Esto debe ser así porque no hay nada fuera de Sí mismo que lo obligue a actuar; pues si existiera, ese “algo” sería *supremo* y Dios dejaría de ser *Dios*.

Solamente la pura gracia soberana es la que determina el ejercicio de la misericordia divina. Dios afirma, expresamente, este hecho en Romanos 9:15: “Pues a Moisés dice: Tendré misericordia del que yo *tenga* misericordia”. No es la miseria de la criatura lo que hace que Él muestre misericordia porque Dios no está influenciado por cosas fuera de Sí mismo como nosotros. Si Dios *fuera* influenciado por la despreciable miseria de los pecadores leprosos, los limpiaría y salvaría a *todos*. Pero Él no lo hace. ¿Por qué? Simplemente porque no le place hacerlo y porque no es su propósito hacerlo. Y aún más imposible es que los méritos de las criaturas sean quienes muevan a Dios a otorgarles su misericordia, dado que es una contradicción hablar de *merecer* “misericordia”, pues: “Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia” (Tit. 3:5) —el uno en directa antítesis del otro—. Tampoco es el mérito de Cristo lo que mueve a Dios a otorgar misericordias a sus elegidos: Eso sería sustituir el efecto por la causa. Es “a través” o por causa de la tierna misericordia de nuestro Dios que Cristo fue enviado a su pueblo (Lc. 1:78). ¡Los méritos de Cristo hacen posible que Dios con *justicia*, otorgue misericordias espirituales a sus elegidos, la justicia ha sido plenamente satisfecha por el Garante! No, la misericordia surge *únicamente* del placer soberano de Dios.

¿Quién recibirá las misericordias de Dios?

De nuevo, aunque sea cierto, bendita y gloriosamente cierto, que la misericordia de Dios “permanece para siempre”, sin embargo, debemos observar, cuidadosamente, los objetos *a quienes* se les muestra su “misericordia”. Incluso, arrojar al réprobo al Lago de Fuego, es un acto de *misericordia*. El castigo de los impíos debe contemplarse desde un triple punto de vista. Por parte de Dios, es un acto de *justicia*, vindicando su honor. La misericordia de Dios nunca se muestra si perjudica su santidad y justicia. Desde el punto de vista de los réprobos, es un acto de *equidad* porque se les hace sufrir la debida recompensa de sus iniquidades. Pero desde el punto de vista de los redimidos, el castigo de los impíos es un acto de *misericordia* inefable. ¡Cuán terrible sería que el orden actual de las cosas continuase para siempre! Sería terrible que los hijos de Dios estuviesen obligados a vivir en medio de los hijos del Diablo. El

cielo dejaría de ser cielo de inmediato, si los oídos de los santos tuviesen que escuchar el lenguaje blasfemo y sucio de los réprobos. ¡Qué gran misericordia es que en la Nueva Jerusalén “no entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira” (Ap. 21:27)!

Para que el lector no piense que en el último párrafo hemos estado recurriendo a nuestra imaginación, recurramos a la Sagrada Escritura en apoyo de lo que se ha dicho. En Salmos 143:12, encontramos a David orando: “Y por tu misericordia disiparás a mis enemigos, y destruirás a todos los adversarios de mi alma, porque yo soy tu siervo”. De nuevo, en Salmos 136:15 leemos que Dios “arrojó a Faraón y a su ejército en el Mar Rojo, porque para siempre es su *misericordia*”. Fue un acto de venganza sobre Faraón y su ejército, pero fue un acto de misericordia para los israelitas. De nuevo, en Apocalipsis 19:1-3 leemos:

“Oí una gran voz de gran multitud en el cielo, que decía: ¡Aleluya! Salvación y honra y gloria y poder son del Señor Dios nuestro; porque sus juicios son verdaderos y justos; pues ha *juzgado* a la gran ramera que ha corrompido a la tierra con su fornicación, y ha *vengado* la sangre de sus siervos de la mano de ella. Otra vez dijeron: ¡Aleluya! Y el humo de ella sube por los siglos de los siglos”.

De lo que acabamos de ver, notemos cuán vana es la presuntuosa esperanza de los impíos, quienes, a pesar de su continuo desafío a Dios, sin embargo, cuentan con que Él será misericordioso con ellos. Cuántos hay que dicen, no creo que Dios me arroje al infierno; Él es muy misericordioso. Tal esperanza es una víbora, que si la acarician en su seno, los morderá para muerte. Dios es un Dios de justicia, así como de misericordia, y ha declarado, expresamente, que “de ningún modo dará por inocente al malvado” (Éx. 34:7). Sí, Él ha dicho: “Los malos *serán* trasladados al Seol, todas las gentes que se olvidan de Dios” (Sal. 9:17). Por lo tanto, los hombres también podrían razonar así: No creo que un Dios misericordioso permita a alguien caer en una fiebre mortal, aunque se permita que la suciedad se acumule, las aguas residuales se estanquen y la gente se prive del aire fresco. El hecho es que aquellos que descuidan las leyes de salud, *son* llevados por la enfermedad, a pesar de la misericordia de Dios. Igualmente, cierto es que aquellos que descuidan las leyes de la salud espiritual sufrirán para siempre la muerte segunda.

Indescribiblemente serio, es ver a tantos *abusar* de esta perfección divina. Continúan despreciando la autoridad de Dios, piso-

teando sus leyes, continúan en el pecado y, sin embargo, presumen de su misericordia. Pero Dios no será injusto consigo mismo. Dios muestra misericordia a los verdaderamente penitentes, pero no a los impenitentes (Lc. 13:3). Continuar en pecado y, sin embargo, contar con que la misericordia divina remitirá el castigo, es algo diabólico. Están diciendo: "...Hagamos males para que vengan bienes..." y de todos ellos está escrito que la "condenación de los cuales es justa" (Ro. 3:8, RVA 1909). En esta presunción, ciertamente sufrirán una decepción; lea cuidadosamente Deuteronomio 29:18-20. Cristo es el propiciatorio espiritual y, todos los que desprecian y rechazan su señorío, perecerán "en el camino; pues se inflama de pronto su ira" (Sal. 2:12).

No obstante, que nuestro pensamiento final sea sobre las misericordias espirituales de Dios hacia su propio pueblo. "Grande es hasta los cielos tu misericordia" (Sal. 57:10). Sus riquezas trascienden nuestro pensamiento más elevado. "Porque como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció su misericordia sobre los que le temen" (Sal. 103:11). Nadie puede medirlo. Los elegidos son llamados "vasos de misericordia" (Ro. 9:23). Es la misericordia la que los resucitó cuando estaban muertos en pecados (Ef. 2:4-5). Es la misericordia la que los salva (Tit. 3:5). Es su abundante misericordia la que los hizo renacer para una herencia eterna (1 P. 1:3). El tiempo nos faltaría para hablar de su misericordia que preserva, sostiene, perdona y suple para los suyos, Dios es "el Padre de misericordias" (2 Co. 1:3).

*Oh Dios mío, cuando todas tus misericordias,
mi alma naciente examina,
deleitado con lo que veo, me pierdo
en tus maravillas, amor y alabanzas²⁵.*

²⁵ **Joseph Addison** (1672-1719) – Político, poeta y escritor de himnos británico. Himno *Cuando todas tus misericordias, oh Dios mío* (When All Thy Mercies, o My God).

Capítulo 15

La tierna misericordia de Dios

Proponemos atraer al lector con otra de sus excelencias –de las cuales cada cristiano recibe innumerables pruebas–. Pasamos a considerar la tierna misericordia de Dios porque nuestro objetivo es mantener una proporción adecuada en el tratamiento de las perfecciones divinas, puesto que todos somos propensos a tener una visión unilateral de ellas. Debe mantenerse un equilibrio aquí (como en todas partes), tal como aparece en esas dos declaraciones de los atributos divinos: “Dios es luz” (1 Jn. 1:5) y “Dios es amor” (1 Jn. 4:8). Los aspectos más serios e impresionantes del carácter divino se ven compensados por los más suaves y atractivos. Es una pérdida irreparable para nosotros si nos detuviéramos, exclusivamente, en la soberanía y majestad de Dios, o en su santidad y justicia. Necesitamos meditar frecuentemente, aunque no exclusivamente, en su bondad y misericordia. Nada que no sea una visión completa de las perfecciones divinas –como se revela en la Sagrada Escritura– debería satisfacernos.

Las innumerables bendiciones sobre el cristiano

Las Escrituras hablan de “la multitud de sus piedades” (Is. 63:7) y ¿quién es capaz de contarlas? El salmista dijo: “¡Cuán preciosa, oh Dios, es tu misericordia!” (Sal 36:7). Ninguna pluma de hombre, ninguna lengua de ángel, puede expresarlo adecuadamente. Por familiar como este bendito atributo de Dios pueda ser para las personas, aun así, es algo completamente único de la revelación divina. Ninguno de los antiguos soñó jamás con investir a sus “dioses” con una perfección tan entrañable como ésta. Ninguno de los objetos adorados por los ídólatras actuales, posee gentileza y ternura; mucho más cierto es lo opuesto, como lo demuestran las horribles características de sus ídolos. Los filósofos consideran como una seria afrenta contra el honor del Absoluto, atribuirles a ellos tales cualidades. Pero las Escrituras tienen mucho que decir sobre la

tierna misericordia de Dios o su favor paternal para con su pueblo, su tierno afecto hacia ellos.

La primera vez que se menciona esta perfección divina en la Palabra, es en esa maravillosa manifestación de la Deidad a Moisés, cuando Jehová proclamó su “Nombre”, es decir, Él mismo como se dio a conocer. “¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad” (Éx. 34:6), aunque con mucha más frecuencia, la palabra hebrea *chesed*, se traduce como “bondad” y “tierna misericordia”. En las Biblias en inglés, la referencia inicial en relación con Dios, es Salmos 17:7, donde David oró: “Muestra tus maravillosas misericordias, tú que salvas a los que se refugian a tu diestra”. Maravilloso es que Alguien, tan infinitamente superior a nosotros, tan inconcebiblemente glorioso, tan inefablemente santo, no sólo note tales gusanos de la tierra, sino que también ponga su corazón en ellos, entregue a su Hijo por ellos, envíe su Espíritu para morar en ellos y también que soporte todas sus imperfecciones y caprichos para no retirarles nunca su tierna misericordia.

Considere algunas de las evidencias y ejercicios de este atributo divino para los santos, “en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo” (Ef. 1:5). Como muestra el versículo anterior, ese amor estaba prometido en su nombre, antes de que este mundo existiera. “En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él” (1 Jn. 4:9), lo cual fue su asombrosa provisión para nosotros, las criaturas caídas. “Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia” (Jer. 31:3), a través de las operaciones regeneradoras de mi Espíritu, por el poder invencible de mi Gracia, creando en ti un profundo sentido de necesidad, cautivándote con mi atractivo. “Y te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia, juicio, benignidad y misericordia” (Os. 2:19). Habiéndonos hecho dispuestos para entregarnos a Él en el día de su poder, el Señor entra en un contrato de matrimonio eterno con nosotros.

Esta tierna misericordia del Señor nunca es quitada de sus hijos. A nuestra razón, puede *parecer* que sí, pero nunca lo es en realidad. Como el creyente está en Cristo, nada puede separarlo del amor de Dios (Ro. 8:39). Dios se ha comprometido, solemnemente, por un pacto y nuestros pecados no pueden anularlo. Dios ha jurado que si sus hijos no guardan sus mandamientos, visitará “con

vara su rebelión, y con azotes sus iniquidades”. Sin embargo, agrega: “Mas no quitaré de él mi misericordia, ni falsearé mi verdad. No olvidaré mi pacto” (Sal. 89:31-34). Observe el cambio de número de “su” (de ellos, referido al pueblo) a “su” de “Él”, referido a Cristo. La tierna misericordia de Dios hacia su pueblo se centra en Cristo. Debido a que la ejecución de su tierna misericordia es un compromiso de pacto, está frecuentemente vinculada a su “Verdad” (Sal. 40:11; 138:2), lo que demuestra que nos es dada por la promesa. Por lo tanto, nunca debemos desesperarnos.

“Porque los montes se moverán, y los collados temblarán, pero no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz se quebrantará, dijo Jehová, el que tiene misericordia de ti” (Is. 54:10). No, ese pacto ha sido ratificado por la sangre del Mediador, por dicha sangre, la enemistad (ocasionada por el pecado) ha sido removida y la perfecta reconciliación ha sido efectuada. Dios conoce los pensamientos que tiene reservados para aquellos abrazados en su pacto y que han sido reconciliados con Él; es decir: “Pensamientos de paz, y no de mal” (Jer. 29:11). Por lo tanto, estamos seguros de que “mandará Jehová su misericordia, y de noche su cántico estará conmigo” (Sal. 42:8). ¡Qué palabra es ésta! No sólo que el Señor dará u otorgará, sino que ordenará su tierna misericordia. Es dada por decreto, otorgada por el compromiso real, así como Él también manda “salvación... bendición, y vida eterna” (Sal. 44:4; 133:3), lo cual anuncia que nada puede impedir estos dones.

La respuesta de los santos

¿Cuál debería ser nuestra respuesta? En primer lugar: “Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor” (Ef. 5:1-2). “Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad” (Col. 3:12). Así fue con David: “Tu misericordia está delante de mis ojos, y ando en tu verdad” (Sal. 26:3). Él se deleitó al considerar esto. Al hacerlo, refrescó su alma y moldeó su conducta. Cuanto más nos ocupemos de la bondad de Dios, más cuidadosos seremos de *nuestra obediencia*. Las limitaciones puestas por el amor y la gracia de Dios son más poderosas para los regenerados que los terrores de su Ley. “¡Cuán preciosa, oh Dios, es tu misericordia! Por eso los hijos de los hombres se amparan bajo la sombra de tus alas” (Sal. 36:7).

En segundo lugar, un sentido de esta perfección divina fortalece *nuestra fe* y promueve la confianza en Dios.

En tercer lugar, esto debería estimular *el espíritu de adoración*. “Porque mejor es tu misericordia que la vida; mis labios te alabarán” (Sal. 63:3. Ver también Sal. 138:2). En cuarto lugar, debería ser nuestra medicina cuando estamos abatidos. “Sea ahora tu misericordia [la misma palabra hebrea] para consolarme” (Sal. 119:76). Fue así con Cristo en su angustia (Sal. 69:17). En quinto lugar, debería ser nuestra súplica en oración: “Vivifícame conforme a tu misericordia” (Sal. 119:159). David apeló a este atributo divino para conseguir nueva fuerza y mayor vigor. En sexto lugar, deberíamos apelar a éste cuando nos hemos caído en el camino. “Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia” (Sal. 51:1). Trata conmigo de acuerdo con el más gentil de tus atributos, haz de mi caso un ejemplo de tu ternura. En séptimo lugar, debería ser una petición en nuestras oraciones nocturnas. “Hazme oír por la mañana tu misericordia” (Sal. 143:8). Despiértame con mi alma en sintonía con ella y que mis pensamientos de vigilia sean acerca de tu bondad.

Capítulo 16

El amor de Dios

La naturaleza de Dios

Hay tres cosas que nos dicen las Escrituras con respecto a la *naturaleza* de Dios. En primer lugar, que “Dios es Espíritu” (Jn. 4:24). En el griego, no hay un artículo indefinido y decir “Dios es *un* espíritu” es muy objetable, puesto que lo ubica en una clase con otros. Dios es “espíritu” en el sentido más elevado. Debido a que es “espíritu”, es incorpóreo, no tiene sustancia visible. Si Dios tuviera un cuerpo tangible, no sería omnipresente, estaría limitado a un lugar; pero precisamente porque es “espíritu”, llena el cielo y la tierra. En segundo lugar, “Dios es luz” (1 Jn. 1:5), que es lo opuesto a las tinieblas. En las Escrituras, “tinieblas” significa pecado, maldad, muerte, y “luz”, santidad, bondad, vida. “Dios es luz” significa que Él es la *suma* de toda excelencia. En tercer lugar, “Dios es amor” (1 Jn. 4:8). No es simplemente que Dios “ama”, sino que Él es el amor mismo. El amor no es meramente uno de sus atributos, sino su propia naturaleza.

Hoy hay muchos que hablan sobre el amor de Dios, pero son totalmente extraños al Dios de amor. El amor divino se considera, comúnmente, como una especie de amable debilidad, algo así como una indulgencia bondadosa; se reduce a un mero sentimiento enfermizo, modelado según la emoción humana. Ahora, la verdad es que en esto, como en todo lo demás, nuestros pensamientos necesitan ser formados y regulados por lo que se revela al respecto en la Sagrada Escritura. Que existe una necesidad urgente de esto es evidente, no sólo por la ignorancia que, generalmente, prevalece, sino también por el bajo estado de espiritualidad que ahora es tan tristemente evidente en todas partes entre los cristianos profesantes. ¡Qué poco amor verdadero hay para Dios! La razón principal, por la cual esto es así, es porque nuestros corazones están muy poco ocupados con el maravilloso amor de Dios por su pueblo. Cuanto mejor conozcamos su amor –carácter, plenitud, bienaven-

turanza— más se sentirán atraídos nuestros corazones hacia Él en amor.

El carácter y la bienaventuranza del amor de Dios

1. El amor de Dios no está *influenciado*. Con esto, queremos decir que no había nada en los objetos de su amor que movieran a Dios a amarlos, no existía nada en la criatura que lo atrajera o lo impulsara. El amor que una criatura siente por otra se debe a algo en el objeto amado; pero el amor de Dios es libre, espontáneo, sin causa. La única razón por la que Dios ama a alguien, se encuentra en su propia voluntad soberana: “No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos; sino por cuanto Jehová os amó” (Dt. 7:7-8). Dios ha amado a su pueblo desde la eternidad y, por lo tanto, nada que provenga de la criatura puede ser la causa del amor que ya existía en Dios desde la eternidad. Su amor proviene *de Sí mismo*: “Según el propósito suyo” (2 Ti. 1:9).

“Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero” (1 Jn. 4:19). Dios no nos amó porque nosotros lo amáramos, sino que nos amó antes de que tuviéramos una partícula de amor por Él. Si Dios nos hubiera amado a cambio del amor nuestro, entonces no sería espontáneo de su parte; pero debido a que Él nos amó cuando no teníamos amor alguno, está claro que su amor no estaba influenciado por nada. Si Dios ha de ser honrado y el corazón de sus hijos ha de estar bien fundamentado, es muy importante que seamos muy claros sobre esta preciosa verdad. El amor de Dios por mí y por cada uno de “los suyos”, no fue provocado por nada en nosotros. ¿Qué había en mí para atraer el corazón de Dios? Absolutamente nada. Sino que, por el contrario, había todo lo suficiente para hacer que se alejara, todo calculado para hacer que Él me aborreciera —pecador, depravado, un cúmulo de corrupción— sin “ninguna cosa buena” en mí.

*“¿Qué había en mí que mereciera estima
o que diera deleite a mi Creador?
Pero a ti Padre te quiero cantar
porque así a tus ojos agradó”.*

2. El amor de Dios es *eterno*. Esto es así necesariamente. Dios mismo es eterno y Dios *es* amor; por lo tanto, como Dios mismo no tuvo principio, su amor tampoco lo tuvo. Sin embargo, dado que tal concepto trasciende la comprensión de nuestras débiles mentes, sin

embargo, donde no podemos comprender podemos inclinarnos y adorar. Cuán claro es el testimonio de Jeremías 31:3: “Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia”. Qué bendición es saber que el gran y santo Dios, amaba a su pueblo antes de que el cielo y la tierra fueran llamados a la existencia, que había puesto su corazón sobre ellos desde toda la eternidad. Una prueba clara de esto es que su amor es espontáneo porque los amó edades sin fin, antes de que tuvieran existencia alguna.

La misma verdad preciosa se expone en Efesios 1:4-5: “Según nos escogió en él *antes* de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, *en amor* habiéndonos predestinado”. ¡Qué alabanza debería evocar esto de parte de cada uno de sus hijos! Qué tranquilizador es para el corazón que, como el amor de Dios hacia mí no tuvo principio, ¡no puede tener final! Dado que es cierto que “desde la eternidad y hasta la eternidad”, Él es Dios, y dado que Dios es “amor”, entonces es igualmente cierto que “desde la eternidad y *hasta* la eternidad”, Él ama a su pueblo.

3. El amor de Dios es *soberano*. Esto también es evidente. Dios mismo es soberano, no está bajo obligaciones de nadie, es ley en Sí mismo, actuando siempre de acuerdo con su propia voluntad soberana. Dado que Dios es soberano y dado que Él es amor, necesariamente se concluye que su amor es soberano. Como Dios *es* Dios, hace lo que le place; y porque Dios es amor, ama a quien quiere. Tal es su propia afirmación expresa: “A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí” (Ro. 9:13). No había más razones en Jacob para que fuera el objeto del amor divino, que en Esaú. Ambos tenían los mismos padres y nacieron al mismo tiempo, siendo gemelos; ¡pero Dios amó al uno y odió al otro! ¿Por qué? Porque le agradó hacerlo.

La soberanía del amor de Dios se deriva, necesariamente, del hecho de que no está influenciada por nada en la criatura. Por lo tanto, afirmar que la causa de su amor reside en Dios mismo es sólo otra forma de decir que Él ama a quien le place. Por un momento, asuma lo contrario. Supongamos que el amor de Dios estuviera regulado por algo más que su voluntad. En tal caso, amaría por regla y, amando por regla, estaría bajo una ley de amor y, por tanto, lejos de ser libre, Dios mismo sería *gobernado por esa ley*. “En amor, habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según...”. ¿Según qué? ¿Alguna excelencia que Él previó de antemano en ellos? ¡No! Entonces, ¿según qué? “Según el puro afecto de su voluntad” (Ef. 1:4-5).

4. El amor de Dios es *infinito*. Todo acerca de Dios es infinito. Su *esencia* llena el cielo y la tierra. Su *sabiduría* es ilimitada porque sabe todo sobre el pasado, el presente y el futuro. Su *poder* es ilimitado porque no hay nada demasiado difícil para Él. Entonces, su amor es sin límite. Tiene una profundidad que nadie puede sondear; tiene una altura que nadie puede escalar; tiene una longitud y una anchura que desafían la medición, por cualquier estándar de las criaturas. Maravillosamente, esto se insinúa en Efesios 2:4: “Pero Dios, que es rico en misericordia, por su *gran* amor con que nos amó”: La palabra “gran” es paralela a la palabra “de tal manera” que encontramos en Juan 3:16: “*De tal manera* amó Dios...”. Esto nos dice que el amor de Dios es tan trascendente que no se puede medir.

“Ninguna lengua puede expresar completamente, cuan infinito es el amor de Dios, ni ninguna mente lo puede comprender pues: “Excede a todo conocimiento” (Ef. 3:19). Las ideas más extensas que una mente finita puede enmarcar sobre el amor divino, están infinitamente, por debajo de su *verdadera* naturaleza. La bondad de Dios está más allá de los conceptos más elevados que podemos tener de Él, tanto como el cielo está por encima de la tierra. Es un *océano* que crece más alto que todas las montañas de oposición que hay en aquellos que son sus objetos de amor. Es una *fuentes* de la que fluye todo el bien necesario para todos aquellos que están interesados en este”²⁶.

5. El amor de Dios es *inmutable*. Como en Dios mismo “no hay mudanza, ni sombra de variación” (Stg 1:17), tampoco su amor conoce cambio o disminución. El gusano de Jacob proporciona un ejemplo contundente de esto: “A Jacob amé”, declaró Jehová y, a pesar de toda su incredulidad y rebeldía, nunca dejó de amarlo. Juan 13:1, proporciona otra hermosa ilustración. Esa misma noche, uno de los apóstoles diría: “Muéstranos el Padre” (Jn. 14:8); otro lo negaría con maldiciones; todos se escandalizarían y lo abandonarían. Sin embargo, “como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó *hasta el fin*” (Jn. 13:1). El amor divino no está sujeto a ningunas vicisitudes. El amor divino “fuerte es como la muerte”. “Las muchas aguas no podrán apagar el amor, ni lo aho-

²⁶ **John Brine** (1703-1765) – Ministro bautista particular inglés. Nacido en Kettering, Inglaterra. Autor de *La religión cristiana no está desprovista de argumentos suficientes para sustentarla. En respuesta a un panfleto titulado, El cristianismo no se basa en argumentos* (1743) y *La cierta eficacia de la muerte de Cristo afirmada* (1743), entre otras.

garán los ríos” (Cnt. 8:6-7). Nada puede separar de dicho amor (Ro. 8:35-39).

*“Su amor no conoce fin ni medida,
ningún cambio puede mudar su curso,
eternamente fluye sin cambio
de una fuente también eterna”.*

6. El amor de Dios es *santo*. El amor de Dios no está regulado por el capricho, la pasión o el sentimiento, sino por principios. Así como su gracia reina, no a expensas de ella, sino “por la justicia” (Ro. 5:21), así su amor nunca entra en conflicto con su santidad. “Dios es luz” (1 Jn. 1:5) se menciona *antes de* “Dios es amor” (1 Jn. 4:8). El amor de Dios no es una simple amable debilidad o una suavidad afeminada. La Escritura declara que “el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo” (He. 12:6). Dios no ignorará el pecado, ni siquiera con su propio pueblo. Su amor es *puro*, sin ninguna mezcla con algún sentimentalismo exagerado.

7. El amor de Dios es lleno de *gracia*. El amor y el favor de Dios son inseparables. Esto se pone claramente de manifiesto en Romanos 8:32-39. El significado de ese amor, del cual nunca podrán “separarnos”, se percibe fácilmente desde el diseño y el alcance del contexto inmediato: Es esa buena voluntad y gracia de Dios lo que lo determinó a dar a su Hijo por los pecadores. Ese *amor* fue el poder que impulsó la encarnación de Cristo: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito” (Jn. 3:16). Cristo no murió para hacer que Dios nos amara, sino porque Él amaba a su pueblo. El Calvario es la demostración suprema del amor divino. Siempre que tengas la tentación de dudar del amor de Dios, lector cristiano, regresa al Calvario.

Entonces, aquí está la abundante causa para confiar y tener paciencia bajo la aflicción divina. Cristo era amado por el Padre, pero *Él* no estaba exento de la pobreza, la desgracia y la persecución. *Él* padeció hambre y sed. Por lo tanto, *no* fue incompatible con el *amor* de Dios por Cristo que Él permitiera que los hombres lo escupieran y lo golpearan. Entonces, que ningún cristiano cuestione el amor de Dios cuando se ve sometido a aflicciones y pruebas dolorosas. Dios no enriqueció a Cristo en la tierra con prosperidad temporal porque no tuvo dónde recostar su cabeza, pero *sí* le dio el Espíritu sin medida (Jn. 3:34). Aprende entonces, que las bendiciones *espirituales* son los principales dones del amor divino. ¡Qué bendición saber que cuando el mundo nos odia, Dios nos ama!

Capítulo 17

El amor de Dios hacia nosotros

Hacia “nosotros” significa hacia su pueblo. A pesar de que leemos del amor “que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Ro. 8:39), la Sagrada Escritura nada dice de un amor de Dios *fuera* de Cristo. “Bueno es Jehová para con todos, y sus misericordias sobre todas sus obras” (Sal. 145:9), de modo que Él provee de comida a los cuervos. “Él es benigno para con los ingratos y malos” (Lc. 6:35) y su Providencia ministra a los justos y a los injustos (Mt. 5:45). Pero su *amor* está reservado para sus elegidos. Eso se establece inequívocamente por sus características, dado que los atributos de su amor son idénticos a Él mismo. Necesariamente es así porque “Dios es amor”.

El amor de Dios en Cristo

Hacer ese postulado no es más que otra forma de decir que el amor de Dios es como Él mismo, desde la eternidad y hasta la eternidad, es inmutable. Nada es más absurdo que imaginar que alguien amado por Dios pueda perecer eternamente o que experimente su venganza eterna. Como el amor de Dios es “en Cristo Jesús”, ese amor no fue atraído por nada en sus objetos [de amor], ni puede ser repelido por nada en, de o por ellos. “Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin” (Jn. 13:1). El “mundo” en Juan 3:16, es un término general, usado en contraste con los judíos y este versículo debe ser interpretado así para no contradecir Salmos 5:5; 6:7; Juan 3:36; Romanos 9:13.

El principal designio de Dios es exaltar el amor de Dios en Cristo porque Él es el único canal a través del cual fluye. El Hijo no ha inducido al Padre a amar a su pueblo, sino que fue su amor por ellos lo que lo llevó a dar a su Hijo por ellos. Ralph Erskine²⁷ dijo:

“Dios ha usado una manera maravillosa de manifestar su amor. Para mostrar su poder, creó un mundo. Para mostrar su sabiduría, la pu-

²⁷ **Ralph Erskine** (1685-1752) – Teólogo, pastor y predicador popular en la Iglesia de Escocia; nacido en Monilaws, Northumberland, Escocia.

so en un marco que muestre su inmensidad. Para manifestar la grandeza y gloria de su nombre, Él hizo un cielo, y puso ángeles y arcángeles, principados y potestades en él. Para manifestar su amor, ¿qué no hizo? Dios ha usado una grandiosa y maravillosa manera de manifestarlo en Cristo: Su persona, su sangre, su muerte y su justicia”.

“Porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén... para la gloria de Dios” (2 Co. 1:20). Como fuimos elegidos en Cristo (Ef. 1:4), como fuimos aceptados en Él (Ef. 1:6), como nuestra vida está escondida en Él (Col. 3:3), así también somos amados en Él —“el amor de Dios que es en Cristo Jesús”— sí, en Él como nuestra Cabeza y Esposo, por eso, nada nos puede separar de Él porque esa unión es indisoluble.

El amor de Dios hacia los santos

Nada emociona tanto el corazón de los santos como una contemplación espiritual del amor de Dios. Mientras está meditando, él es elevado fuera y por encima de su miserable yo. Una percepción de credibilidad llena al alma que se renueva de santa satisfacción y le hace tan feliz como es posible de este lado del cielo. Conocer y creer en el amor que Dios tiene hacia mí, me resulta en un fervor y un anticipo del cielo mismo. Dado que Dios ama a su pueblo en Cristo, no lo hace por amabilidad o porque se sienta atraído por ellos: “A Jacob amé”. Sí, a aquel que naturalmente era poco atractivo, sí, el despreciable Jacob —el “gusano de Jacob”—. Como Dios ama a su pueblo en Cristo, su amor no se regula por cuanto fruto lleven, sino que su amor siempre es el mismo. Como los ama *en* Cristo, el Padre los ama *como* a Cristo. Llegará el momento en que la oración de Cristo será respondida: “Para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado” (Jn. 17:23). Sólo la fe puede comprender esas maravillosas cosas porque ni el razonamiento ni los sentimientos pueden hacerlo. Dios nos ama en Cristo. ¡Qué deleite infinito tiene el Padre al contemplar a su pueblo en su amado Hijo! Todas nuestras bendiciones fluyen de esa preciosa fuente.

El amor de Dios a su pueblo no comenzó ayer. No comenzó con el amor de su pueblo hacia Él. No, “nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero” (1 Jn. 4:19). Nosotros no le damos a Él primero para que Él pueda volvérnoslo nuevamente. Nuestra regeneración no es el motivo de su amor, sino que su amor es la razón por la cual Él nos renueva según su propia imagen. A menudo, la

primera manifestación de su amor aparece cuando sus escogidos, lejos de estar buscándolo, están en el peor momento.

“Y pasé yo otra vez junto a ti, y te miré, y he aquí que tu tiempo era tiempo de amores; y extendí mi manto sobre ti, y cubrí tu desnudez; y te di juramento y entré en pacto contigo, dice Jehová el Señor, y fuiste mía” (Ez. 16:8).

A menudo, sus objetos [de amor], no sólo están en su peor momento cuando el amor de Dios se les revela por primera vez, sino que, en realidad, están haciendo lo peor, como en el caso de Saulo de Tarso. El amor de Dios, no sólo precede al nuestro, sino que también fue transmitido desde su corazón hacia nosotros, mucho antes de que fuéramos liberados del poder de las tinieblas y trasladados al Reino de su amado Hijo. No comenzó en el tiempo, sino que existe desde la eternidad. “Con amor eterno te he amado” (Jer. 31:3).

“En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Jn. 4:10). Es claro por esas palabras que Dios amaba a su pueblo mientras estaban en un estado natural, destituidos de toda gracia, sin una partícula de amor hacia Él o fe en Él; sí, mientras ellos eran sus enemigos (Ro. 5:8, 10). Claramente, eso ahora me impone una obligación mil veces mayor de amarlo, servirlo y glorificarlo que si Él me hubiera amado por primera vez cuando inclinó mi corazón hacia Él. Todos los actos de Dios a su pueblo en el tiempo, son las expresiones del amor que les tuvo desde la eternidad. Es porque Dios nos ama en Cristo y lo ha hecho desde la eternidad, que los dones de su amor son irrevocables. Son otorgados por el “Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación” (Stg. 1:17). El amor de Dios, realmente hace un cambio en nosotros cuando es “derramado en nuestros corazones” (Ro. 5:5), pero no hace ningún cambio en Él. A veces, varía las dispensaciones de su Providencia hacia nosotros, pero eso no se debe a que su afecto haya cambiado. Incluso cuando nos castiga, es en amor (He. 12:6), puesto que tiene nuestro bien a la vista.

Las operaciones del amor de Dios

Miremos más de cerca algunas de las operaciones del amor de Dios. En primer lugar, en la *elección*. “Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el

Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu [su vivificación] y la fe en la verdad” (2 Ts. 2:13). Hay una conexión infalible entre el amor de Dios y su selección de aquellos que serían para salvación. La elección es la consecuencia de su amor, lo cual es expresado claramente en Deuteronomio: “No por ser vosotros más que todos los pueblos [1] os ha querido Jehová, y [2] os ha escogido” (Dt. 7:7). Y otra vez: “En amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad” (Ef. 1:4-5).

En segundo lugar, en la *redención*. Como hemos visto en 1 Juan 4:10, de su amor soberano, Dios hizo provisión para que Cristo hiciese satisfacción por los pecados de su pueblo, aunque antes de la conversión de ellos, Dios estaba enojado con ellos con respecto a su Ley violada. Y, “¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (Ro. 8:32): Ésta es otra prueba clara de que su Hijo no fue “entregado” en la cruz por toda la humanidad porque a los que no son escogidos, Dios no les da ni el Espíritu Santo, ni una nueva naturaleza, ni arrepentimiento, ni fe.

En tercer lugar, *llamamiento eficaz*. El Padre envía al Espíritu Santo desde el Salvador que está sentado en el trono (Hch. 2:33). Después de haber amado a sus elegidos con un amor eterno, con tierna misericordia los atrae (Jer. 31:3), los levanta en novedad de vida, los llama de las tinieblas a su luz admirable y los convierte en sus hijos. “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios” (1 Jn. 3:1). Si la filiación no surge del amor de Dios como un resultado seguro, ¿cuál es el propósito de esas palabras?

En cuarto lugar, la *sanidad de las rebeliones*: “Yo sanaré su rebelión, los amaré de pura gracia” (Os. 14:4), sin renuencia ni vacilación. “Las muchas aguas no podrán apagar el amor, ni lo ahogarán los ríos” (Cnt. 8:7). Tal es el amor de Dios por su pueblo —invencible, inextinguible—. No sólo no hay posibilidad de que expire, sino que también las negras aguas de las rebeliones no pueden extinguirlo, ni las inundaciones de incredulidad lo apagan.

Nada es más irresistible que la muerte en el mundo natural, nada tan invencible como el amor de Dios en el reino de la gracia. Goodwin²⁸ comentó:

“¡Qué dificultades supera el amor de Dios! ¡Para que Dios venza su propio corazón! ¿Crees que no fue nada para Él matar a su Hijo?... Cuando vino a llamarnos, ¿no tuvo dificultades en superar tal amor? Estábamos muertos en delitos y pecados, pero por el gran amor con el que nos amó, nos revivió en la tumba de nuestra corrupción, como está escrito: “Hiede ya”, incluso entonces, Dios vino y nos conquistó. Después de nuestro llamado, ¿de qué manera tan triste provocamos a Dios! Tentaciones tan grandes que engañarían, si fuese posible, aun a los escogidos. Es así con todos los cristianos. No hay justo, sino aquel que *con dificultad* es salvo (1 P. 4:18) y, sin duda es salvo porque el amor de Dios es invencible: Supera todas las dificultades”.

Una aplicación es apenas necesaria para tal tema. Que el amor de Dios, diariamente, atraiga a tu mente mediante meditaciones devotas para que los afectos de tu corazón sean encaminados hacia Él. Cuando estés abatido en espíritu o en dolorosas estrecheces, suplica el amor de Dios en oración y es seguro que Dios no puede negarte nada bueno. Haz del maravilloso amor de Dios para ti, el incentivo de tu obediencia a Él. La gratitud es suficiente.

²⁸ **Thomas Goodwin** (1600-1679) – Teólogo y predicador puritano inglés. En 1639, huyó a Holanda para escapar de la persecución. Después de regresar a Inglaterra, se elevó rápidamente a una considerable eminencia como predicador. En 1643, fue elegido miembro de la Asamblea de Westminster. Se desempeñó como capellán de Oliver Cromwell. Nació en Norfolk, Inglaterra.

Capítulo 18

La ira de Dios

Es triste, de hecho, encontrar a tantos cristianos profesantes que parecen considerar la ira de Dios como algo por lo que necesitan disculparse o que, al menos, desearían que no hubiera tal cosa. Mientras que algunos que no irían tan lejos como para admitir abiertamente que lo consideran una mancha en el carácter divino, están lejos de considerarlo con deleite; les gusta no pensar en ello y, rara vez, escuchan mencionarla sin que se levante un resentimiento secreto en sus corazones contra este atributo. Incluso, entre aquellos que son más sobrios en su juicio, no son pocos los que parecen imaginar que existe una severidad acerca de la ira divina que la hace demasiado aterradora para constituir un tema de contemplación provechosa. Otros albergan el engaño de que la ira de Dios no es consistente con su bondad y, por eso, buscan desterrarla de sus pensamientos.

Dios no oculta los hechos

Sí, hay muchos que se alejan de una visión de la ira de Dios como si fueran llamados a mirar alguna mancha en el carácter divino o alguna mancha en el gobierno divino. ¿Pero qué dicen las Escrituras? Cuando nos enfocamos en ellas encontramos que Dios no ha hecho ningún intento por ocultar los hechos relacionados con su Ira. *Él* no se avergüenza de hacer saber que la venganza y la furia le pertenecen a *Él*. Su propio desafío es:

“Ved ahora que yo, yo soy, y no hay dioses conmigo; yo hago morir, y yo hago vivir; yo hiero, y yo sano; y no hay quien pueda librar de mi mano. Porque yo alzaré a los cielos mi mano, y diré: Vivo yo para siempre, si afilare mi reluciente espada, y echare mano del juicio, yo tomaré venganza de mis enemigos, y daré la retribución a los que me aborrecen” (Dt. 32:41).

Un estudio de la concordancia mostrará que hay *más* referencias en las Escrituras acerca del enojo, la furia y la ira de Dios, que a su amor y a su ternura. Porque Dios es santo, *Él* odia todo pecado; y

porque Él odia todo pecado, su enojo arde contra el pecador (Sal. 7:11).

Ahora, la ira de Dios es tanto una perfección divina como lo es su fidelidad, poder o misericordia. *Tiene que ser* así porque no hay mancha alguna, ni el más mínimo defecto en el carácter de Dios; ¡sin embargo, *lo habría* si la “ira” estuviese ausente en Él! La indiferencia al pecado es una mancha moral y aquel que no odia el pecado es un leproso moral. ¿Cómo podría Él, que es la suma de toda excelencia, mirar con igual satisfacción la virtud y el vicio, la sabiduría y la locura? ¿Cómo podría Él, que es infinitamente santo, ignorar el pecado y negarse a manifestar su “severidad” (Ro. 11:22) hacia él? ¿Cómo podría Él, que se deleita sólo en lo que es puro y hermoso, no detestar y odiar lo que es impuro y vil? La naturaleza misma de Dios hace que el infierno sea una necesidad real como requisito imperativo y eterno, como lo es el cielo. No sólo no hay imperfección en Dios, sino que no hay perfección en Él que sea menos perfecta que otra.

La ira de Dios es su aborrecimiento eterno de toda injusticia. Es el desagrado y la indignación de la equidad divina contra el mal. Es la santidad de Dios puesta en acción contra el pecado. Es la causa que mueve esa sentencia justa que Él dicta contra los malhechores. Dios está enojado contra el pecado porque es una rebelión contra su autoridad, un mal cometido contra su soberanía inviolable. A los que se rebelan contra el gobierno de Dios, se les hará saber que Dios es el Señor. Se les hará sentir cuán grande es esa Majestad que desprecian y cuán terrible es esa amenaza de ira que tan poco consideraban. No es que la ira de Dios sea una represalia maligna y maliciosa que inflige daño sin razón o a cambio de la ofensa recibida. No, aunque Dios vindicará su dominio como gobernador del universo, no será vengativo.

Esa ira divina es una de las *perfecciones* de Dios, no sólo es evidente por las consideraciones presentadas anteriormente, sino que también está claramente establecida por las declaraciones expresas de su propia Palabra. “Porque la ira de Dios se revela *desde el cielo*” (Ro. 1:18). Robert Haldane²⁹ comenta sobre este versículo de la siguiente manera:

²⁹ **Robert Haldane** (1764-1842) – Escritor, teólogo y noble británico nacido en Londres, Inglaterra. Asistió a la Universidad de Edimburgo; sirvió en la Royal Navy; se dedicó a sí mismo y a sus medios, al avance del cristianismo por completo, a tra-

“[La ira] fue revelada cuando se pronunció, por primera vez, la sentencia de muerte, a la tierra maldijo y el hombre fue expulsado del paraíso terrenal y, luego, con ejemplos de castigo como los del Diluvio y la destrucción de las ciudades de la llanura por el fuego del cielo; pero, especialmente, por el reinado de la muerte en todo el mundo. [La ira] fue proclamada en la maldición de la Ley sobre cada transgresión e intimada³⁰ en la institución del sacrificio y en todos los servicios de la dispensación mosaica. En el octavo capítulo de esta epístola, el Apóstol llama la atención de los creyentes sobre el hecho de que toda la creación fue sujeta a vanidad, y gime y sufre dolores de parto. La misma creación que declara que hay un Dios y publica su gloria, también prueba que Él es el enemigo del pecado y el Vengador de los crímenes de los hombres...

Pero, sobre todo, la ira de Dios fue revelada desde el cielo cuando el Hijo de Dios descendió para manifestar el carácter divino y cuando esa ira fue manifestada en sus sufrimientos y muerte, de una manera más horrible que todas las señales que Dios mostró antes debido a su desagrado contra el pecado. Además de esto, el castigo futuro y eterno de los malvados, ahora es declarado en términos más solemnes y explícitos que antes. Bajo la nueva dispensación, hay dos revelaciones dadas desde el cielo, una de ira, la otra de gracia”.

Una vez más, que la ira de Dios es una perfección divina, queda claramente demostrado por lo que leemos en Salmos 95:11: “Por tanto, juré en mi furor que no entrarían en mi reposo”. Hay dos ocasiones en que Dios hace “juramento”: Al hacer promesas (Gn. 22:16) y al pronunciar juicios (Dt. 1:34). En el primer caso, jura en misericordia a sus hijos; y en el segundo caso, Él jura privar a una generación malvada de su herencia, debido a la murmuración y la incredulidad. Un juramento es para la confirmación solemne de alguna cosa (He. 6:16). En Génesis 22:16, Dios dice: “*Por mí mismo he jurado*”. En Salmos 89:35 declara: “Una vez he jurado *por mi santidad*”. Mientras que en Salmos 95:11 afirma: “Juré *en mi furor* [ira]...” (Sal. 95:11). Así, el gran Jehová apela a su “ira” como una perfección igual a su “santidad”: ¡Él jura por una, tanto como por la otra! Nuevamente, como en Cristo, “toda la plenitud de la deidad reside corporalmente en él” (Col. 2:9) y como todas las perfecciones divinas son mostradas ilustremente por Él (Jn. 1:18), por lo tanto, leemos de “*la ira del Cordero*” (Ap. 6:16).

vés de la predicación, el discipulado y las misiones. Conocido por *Sobre la inspiración de la Escritura* (1828) y *Exposición de la epístola a los Romanos* (1835).

³⁰ **Intimar** – Requerir, exigir el cumplimiento de algo, especialmente con autoridad o fuerza para obligar a hacerlo.

La importancia de reflexionar sobre la ira de Dios

La ira de Dios es una perfección del carácter divino sobre la que necesitamos meditar con frecuencia. En primer lugar, la ira de Dios conduce a nuestros corazones a estar debidamente impresionados por el aborrecimiento del pecado por parte de Dios. Siempre somos propensos a considerar el pecado a la ligera, a pasar por alto cuan detestable es y a poner excusas con respecto a él. Pero cuanto más estudiemos y reflexionemos sobre el aborrecimiento del pecado por parte de Dios y su espantosa venganza sobre él, es más probable que nos demos cuenta de su atrocidad. En segundo lugar, la ira de Dios nos conduce a tener un verdadero temor a Dios en nuestras almas: “Tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor” (He. 12:28-29). No podemos servirle “aceptablemente”, a menos que exista una “reverencia” debida a su terrible Majestad y “temor piadoso” a su justa ira; y estos sentimientos se desarrollan mejor al recordar frecuentemente que “nuestro Dios es fuego consumidor”. En tercer lugar, la ira de Dios nos conduce a disponer nuestras almas en ferviente alabanza por haber sido liberados *de* “la ira venidera” (1 Ts. 1:10).

Nuestra disposición o nuestra renuencia a *meditar* sobre la ira de Dios, se convierte en una prueba segura de la verdadera actitud de nuestros corazones hacia Él. Si no nos regocijamos, realmente, en Dios, por lo que Él es en Sí mismo y eso debido a *todas* las perfecciones que residen eternamente en Él, entonces, ¿cómo habita *el amor de Dios* en nosotros? Cada uno de nosotros necesita estar más en oración, en guardia contra la idea de idear una imagen de Dios en nuestros pensamientos que siga el modelo de nuestras propias inclinaciones malvadas. En la antigüedad, el Señor se quejó diciendo: “Pensabas que de cierto sería yo como *tú*” (Sal. 50:21). Si no nos regocijamos con “la memoria de *su santidad*” (Sal. 97:12), si no nos regocijamos por saber que un Día que viene pronto, Dios hará una demostración gloriosa de su *Ira* al vengarse de todos los que ahora se oponen a Él, es una prueba clara de que nuestros corazones *no* están sujetos a Él, que todavía estamos en nuestros pecados y que estamos en camino a las llamas eternas.

La justicia de Dios ejercida a través de su Ira

“*Alabad, naciones, a su pueblo, porque él vengará la sangre de sus siervos, y tomará venganza de sus enemigos...*” (Dt. 32:43). Y de nuevo leemos:

“Oí una gran voz de gran multitud en el cielo, que decía: ¡Aleluya! Salvación y honra y gloria y poder son del Señor Dios nuestro; porque sus juicios son verdaderos y justos; pues ha juzgado a la gran ramera que ha corrompido a la tierra con su fornicación, y ha vengado la sangre de sus siervos de la mano de ella. Otra vez dijeron: ¡Aleluya!” (Ap. 19:1-3).

Grande será el regocijo de los santos en ese día cuando el Señor vindique su majestad, ejerza su terrible dominio, magnifique su justicia y derroque a los orgullosos rebeldes que se han atrevido a desafiarlo.

“JAH, si mirares a los pecados, ¿quién, oh Señor, podrá mantenerse?” (Sal. 130:3). Bien puede, cada uno de nosotros, hacer esta pregunta, pues está escrito: “No se levantarán los malos en el juicio” (Sal. 1:5). ¡Cuán dolorosamente fue ejercitada el alma de Cristo con pensamientos acerca de Dios mirando las iniquidades de su pueblo cuando fueron puestas sobre Él! Estaba entristecido y angustiado (Mr. 14:33). Su terrible agonía, su sudor de sangre, sus fuertes gritos y súplicas (He. 5:7), sus reiteradas oraciones (“Si es posible, que pase de mí esta copa”), su espantoso último grito (“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”), todo manifiesta la horrible comprensión que tenía de lo *que* significa para Dios “mirar a las iniquidades”. ¡Bien pueden los pobres pecadores gritar: “Señor, *quién* podrá sostenerse en pie”, cuando el Hijo de Dios mismo, tembló bajo el peso de su Ira! Si tú, mi lector, no has “huido en busca de refugio” en Cristo, el único Salvador, “¿cómo harás en la espesura del Jordán?” (Jer. 12:5).

“Cuando considero cómo la mayor parte de la humanidad abusa de la bondad de Dios, no puedo dejar de pensar que: El milagro más grande del mundo es la paciencia y la generosidad de Dios para con un mundo ingrato. Si un príncipe tiene un enemigo que se metió en una de sus ciudades, éste, en lugar de enviarle provisiones, por el contrario, asedia el lugar y hace lo que puede para matarlo de hambre. Pero el gran Dios, que podría llevar a todos sus enemigos a la destrucción, sin embargo, los soporta y los mantiene a su costo, diariamente. Bien puede Él ordenarnos que bendigamos a los que nos maldicen, pues Él mismo hace el bien al malvado y al ingrato. Pero no piensen pecadores, que escapan así; el molino de Dios va lento, pero muele finamente; cuan-

to más admirable es ahora su paciencia y generosidad, más terrible e insoportable será esa furia que surge de su abusada bondad. Nada más tranquilo que el mar, sin embargo, cuando se agita en una tempestad, nada se enfurece más. Nada tan dulce como la paciencia y la bondad de Dios, y nada tan terrible como su Ira cuando se enciende”³¹.

Por tanto, “huye”, mi lector, huye a Cristo; huye *de* la ira venidera (Mt. 3:7), antes de que sea demasiado tarde. Te suplicamos, sinceramente, que no supongas que este mensaje está destinado a otra persona. ¡Es *para ti!* No te contentes con *pensar* que ya has huido a Cristo. Sino, ¡*asegúrate* de ello! Ruego al Señor que escudriñe tu corazón y te lo muestre a ti mismo.

Una palabra para los predicadores

Hermanos, ¿en nuestro ministerio oral, predicamos sobre este solemne tema, tanto como deberíamos? Con frecuencia, los profetas del Antiguo Testamento decían a sus oyentes que sus vidas malvadas provocaban al Santo de Israel y que estaban atesorando para sí mismos, ira para el día de la ira. ¡Y las condiciones en el mundo no son mejores ahora que entonces! Nada está tan bien calculado como para despertar a los descuidados y hacer que los profesantes carnales busquen en sus corazones, como lo es entender el hecho de que “Dios está airado contra el impío todos los días” (Sal. 7:11). El precursor de Cristo advirtió a sus oyentes “a huir de la ira venidera” (Mt. 3:7). El Salvador les ordenó a sus oyentes: “Temed a aquel que después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en el infierno; sí, os digo, a éste temed” (Lc. 12:5). El apóstol Pablo dijo: “Conociendo, pues, el temor del Señor, persuadimos a los hombres” (2 Co. 5:11). La fidelidad exige que hablemos tan claramente sobre el infierno, así como sobre el cielo.

³¹ **William Gurnall** (1616-1679) – Ministro y autor puritano, nació en la parroquia de St. Margaret, en King’s Lynn, Norfolk, Inglaterra. Su principal obra fue *El cristiano con toda la armadura de Dios o tratado de la guerra del santo contra el diablo* (3 volúmenes, Londres, 1655-62), entre otras como el sermón *El molino de Dios* (1660), de donde se extrae esta cita.

Capítulo 19

La contemplación de Dios

La naturaleza divina

En los estudios anteriores, hemos revisado algunas de las maravillosas y hermosas perfecciones del carácter divino. De esta débil y defectuosa contemplación de sus Atributos, debería ser evidente para nosotros, todo lo que Dios es: Primero, un Ser *incomprensible* y, maravillados ante su infinita grandeza, ser constreñidos a adoptar las palabras de Zofar: ¿Puedes encontrar a Dios con tu búsqueda? ¿Puedes comprender al Todopoderoso a la perfección? “Es más alta que los cielos; ¿qué harás? Es más profunda que el Seol; ¿cómo la conocerás? Su dimensión es más extensa que la tierra, y más ancha que el mar” (Job 11:8-9). Cuando volvemos nuestros pensamientos a la eternidad de Dios, su Inmaterialidad, su Omnipresencia, su Poder absoluto, nuestras mentes quedan abrumadas.

El estudio de la deidad

Pero la incomprensibilidad de la naturaleza divina, no es una razón por la cual deberíamos desistir de la investigación reverente, ni de los esfuerzos de oración para comprender lo que Él ha revelado con tanta gracia de Sí mismo en su Palabra. Debido a que no podemos adquirir el conocimiento perfecto, sería una locura decir que, por lo tanto, no haremos *ningún* esfuerzo para comprender a Dios. Bien se ha dicho que:

“Nada ampliará tanto el intelecto, nada magnificará tanto el alma del hombre, como una investigación devota, sincera y continua sobre el gran tema de la Deidad. El estudio más excelente para expandir el alma es la ciencia de Cristo y de Él crucificado, y el conocimiento de la Divinidad en la gloriosa Trinidad” (C.H. Spurgeon).

Citemos un poco más de este príncipe de los predicadores:

“El estudio apropiado del cristiano es la Divinidad. La ciencia más elevada, la especulación más elevada, la filosofía más poderosa que puede atraer la atención de un hijo de Dios es el nombre, la naturaleza, la persona, las obras y la existencia del gran Dios al cual él llama su Pa-

dre. Hay algo que mejora enormemente el entendimiento en la contemplación de la Divinidad. Es un tema tan vasto que todos nuestros pensamientos se pierden en su inmensidad; tan profundo que nuestro orgullo se ahoga en su infinidad. Hay otros temas que podemos comprender y abordar; y en ellos sentimos una especie de satisfacción personal y continuamos por nosotros mismos con el siguiente pensamiento: “Miren que sabio soy”. Pero cuando llegamos a esta ciencia maestra, descubrimos que nuestra sonda no puede estimar su profundidad y que nuestro ojo de águila no puede ver su altura, nos alejamos con el siguiente pensamiento: “No soy más que lo que era ayer y, a la verdad, no sé nada”³².

Sí, la incomprendibilidad de la naturaleza divina debería enseñarnos *humildad, precaución y reverencia*. Después de todas nuestras búsquedas y meditaciones, tenemos que decir con Job: “He aquí, estas cosas son sólo los bordes de sus caminos; ¡y cuán leve es el susurro que hemos oído de él!” (Job 26:14). Cuando Moisés rogó a Jehová para ver su gloria, Él le respondió: “Proclamaré el nombre de Jehová delante de ti” (Éx. 33:19) y como alguien ha dicho: “El nombre es la colección de sus Atributos”. Con razón, el puritano John Howe declaró:

“Por tanto, la noción que podemos formarnos de su gloria es como tener un breve resumen de un libro muy voluminoso o como observar un pequeño paisaje de un país gigantesco. Él nos ha dado un verdadero informe de Sí mismo, pero no completo; el cual es suficiente para darnos seguridad y guiarnos lejos del error, pero no de la ignorancia. Podemos aplicar nuestras mentes en contemplar las diversas perfecciones por las cuales el bendito Dios nos descubre su Ser y, en nuestros pensamientos, podemos atribuirles todas a Él, aunque todavía no tenemos sino conceptos bajos y defectuosos de cada una de estas perfecciones. Sin embargo, en la medida en que nuestra comprensión pueda corresponder con el descubrimiento que Él nos brinda de sus varias excelencias, tendremos una visión correcta de su gloria”.

De hecho, la diferencia entre el conocimiento de Dios que tienen sus santos en esta vida y el que tendrán en el cielo es grande, no obstante, el conocimiento presente no debe ser subvalorado porque sea imperfecto y el conocimiento que tendrán en el cielo no debe ser magnificado por encima de la realidad. Es cierto que la Escritura declara que le veremos “cara a cara” y “conoceremos” como somos conocidos (1 Co. 13:12), pero inferir de esto que, entonces, conoceremos a Dios tan completamente como Él nos conoce a nosotros, es ser engañado por el simple sonido de las palabras y

³² Charles Haddon Spurgeon, *Sermón sobre Malaquías 3:6*.

no tener en cuenta la restricción de ese conocimiento, debido a que somos seres finitos. Hay una gran diferencia entre que los santos sean glorificados y que sean hechos divinos. En su estado glorificado, los cristianos seguirán siendo criaturas finitas y, por lo tanto, nunca podrán comprender completamente al Dios infinito.

“Los santos en el cielo verán a Dios con el ojo de la mente porque Él siempre será invisible para el ojo corporal. Lo verán más claramente de lo que podrían verlo por la razón y la fe, y más ampliamente de lo que todas sus obras y dispensaciones lo habían revelado hasta ahora. Pero sus mentes no estarán tan ampliadas como para ser capaces de contemplar, a la vez o en detalle, toda la excelencia de su naturaleza. Para comprender la perfección infinita, deben volverse infinitos ellos mismos. Incluso en el cielo, su conocimiento será parcial, pero al mismo tiempo, su felicidad será completa porque su conocimiento será perfecto en el siguiente sentido: Que será adecuado a la capacidad de la persona, aunque no alcanzará la plenitud del objeto conocido. Creemos que este conocimiento será progresivo y que, a medida que los puntos de vista de ellos se expandan, la bendición de ellos aumentará. Pero nunca alcanzará un límite más allá del cual no haya nada que descubrir y cuando, edades tras edades, hayan pasado, Él seguirá siendo el Dios incomprensible” (John Dick).

En segundo lugar, de una revisión de las perfecciones de Dios, se hace evidente que Él es un Ser *completamente suficiente*. Él es todo suficiente en Sí mismo y para Sí mismo. Como el Primero de los seres, no podía recibir nada de otro, ni estar limitado por el poder de otro. Siendo infinito, posee toda la perfección posible. Cuando el Dios Trino existía solo, Él era todo para Sí mismo. Su comprensión, su amor, su energía encontraron un objeto adecuado en Sí mismo. Si hubiera necesitado algo externo, no habría sido *independiente* y, por lo tanto, no habría sido Dios. “Todo fue creado por medio de él y *para él*” (Col. 1:16), sin embargo, no fue para suplir una falta, sino para poder comunicar la vida y la felicidad a los ángeles y a los hombres, y admitirles a la contemplación de su gloria. Es cierto que Él exige la lealtad y los servicios de sus criaturas inteligentes, sin embargo, *Él* no obtiene ningún beneficio por sus servicios; todo el beneficio es para sus criaturas (Job 22:2-3). Él hace uso de medios e instrumentos para lograr sus fines, pero no por una deficiencia de poder, sino, a menudo, para mostrar de manera más sorprendente su poder a través de la debilidad de los instrumentos.

Su tierna misericordia es mejor que la vida

La suficiencia total de Dios, lo hace ser el Objeto supremo que siempre se debe buscar. La verdadera felicidad consiste sólo en el disfrute de Dios. Su favor es vida y su tierna misericordia es mejor que la vida misma. “Mi porción es Jehová, dijo mi alma; por tanto, en él esperaré” (Lm. 3:24). Su amor, su gracia y su gloria son los principales objetos del deseo de los santos y los manantiales de su mayor satisfacción.

“Muchos son los que dicen: ¿Quién nos mostrará el bien? Alza sobre nosotros, oh Jehová, la luz de tu rostro. Tú diste alegría a mi corazón mayor que la de ellos cuando abundaba su grano y su mosto” (Sal. 4:6-7).

Sí, el cristiano, cuando está en su sano juicio, puede decir:

“Aunque la higuera no florezca, ni en las vides haya frutos, aunque falte el producto del olivo, y los labrados no den mantenimiento, y las ovejas sean quitadas de la majada, y no haya vacas en los corrales; con todo, yo me alegraré en Jehová, y me gozaré en el Dios de mi salvación” (Hab. 3:17-18).

El Dios de la creación

En tercer lugar, de una revisión de las perfecciones de Dios, se hace evidente que Él es el *Soberano supremo del universo*. Se ha dicho con razón:

“Ningún dominio es tan absoluto como el encontrado en la creación entera. Quien pudo no haber hecho nada, tenía el derecho a hacer todas las cosas según como le placiera. En el ejercicio de su poder incontrastado, ha hecho de algunas partes de la creación, una mera materia inanimada de textura más burda o más refinada, y distinguible por diferentes cualidades, pero todas inertes e inconscientes. Les ha dado orden a otras partes y las ha hecho susceptibles de crecimiento y expansión, pero aun así, sin vida en el sentido apropiado del término. A otros, les ha dado, no sólo orden, sino existencia consciente, órganos de los sentidos y fuerza motriz propia. A esto ha agregado, en el caso del hombre, el don de la razón y un espíritu inmortal, mediante el cual se une a un orden superior de seres que se ubican en las regiones superiores.

Sobre el mundo que ha creado, Él blande el cetro de la omnipotencia. “Alabé y glorifiqué al que vive para siempre, cuyo dominio es sempiterno, y su reino por todas las edades. Y todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el

ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?” (Dn 4:34-35)” (John Dick).

Una criatura, considerada como tal, no tiene derechos. No puede exigirle nada a su Hacedor y, de cualquier manera que sea tratada, no tiene derecho a quejarse. Sin embargo, al pensar en el dominio absoluto de Dios sobre todo, nunca debemos perder de vista sus perfecciones morales. Dios es justo y bueno, y siempre hace lo correcto. Sin embargo, ejerce su Soberanía según su suprema y justa Voluntad. Él asigna a cada criatura su lugar, según como le parezca bien delante de sus propios ojos. Él ordena las variadas circunstancias de cada uno, según sus propios consejos. Él moldea cada vasija, de acuerdo con su propia determinación libre de influencias. Él tiene misericordia de quién quiere y a quién quiere endurece. Dondequiera que estemos, su ojo está sobre nosotros. Quienquiera que seamos, nuestra vida y todo está a su disposición. Para el cristiano, es un tierno Padre; para el pecador rebelde, Él seguirá siendo fuego consumidor. “Por tanto, al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén” (1 Ti. 1:17).